



HQN™

**TÚ EN LA  
SOMBRA**

Marisa Sicilia

# TÚ EN LA SOMBRA

Marisa Sicilia

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2015 María Luisa Sicilia  
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Tú en la sombra, n.º 92 - octubre 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-7232-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Nota de la autora](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

# Nota de la autora

A pesar de que la actualidad se empeña con frecuencia en parecerse a la ficción, quería dejar claro que cualquier parecido de esta historia con la realidad es pura coincidencia. Todos los personajes son producto exclusivo de la imaginación y no pretenden ser representativos de ninguna actitud o conducta.

Son solo ellos. Jorge e Irene.

*A Mara Oliver, por escucharme.*

# Capítulo 1

—¡Tenga más cuidado!

La señora, no anciana pero sí mayor, lo miró ofendida por el descuido. Jorge iba con prisas y habían estado a punto de darse de bruces mientras cerraba el coche a la vez que hablaba con su socio a través del móvil. Apenas había sido un roce, lo suficiente para irritar a una residente de toda la vida en el madrileño barrio de Salamanca como —se veía a primera vista— era esa mujer. El peinado, la piel ya senil pero estirada y cuidada, la ropa cara y pasada de moda, la pedrería falsa, aunque de diseño, de sus pendientes. Jorge tenía probablemente tanto o más dinero que ella en su cuenta corriente. Si no lo tenía, era solo cuestión de tiempo. Sin embargo, conservaba íntegros los prejuicios de clase. Le reventaban las mujeres como ella.

—Que le den —murmuró entre dientes.

Puede que lo oyera o puede que no. La mujer se quedó atrás, indignada por la pérdida de respeto y valores que vivía la sociedad actual. El socio de Jorge le preguntó desde el móvil:

—¿Cómo dices?

—No te lo decía a ti, Alberto —se disculpó. Tampoco habría sido la primera vez, pero ahora no era el caso—. Escucha, tranquilízate, hablaremos más tarde.

—Ya tenías que estar aquí. Son las nueve menos cinco y la vista comienza a las once. El cliente aún no ha llegado y tú tampoco. ¿Cómo quieres que me tranquilice?

Alberto y él eran socios del bufete de abogados Molina y Márquez. Alberto era Molina, y él, Márquez. Formaban un buen equipo y el negocio marchaba. Ahora se traían un caso importante entre manos y había mucho dinero de por medio. No es que a él no le importase. Le importaba, y mucho. Por eso, antes de salir al estrado, debía tener la cabeza fría y despejada.



—Tengo algo que hacer. Estaré ahí en media hora.

Cortó la llamada sin dar tiempo a que Alberto le preguntase qué era eso tan importante que tenía que hacer. No le apetecía justificarse. No pretendía justificarse. Lo cierto era que prefería no pensar demasiado en ello. Era solo algo que necesitaba. Lo solucionaría rápidamente y seguiría con su día.

Empujó las puertas de cristal y el olor a café exprés, tostadas y zumo de naranja mejoró un poco su humor. La cafetería, en plena calle Velázquez, se encontraba muy concurrida, pese a la crisis. Todo estaba limpio, reluciente, y tanto el local como la clientela tenían un aspecto impecable. Lujoso pero de diseño actual, moderno, elegante, caro. Jorge lo reconocía. Formaba parte de sus contradicciones. Puede que los despreciase a ellos, pero le gustaba la buena vida. Nada de miserias. Quería lo mejor y podía permitírselo.

De una barrida examinó a la clientela: hombres trajeados ocupados en analizar gráficas en sus iPads, jubilados de sombrero y corbata —antiguos médicos o arquitectos de renombre— leyendo tranquilamente el *ABC* o *La Razón*; mujeres de cuarenta que no tenían gran cosa que hacer porque otras mujeres se encargaban de mantener limpias y en orden sus casas. Una de ellas, guapa y bien vestida, se volvió y se lo quedó mirando. Jorge exhibió una sonrisa lobuna. Los ojos acerados, la mandíbula cuadrada, el deseo hambriento y apenas agazapado, saltando a la más mínima señal; la confianza que le brindaba saberse merecedor de la codicia ajena. Era muy atractivo y además tenía ese algo que perturba y fascina, sobre todo si, como ahora, actuaba movido por una imperiosa idea fija. Y por supuesto también ayudaba el aspecto. La cuidada forma física, trabajada a pulso en el gimnasio sesión tras sesión de *krav magá*, y que se intuía sin dificultad bajo el formal traje gris marengo. El corte de pelo, desenfadado lo justo para no parecer demasiado aburrido. La exclusiva fragancia masculina de abusivo precio, con nombre de algún diseñador francés de moda. Todo en él proclamaba a voces las palabras «poder», «seguridad» y «dinero». Puede que en gran parte fuese pura fachada, pero estaba bien conseguida.

La mujer de la mesa de enfrente esbozó una sonrisa tensa y se volvió a sus amigas. Jorge la descartó. No tenía tiempo. No aquella mañana. Se giró hacia la barra y vio a una chica joven y sola. No más de veinticinco, larga melena entre rubia y castaña, maquillaje perfecto, sandalias de vértigo y vestidito de muñeca con estampado de flores anunciando el verano que ya estaba en la calle. Podría haber sido modelo, pero lo más probable es que fuese becaria en

alguna de las oficinas de la zona. Era ella. Su presa fácil. Su objetivo.

—¿Puedo?

La joven levantó el rostro del móvil y se quedó algo desconcertada. A Jorge se le daba bien producir ese efecto.

—¿Cómo?

Le señaló el taburete contiguo y al bolso que descansaba sobre él. Había muchos más sitios libres, pero pocas se negaban a un ruego. No si sabías cómo pedirlo.

—Claro, espera —asintió, recogiendo el bolso con una sonrisa.

Se sentó a su lado y ella volvió a bajar la vista al móvil y a los mensajes de aviso que le llegaban. El de Jorge también sonó y le echó una ojeada a su vez.

—Lo odio, ¿tú no?

—¿El qué?

—Los móviles, los mensajes... Tener que estar siempre pendiente. Nos dominan, nos esclavizan.

Ella sonrió más relajada.

—Sí, yo también me agobio a veces. Son un vicio, aunque no es trabajo. Estoy hablando con mi novio.

Lo sabía, de alguna manera lo había adivinado o, al menos, lo había sospechado. Además, no era tan difícil de predecir. Era preciosa, ¿por qué no iba a tener novio? No le importaba. Su novio no era su problema.

—Entonces es bueno para mí que él no esté aquí y yo sí.

Los labios de ella se entreabrieron bajo su atenta mirada. La joven los humedeció. El latente apremio de Jorge se agudizó con violencia. Su necesidad volvió a alarmarlo. Le hizo dudar. Tal vez aquello no era buena idea. Tal vez debería largarse, irse al despacho y ponerse a trabajar, a trabajar duro. Quizá entonces conseguiría olvidarlo, al menos por unas horas. Pero también sabía que, antes o después, necesitaría recurrir de nuevo a la caza. Y el instinto le decía que aquella muchacha amable, novia atenta y administrativa, entregada a una vida de tedio en cualquier empresa de la zona, podía convertirse, a menos que las cosas se torcieran, en su provisional y ansiado bálsamo.

El camarero interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué va a ser?

—Un café solo y cargado.

La joven guardó el móvil en el bolso. Buena señal. Enseguida le pusieron el café. Se lo tomó de un sorbo pese a que ardía. Sin respirar.

—Parece que lo necesitabas.

Le gustaba su sonrisa. Era franca y natural. Parecía una buena chica. No tenía que pensar en eso. No se trataba de eso.

—Lo necesitaba. Me gusta tomarlo todo a tragos cortos y fuertes. Me gusta tomar lo que deseo en cuanto lo veo. No me gusta esperar.

Anunciarlo, reconocerlo en voz alta, sentir la pulsión: latiendo, creciendo, palpitando.

—Vaya, sí que eres intenso —murmuró, enredando con lentitud entre los dedos un lacio mechón de su cabello.

No siempre salía bien. A veces fracasaba. Entonces era peor. A la necesidad se le unía la humillación, la vergüenza. Otra razón más para no fracasar.

—¿Cómo te llamas? —dijo con una sonrisa.

—Cristina. Cris...

La sonrisa se amplió. Era su mejor carta.

—No lo sabes bien, Cris.

Empujó la puerta del aseo con su espalda mientras le comía la boca y atraía su trasero hacia él para empotrarla contra su cuerpo. La puerta se abatió sola y él se concentró en bajarle las bragas a la vez que se soltaba la hebilla del cinturón. La chica exhaló un sollozo cuando la penetró sin más preliminares. De pie, contra la fría pared del estrecho compartimento. Las manos sosteniendo sus nalgas. Rápido, duro, fuerte. Tan duro, tan tenso, tan necesario que le era doloroso. Los gritos ahora sin contener de ella. El alivio, cerca ya, a un paso, siempre un poco más lejos. La crispación. La liberación por fin. Unas migajas de placer. Una tregua.

La muchacha temblaba entre sus manos. Si no la hubiese sostenido se habría derrumbado en el suelo. No podía dejarla caer, pero ahora que había obtenido lo que quería solo pensaba en largarse de allí lo más pronto posible.

—¿Estás bien?

Ella le devolvió una mirada extraviada. Normal. No estaban habituadas, no como él.

—Esperaré si lo necesitas.

Era su forma de decir que prefería no esperar. La mayoría de las veces lo aceptaban sin replicar, incluso si llegaban a darse cuenta de que solo las había utilizado igual que se utiliza un Kleenex.

—No, no... Estoy bien, de veras.

—De acuerdo, entonces saldré yo antes. Me ha gustado conocerte, Cris.

Cris, con el pelo enredado, la ropa interior hecha pedazos y el rojo de labios corrido consiguió reunir fuerzas para responder con una sonrisa y la mirada aún un poco ida.

—Sí, ha estado bien.

Salió de los aseos ignorando los rostros atónitos y escandalizados que dejó tras de sí y ajustándose el nudo de la corbata. Eran las nueve y media.

Ya podía comenzar a trabajar.

## Capítulo 2

Cuando llegó, Alberto estaba que se subía por las paredes.

—¡Dijiste media hora! ¡Son las diez menos cuarto!

Isabel, la secretaria que ambos compartían, una mujer eficiente y severa a la que solo le faltaban cuatro o cinco años para jubilarse, también lo miró con reproche.

—El señor Díaz-Plaza ha llamado para decir que no va a venir, que se reunirá con usted en los juzgados.

—¡Es cosa tuya controlarlo! —exclamó Alberto, señalándolo con el dedo índice.

—¿Y eso desde cuándo? No me vengas con charlas desde por la mañana temprano, Alberto. ¿Ha dicho por qué? —dijo, volviéndose hacia Isabel.

—Ha dicho que no le gustan nuestras oficinas.

—¿Nuestras oficinas? ¿Qué tienen de malo? —dijo Alberto con incredulidad, mirando a su alrededor.

Era un lugar que muchos envidiarían. La luz atravesaba los muros de vidrio y bañaba hasta los últimos rincones del amplio y vanguardista espacio. Se hallaban en el piso cuarenta y dos de la Torre de Cristal, uno de los cuatro desmesurados rascacielos construidos sobre la antigua ciudad deportiva del Real Madrid. La burbuja inmobiliaria había pinchado justo cuando habían decidido abandonar su antiguo despacho, un oscuro piso ubicado en un edificio de viviendas cerca de la Ronda de Toledo. Alberto y él estuvieron de acuerdo en que aquello se ajustaba a la perfección a lo que buscaban y el alquiler era más razonable de lo que cabría esperar. No había suficientes empresas con las que llenar tantos metros cuadrados. El resultado era funcional, silencioso, discreto. Un ambiente que reforzaba la idea de que, cualquiera que fuese la índole de la consulta, quedaría a resguardo del interés público o privado.

—Es por la altura. No le gustan las alturas —explicó Jorge.

Alberto agitó la cabeza.

—Ese hombre nos va a causar problemas. Átalo corto, Jorge, por su propio bien.

En eso coincidían. Díaz-Plaza era un cliente problemático. No tanto por la naturaleza de su demanda, similar a muchas otras, como por su carácter. Pero no estaba preocupado. Podía lidiar con él.

—Lo tengo controlado. Pasaremos el trámite de la instrucción y, si hace falta, recurriremos la petición de pruebas o procuraremos un aplazamiento. Con un poco de suerte podremos alegar dilaciones indebidas y solicitar el archivo de la causa.

Alberto lo miró dudando. Era un pesimista. Jorge era optimista o quizá era solo testarudez. Aunque todo se pusiera en su contra siempre encontraba el modo de salir adelante. Solo tenía que controlar la situación y no dejar que la situación lo controlase a él. Entonces todo marchaba.

Lo mismo le pasaba con el sexo. No tenía un problema, tenía una necesidad. Necesitaba hacerlo. Podían ser solo un par de ocasiones a la semana o dos o tres veces al día, aunque eso había sido más bien al principio, durante la peor época. Ahora lo mantenía bajo control y estaba bien como estaba. Nada de prostitutas, nada de parejas estables, solo encuentros rápidos y olvidables.

—Si no conseguimos retrasar la instrucción, las cosas se pondrán feas —sentenció Alberto.

—Con Serra como juez pasarán meses antes de que se practiquen las diligencias.

Era su principal baza. Había sido una suerte que la instrucción recayera en el juzgado del juez Serra. Era tan lento y tan ineficiente que los casos se quedaban varados durante años en su despacho. Justo lo que necesitaba su defendido.

—No me fío de que no lo estropee todo, Jorge. Lo ideal sería que no tuviera que comparecer. Podríamos alegar enfermedad.

—No creo que esté de acuerdo —respondió. Tampoco a él le habría importado dejar a su cliente en su casa, pero sabía que no estaría por la labor.

Se trataba de todo un personaje. Francisco Díaz-Plaza era un promotor inmobiliario que había pasado de la nada a hacerse de oro en solo unos pocos años. El método había sido el habitual. Tráfico de influencias, soborno a

concejales, miles de viviendas construidas en terreno rústico recalificado a toda prisa como urbanizable. Un cambio de gobierno en el consistorio de una localidad de la sierra norte había precipitado el penúltimo escándalo, que relacionaba construcción y financiación ilegal. Un eufemismo como otro cualquiera para nombrar al robo. Ahora Díaz-Plaza se enfrentaba a una larga lista de acusaciones y a un proceso judicial que previsiblemente se dilataría en el tiempo a través de recursos, apelaciones y contra recursos. Nada que el dinero que Díaz-Plaza tenía repartidos por varios paraísos fiscales no pudiese pagar, y una mina de oro para el bufete. Trabajo abundante y farragoso para varios años. El único problema lo presentaba el propio Díaz-Plaza. Un hombre peculiar, por llamarlo de algún modo; soberbio, prepotente y grosero podría ser otro. Un tipo que no escaseaba en el sector.

—¡Procura que no abra la boca!

Fue la última recomendación de Alberto. Como si le hiciese falta que se lo recordasen.

El ascensor lo llevó en un minuto y sin interrupciones desde las alturas hasta el subsuelo del aparcamiento. Desde lejos pulsó el mando y las luces intermitentes y los dos breves toques de alerta de su BMW Serie 1 Coupe le saludaron a distancia. Hacía dos años que lo había comprado, aún estaba pagándolo y ya estaba pensando en cambiarlo. No quería encariñarse con las cosas. Era mejor abandonarlas antes de que ellas te abandonasen a ti.

Había poco tráfico por Castellana y apenas tardó unos minutos en llegar a Plaza Castilla. Dejó el coche en el aparcamiento y fue a salir enfrente de los juzgados. Un día tranquilo. Un par de cámaras y de fotógrafos de guardia, nada excepcional. La denuncia había ocupado primeras planas durante varios días, pero otros asuntos más relevantes, otros fraudes aún más escandalosos, habían hecho que la citación de hoy no trascendiese demasiado. Las defensas habían hecho también todo lo posible por evitar jaleos. Cuanto más por debajo del radar se volase, mejor.

No tardó en ver a su cliente. Francisco Díaz-Plaza no era de los que pasaban inadvertidos.

—¡Una hora! ¡Una hora llevo esperando!

Sesenta y muchos, rostro congestionado y embotado por el colesterol adquirido gracias a la falta de ejercicio y la ingesta desmedida de chuletones en todos los restaurantes que había frecuentado para cerrar negocios en los últimos años, el conocido constructor y empresario lo miraba muy

malhumorado. Por otra parte, era su estado natural, al menos desde que Jorge había comenzado a tratar con él.

—La cita no es hasta las once, papá —subrayó con suavidad su hijo y delfín, Enrique. Una nueva generación, otras maneras.

—Si hubiera ido al despacho como acordamos, se habría evitado la espera, señor Díaz. —Por más que el apellido fuese compuesto y su cliente siempre lo remarcase, como si fuese de una importancia vital pronunciarlo al completo, a Jorge le fatigaba terminar con el «Plaza».

—No me gustan los ascensores, ya se lo he dicho otras veces. Se ve que no ha tratado usted con arquitectos. Esos edificios son una trampa mortal, se lo digo yo. ¿Es que no ha visto *El coloso en llamas*? La gente de ahora no se entera de nada.

—He visto *El coloso en llamas*, señor Díaz, y si a usted no le gusta nuestro despacho podemos reunirnos en cualquier otro lugar, pero debemos seguir los pasos acordados —alegó Jorge, profesional. El peor error que podía cometer era dejar que el constructor tomase la iniciativa. Era cerrado y obcecado. No era nada fácil lidiar con él—. Y algo más. Lo de hoy es solo una primera comparecencia. Se leerán los cargos y yo presentaré las alegaciones que considere pertinentes, pero usted no debe intervenir bajo ningún concepto. ¿Queda claro?

—¿Por qué no voy a poder intervenir? ¡Me están llamando ladrón, me están acusando de fraude y de no sé cuántas barbaridades! ¡Cuando yo lo único que he hecho ha sido trabajar! ¿Me oye? ¡Trabajar como un mulo desde que tenía siete años...!

Jorge endureció el rostro y se volvió hacia Enrique. Conocía el discurso y lo último que necesitaba era que se lo repitiesen.

—Lo sabemos, papá. Pero creo que es mejor que sigamos las instrucciones del señor Márquez —dijo Enrique apoyándole.

—Ahí quería yo haber visto al juez. ¡Levantándose a las seis de la mañana para ir a poner ladrillos!

—Seguro que el juez comprenderá, señor Díaz, y usted tendrá ocasión de explicarse, pero no hoy —dijo Jorge con rotundidad.

Díaz-Plaza se removió inquieto. Le costaba claudicar.

—Está bien, para eso le pagamos, para que hable. Los abogados tienen palabrería de sobra.

Enrique se excusó con una mirada y Jorge respiró hondo.



—Eso es, déjeme a mí la palabrería.

Consultó su reloj, menos diez. Sería mejor que fuesen entrando, cuanto más tiempo pasasen hablando del tema, más fácil era que su defendido se soliviantase.

Entraron en la sala. Estaba bastante concurrida. El exalcalde imputado y algunos de los concejales con sus correspondientes abogados. Varios representantes de medios de comunicación locales, familia, oposición, amigos... Jorge había mantenido discretos contactos con los abogados de los otros acusados para coordinar líneas de defensa. Todos estaban de acuerdo en que alargar el procedimiento era la mejor opción.

También reconoció al fiscal, Jesús Ladreda no destacaba por su pericia. Sus informes solían perderse en mares de datos que no llegaban a ninguna conclusión. Se sacudió la inquietud que, sin saber bien por qué, venía pesándole desde que se había levantado aquella mañana. Todo estaba bajo control.

—Márquez...

El abogado de otro de los acusados llamó su atención y le impidió darse cuenta del momento exacto en el que el juez hizo aparición en la sala. Solo cuando uno de los funcionarios pidió silencio, se giró y la vio tomar asiento.

—Preside la sesión la ilustrísima juez, Irene Ávila.

Irene Ávila. El rostro sereno y bello, impasible y a la vez implacable, de una de las magistradas más jóvenes de toda la judicatura lo miraba sin ver, mientras con voz monocorde anunciaba la apertura del procedimiento.

Jorge tragó saliva y trató de reordenar ideas a toda velocidad. La magistrada le dirigió una breve mirada fría antes de continuar con la lectura. Fue solo un segundo y Jorge no supo si lo había reconocido o no.

No es que importara.

Él sí la había reconocido y estaba bien seguro en sus conclusiones.

Estaban jodidos.

## Capítulo 3

—¿Qué ha pasado con Serra? —preguntó en un susurro a otro de los abogados.

—Es lo que iba a decirte. Por lo visto ha pedido una excedencia y han destinado a Ávila en su lugar.

La juez les dirigió una segunda mirada más fulminante. A Jorge no le dio la gana apartarla, pero fue igual porque perdió pronto la atención de la magistrada. Previsible.

Su particular y extraña historia con Irene Ávila venía de algún tiempo atrás. Por entonces hacía un año que se había divorciado de Sara y fue a partir de aquello cuando comenzó a frecuentar los clubes de intercambio. Los clubes de intercambio, los de carretera, los locales de moda, los bares de estaciones de autobuses e incluso las gasolineras. Fue una época mala. La traición de Sara lo había empujado a una carrera sin freno en busca de encuentros de una noche, compañías de usar y tirar, sexo sin otra razón que la de buscar un placer instantáneo que olvidar luego sin más.

Era solo un modo de apagar la ira. Quizá, también, al utilizarlas de ese modo, al usar solo sus cuerpos sin importarle nada más, pretendía a través de aquellas desconocidas resarcirse del daño que le había hecho Sara. Quizá, al principio, todas ellas eran Sara. Al fin, un día consiguió lo que pretendía, el rencor fue diluyéndose sumergido en la marea de imágenes, fotogramas y recuerdos borrosos que mezclaba mujeres, lugares, instantes y días.

Aunque siguió yendo a los clubes.

Fue en uno de ellos donde creyó reconocerla. A la mujer que ahora se sentaba justo enfrente de él. A Irene.

Se había fijado en ella desde las primeras veces que se cruzaron por los pasillos de los juzgados. Reservada, impecable, distante, bella. Inaccesible. Así era la imagen que daba y así era como se comportaba. Vestida a menudo

de blanco o de colores muy claros: crudo, marfil... Las gafas oscuras ocultándole la mirada, la melena morena suelta agitándose libre a su espalda, la estela que dejaban tras de sí las afiladas agujas de sus tacones.

Le sorprendió saber que ya era juez. Era joven y aparentaba aún menos edad de los treinta que decían que tenía. Hija única de un magistrado del Tribunal Supremo, primera de su promoción y licenciada *cum laude*, había necesitado solo tres años para preparar las oposiciones que a los demás les solía costar un mínimo de cinco aprobar.

Nunca habían cruzado una palabra, ni siquiera los habían presentado ni tampoco habían coincidido en ningún juicio. Pero él la observaba. Y cuando una noche de junio, en un club de Capitán Haya, pequeño y no muy conocido, vio a una mujer vestida de blanco —y aunque no era posible distinguir apenas los rostros por culpa de la escasez de luz, que era característica del local—, al instante pensó en ella.

Nunca estuvo seguro del porqué. Fue más una sensación, una impresión, que cualquier otra cosa. La oscuridad era la razón de ser de aquel sitio: sexo anónimo y amparado por las sombras. Podía haber sido cualquiera. Era de suponer que existirían muchas otras mujeres de cabellera larga, oscura y ondulada, delgadas y esbeltas. Pero, cuando la abordó, lo hizo pensando que era a ella a quien abordaba. La mujer fría y distante que admiraba desde lejos y deseaba a distancia —porque ella era justo el tipo de mujer que con más fuerza atraía a Jorge, las que avivaban con más urgencia su deseo: las inalcanzables—, esa mujer que ahora presidía la sala.

O eso fue lo que quiso creer.

Nunca antes se había encontrado con ningún conocido. Alguna vez había sopesado la posibilidad y no dudaba de que, si llegara a darse el caso y coincidía con algún cliente o incluso con una antigua excompañera de la facultad, lo mejor sería desaparecer con la mayor discreción. En cambio, cuando por primera vez ocurrió, en lugar de huir, voló hacia ella, como una polilla hacia la luz de su vestido blanco en las tinieblas del local.

—¿Vamos?

No solía haber demasiada conversación en estos sitios. ¿Qué había que hablar? Solo los nuevos o los muy reincidentes entablaban charlas. Ella no debía ser nueva, porque no respondió una palabra y tampoco lo miró a los ojos. Solo comenzó a andar por delante de él, rumbo a un destino que sus pasos seguros, a pesar de la luz incierta, demostraban que ya conocía.

La corazonada de Jorge comenzó a perder fuerza. Si fuera Irene, ¿no lo habría reconocido como él a ella? ¿No le habría dirigido al menos una segunda mirada más atenta? Su orgullo de macho se resquebrajó y se dijo que era muy posible que nunca hubiese llamado su atención. Jorge sabía de su potente atractivo físico y lo explotaba, pero Irene Ávila actuaba como una reina: su mirada no descendía nunca hacia sus súbditos.

Los reservados eran aún más oscuros que el resto del local. Tuvo que buscar a ciegas para encontrarla. La desconocida —porque ya no estaba seguro de que fuese Irene— se dejó atraer sin oponer resistencia, pero sin ofrecer más que su cuerpo liviano, como si, además de carecer de voluntad, careciese también de peso. A Jorge no le sorprendió. Conocía ya muchos tipos: amas, sumisas, experimentadas, ocasionales, indecisas, seguras... Ella era pasiva y dejaba que fuese Jorge quien decidiese lo que haría con ella.

Mientras tanteaba a ciegas buscándola, no podía quitarse la idea de la cabeza: ¿era o no era Irene? En la oscuridad bajaba la cremallera de su vestido, asaltaba su boca y probaba su saliva, indagaba su olor y, aparte del leve aroma a gel y el sabor a menta de su boca, no lograba distinguir ningún otro perfume.

A falta de luz reconoció su cuerpo con sus manos, buscando correspondencias, alineando posibilidades. Y mientras desnudaba a aquella desconocida, en su imaginación, era a Irene a quien desnudaba.

Ella se dejaba hacer como si todo le diese igual y a Jorge no se le quitaba la duda. ¿Podía ser realmente ella? ¿Era la jueza Ávila el tipo de mujer que se dejaba manosear por un desconocido? ¿Que se prestaba a ser el objeto de cualquier obseso? Porque así se sentía el propio Jorge a veces: obseso, vicioso, adicto, enfermo...

Todas esas palabras desfilaban por su cabeza mientras no podía dejar de pensar en empujarla por los hombros y obligarla a aliviar la tensión ardiente que latía y palpitaba cada vez con más fuerza contra su vientre.

La intachable y perfecta Irene haciéndole una mamada en un club de mala muerte. Incluso aunque no fuese ella, la fantasía ya se había materializado en su cabeza. Con rabia hundió la mano en su pelo, cogiéndola por la nuca, y la besó invadiendo y tomando toda su boca con su lengua. Ella siguió sin hacer el menor amago de resistencia. Podía hacer lo que quisiera con ella, lo sabía, lo sentía; su pasividad era una invitación muda pero clara.

Entonces ¿por qué no dejarse de contemplaciones y acabar con lo que

ambos habían venido a hacer? Y con más razón si de verdad se trataba de Irene, de la perfecta e inalcanzable Irene. Sin embargo, sin embargo...

La pregunta salió de su boca antes de que pudiera detenerla.

—¿Cuál es tu nombre?

Su lasitud disminuyó, se puso tensa bajo sus manos.

—No quiero nombres.

Las palabras nítidas, el timbre un poco grave. La memoria de Jorge grabó y registró cada detalle del sonido de su voz.

—¿Ni siquiera uno falso?

Buscó sus ojos en la oscuridad, pero no llegó a apreciar el color. Los de Irene eran castaños, tirando a avellana. Se había fijado en ellos.

—Llámame como tú quieras. —No era un juego. Era solo indiferencia.

Él tomó aire. Irene. Irene. Irene.

—Está bien. Sin nombres.

Volvió a besarla y, aunque no lo pretendió, no pudo evitar ser más dulce. Si acertaba y era Irene, ¿por qué habría de hierla? ¿No estaba también él dañado? ¿No habría sido cruel e injusto juzgarla, despreciarla, condenarla?

No la obligó a que se la chupase. En lugar de eso, fue él quien besó con cuidado sus párpados cerrados, el cuello, la curva de sus senos, desde los que se precipitó a una caída sin red hacia el vacío. Y aunque después le hiriese reconocerlo, el sexo que tuvo con ella fue el más dulce, el más amante y el más dedicado que recordaba haber tenido. Incluso más que cuando estaba con Sara, porque entonces no significaba lo mismo para él. Aún no era su obsesión, su escape, su salida.

Si le gustó o le desconcertó su suavidad, su amabilidad absurda y fuera de lugar, fue algo que la mujer se guardó para sí. Su indiferencia lo atormentó de principio a fin, igual que la incertidumbre. Quizá ella hubiese preferido que fuese más brusco, más sucio, más obsceno. Las mujeres que frecuentaban clubs como el de Capitán Haya no solían ser criaturas tiernas e impresionables.

Pero ya que ella no le daba nada, decidió hacerlo a su manera.

Entró en ella despacio, dilatando, esperando, forzando su respuesta. Tratando de acompasar sus tiempos. Cada pequeño cambio en su respiración, cada ahogado gemido, cada contracción de su cuerpo flexible y tibio era un pequeño triunfo.

En la oscuridad, pendiente solo de ella, sintiendo como poco a poco su indiferencia cedía y su apatía se desvanecía para unirse a Jorge en su intento

de alcanzar juntos un mismo fin.

Ni siquiera ahora, un año después, comprendía por qué le importó tanto llevar al orgasmo a aquella mujer.

Cuando el instante pasó se encontraron uno sobre el otro, frente contra frente, sus bocas jadeando a la par. De repente Jorge se sintió ridículo, violento, avergonzado de haber entregado aquel derroche de afecto y atención a una desconocida, o incluso a la juez Ávila, que ni siquiera sabía de su existencia.

Se echó a un lado y se quedó sentado sobre la gomaespuma que hacía las veces de lecho y volvió a comprender por qué la falta de luz era algo tan conveniente para todos en aquel lugar. La mujer esperó un rato, pero debió entender que ya no quería más de ella y comenzó a buscar su ropa por el suelo.

La oyó vestirse en la oscuridad. El repicar de sus tacones alejándose en dirección a la puerta.

Ignorando el orgullo, la lógica y sus propias normas trató de detenerla.

—¡Espera!

La mujer se paró en el umbral. Una sombra entre otras sombras.

—No te vayas aún, por favor.

—¿Por qué?

Una pregunta lógica. Un planteamiento racional. ¿Por qué? ¿Por qué ir más allá? ¿Por qué no dejarlo correr? ¿Por qué complicarse con una mujer tan dañada o más que él, tanto si era Irene como si no? Muchas y buenas razones asaltaron su cabeza, sin embargo el impulso habló más fuerte y más rápido que cualquier objeción.

—Me gustaría volver a verte.

Tardó algo así como un par de segundos en darle la respuesta.

—No nos hemos visto.

Y eso fue todo.

O lo habría sido si se hubiese conformado con olvidarlo, si el tacto de su piel no se hubiera grabado en sus manos, si la curiosidad insatisfecha y la duda no resuelta no lo hubiesen carcomido cada vez que la veía con su bolso de mano y sus pasos rápidos por las mañanas en los juzgados.

Si no se hubiese dedicado a espiar sus gestos, sus movimientos, sus conversaciones cuando la encontraba hablando con algún compañero, y en su cabeza cruzaba recuerdos y signos tratando de llegar a una conclusión. A veces estaba convencido de que era ella y otras dudaba incluso de que aquella

noche en Capitán Haya hubiese ocurrido de verdad y no fuese solo fruto de su imaginación calenturienta.

Volvió muchas más noches, pero nunca la encontró. O tal vez sí, ¿acaso habría podido saberlo?

## Capítulo 4

—¿Esa es la juez? ¿Una mujer? Y además es una cría.

Varios rostros se volvieron hacia Díaz-Plaza. Jorge habría querido solicitar que se amordazase a su defendido.

—Papá... —recomendó en baja voz su hijo. El constructor se calló, pero lanzó una mirada hostil hacia la magistrada.

El secretario leía el informe aportado por una de las partes y la mirada de Irene volvió a resbalarle por encima sin llegar a tocarlo. Jorge se dio cuenta de que eso le molestaba mucho más que si lo hubiese mirado enfurecida.

—La juez Ávila es muy profesional y muy eficiente en su trabajo. Téngalo en cuenta, señor Díaz —le dijo, aprovechando el ligero murmullo que se formó tras finalizar la lectura.

Díaz-Plaza se volvió y lo miró sorprendido.

—¿De qué lado está?

—Esa no es la cuestión. Solo quiero que tenga claro a quién y a qué nos enfrentamos.

El fiscal iba a comenzar su intervención y Jorge calló con un gesto el amago de respuesta de su nada diplomático cliente. Sabía que era un error intranquilizarlo, pero él tampoco estaba de humor y, además, más valía que fuese haciéndose a la idea. Al margen de su historia personal —o más bien su fantasía— con la juez Ávila, la realidad era que la situación de Díaz-Plaza se había complicado de forma notable.

Si Serra era conocido por su ineficacia, Irene lo era por todo lo contrario. Se había labrado a pulso fama de rígida, minuciosa e implacable. Los defensores sabían que con ella todo sería más complicado y muchos fiscales la aborrecían, porque más de una vez había dejado en evidencia su trabajo. Llevaba poco más de dos años en Plaza Castilla y todos coincidían en afirmar que se trataba solo de una estación de paso en una carrera que se preveía



fulgurante.

Sus esperanzas de un proceso indefinidamente diferido acababan de convertirse en agua sucia escapándose por el retrete.

El fiscal había comenzado a interrogar al exalcalde, un hombre de unos cuarenta años y gesto agobiado al que se veía que aquel asunto le venía demasiado grande. Las preguntas del fiscal sobre los artículos de la Ley del Suelo y las normas subsidiarias, modificadas a propósito para que el proyecto de Díaz-Plaza fuese aprobado en un tiempo récord, recibían siempre la misma respuesta: «no lo sé, no podría precisarle, yo no me encargaba de eso».

La juez Ávila seguía el proceso con la mayor de las atenciones, pero Jorge, a pesar de sus esfuerzos, dejó pronto de atender.

¿Era posible que no lo recordase? Sí, era posible. Después de todo, su única relación probada se limitaba a un pequeño, y vergonzante para Jorge, incidente.

Tras la noche en el club había intentado quitársela de la cabeza. Imposible. A pesar de la negrura, recordaba cada detalle de su encuentro: la forma de su cuerpo bajo sus manos, la textura de su piel, su olor a gel y menta, sus suspiros suaves y el estremecimiento largo que la sacudió al terminar. Cuando veía a Irene, tan segura, tan ausente, tan apresurada, volvía a pensar en su palpito. Por más que pareciese una locura, estaba convencido de que aquella sombra había sido Irene.

Y la quería, quería volver a sumergirse en la oscuridad con ella.

Era curioso porque estaba acostumbrado a abordar a mujeres todos los días. A veces salía mal, pero eran las menos. También era porque sabía elegirlas y, cuando no se mostraban receptivas, abandonaba la partida. Irene emitía todas las señales que decían «no te acerques a mí». Además, no era fácil verla en la cafetería ni en los corrillos de los pasillos. Ella llegaba y se iba siempre con la mirada al frente y los pasos rápidos y apresurados de quien no quiere ser detenido.

Por eso, el día que se encontró con la oportunidad, no la desaprovechó.

—¿Irene? No nos han presentado. Soy Jorge Márquez.

Ella estaba a punto de subir a su coche. Un Mercedes Clase A dos veces más caro que su BMW. Lo sabía porque había estado a punto de comprarlo. Al final había tenido que conformarse con el BMW. El alquiler del apartamento y el *leasing* del coche lo obligaban a apartar todos los meses más de tres mil euros solo en esos dos conceptos.

Irene estrechó la mano que le tendía con cierta prevención, sin corresponder a su firme apretón. Él casi creyó sentir la electricidad. Las gafas oscuras tapándole parcialmente el rostro y su traje de chaqueta blanco entallado. Sombras y luces. A su boca volvió el recuerdo del sabor de la mujer del club. ¿Cómo sabría Irene?

—¿Nos conocemos?

Jorge forzó su sonrisa. Ni siquiera él mismo acababa de tener claro lo que estaba haciendo. No quería complicaciones, no buscaba relaciones estables. Tampoco debería importarle lo que la juez Ávila hiciese en su tiempo libre.

Era solo que necesitaba quitarse la duda de la cabeza.

—Soy abogado. Nos hemos cruzado en los juzgados. —Con un gesto contuvo el amago de protesta de Irene—. Tranquila, no se trata de trabajo. Solo pensé que a lo mejor le apetecía tomar una copa y charlar un rato.

Jorge aguardó. La mirada intensa y los músculos en tensión debajo del traje de Hugo Boss. Funcionaba, normalmente funcionaba.

—No me interesa.

Irene le dio la espalda y abrió la puerta del coche.

—¡Espera!

Jorge la sujetó por el brazo. Solo un toque. Detrás de los cristales tintados distinguió su mirada.

—Suélteme.

Él se pasó la lengua por los labios. Aquello no estaba saliendo como había pensado. Y lo había pensado muchas veces. Pero en sus pensamientos siempre estaba oscuro e Irene no se resistía a ninguna de sus fantasías.

—Perdón —dijo, liberándola—. Solo pensé... Solo creí que podíamos conocernos un poco mejor —añadió con voz que a sus propios oídos sonó con un claro deje de desesperación.

Era difícil adivinar su expresión bajo las grandes gafas oscuras. Pero su voz fue seca, incluso agresiva. No podía asegurar que fuese la misma. Sin embargo, sus respuestas coincidían, eran igual de breves y cortantes.

—Se equivocaba.

Irene subió al coche. El motor ronroneó con la suavidad de una amante cuando introdujo las llaves en el contacto. El reluciente Mercedes gris plata salió del parking haciendo gala de la elegancia y la solidez que le prestaban años y años de depurada ingeniería germana.

Jorge se quedó solo, como un imbécil, de pie en medio del garaje.

—¿Y cuánto tiempo más va a durar esta patochada?

La voz de Díaz-Plaza lo sacó de sus recuerdos. Su cliente le estaba resultando aquella mañana más insoportable de lo normal. Y lo normal era mucho.

—Es la una y media. Pronto se interrumpirá la sesión.

—Menuda pérdida de tiempo.

La atención de la juez se volvió hacia su defendido. El constructor se infló como un pavo. La mirada de hielo de la magistrada no lo contuvo.

—Algunos tenemos que trabajar.

—Papá...

Díaz-Plaza se calló. Sus bajos refunfuños no debían llegar con claridad al estrado, pero eran suficientes para molestar, al menos a Jorge, que también estaba de pésimo humor.

Las diligencias se prolongaron hasta mucho más de las dos y la declaración de Díaz-Plaza quedó fijada para el día siguiente.

Irene Ávila se iba sin dignarse a dirigirle una mirada.

Mañana sería otro mal día. Estaba seguro.

## Capítulo 5

Sacó la bolsa de deporte del maletero del coche y enfiló hacia el gimnasio. Más de tres mil metros cuadrados destinados a cultivar cualquier especialidad imaginable le dieron la bienvenida. Susana, una de las recepcionistas de la tarde, lo saludó al pasar con una sonrisa. Era morena, con el pelo muy corto y presumiblemente bronceada por igual en todos los rincones de su cuerpo gracias a los rayos uva. El uniforme de trabajo consistía en minishorts y top, y en su vientre desnudo y bien tonificado destacaba, tatuado, un poco más abajo del ombligo, un mandala que simbolizaba un radiante sol.

Jorge había cambiado el traje por una camiseta y pantalones negros de algodón, y cualquier observadora femenina habría estado de acuerdo en que se veía mejor que bien de negro. La sobriedad del color realzaba sus rasgos duros y masculinos, y la camiseta dejaba aún más patente el resultado de las horas invertidas bajo la luz fluorescente del gimnasio.

No se le escapó la sonrisa de Susana y la libido le jugó una mala pasada al sugerirle que aquella joven sería, con toda probabilidad, mucho más receptiva que la juez Ávila.

Debía ser el resentimiento, porque no solía ocurrirle. Nada de conocidas, era lo mejor, solo había hecho una excepción con Irene y a la vista estaban las consecuencias.

Pasó por delante de varias salas acristaladas donde docenas de hombres y mujeres empapados en sudor corrían sobre bicis estáticas rumbo a ninguna parte, pero a mucha velocidad. *Step*, *zumba*, *body combat*, salas de musculación... Jorge buscó un saco libre y se puso los guantes. Eran distintos a los de boxeo, menos engorrosos, protegían los nudillos y dejaban libres los dedos.

Listo.

Descargó un primer golpe con todas sus fuerzas. El saco se balanceó,

noqueado. Luego otro, otro y otro. Jorge no le dio tregua y se pasó los siguientes veinte minutos sacudiendo y atizando a aquel peso muerto: puñetazos, golpes de través, con la mano abierta, con el codo... El saco lo resistía todo, no se fatigaba, no cedía. Jorge sí. Se había empleado con dureza y después del sobreesfuerzo se sentía cansado y casi derrotado, viendo al saco balancearse exactamente igual que al principio. Cansado y derrotado. Eli habría dicho que era un buen punto desde el que partir.

Eli era su instructor y ya estaba esperándolo. Vestía igual que él, con pantalón y camiseta negra, y eran casi de la misma edad: Jorge treinta y dos y Eli treinta. A Jorge le gustaba porque era claro, iba al grano y no trataba de mitificar el asunto. Era israelí y había aprendido la técnica durante el servicio militar obligatorio. Hacía cinco años que había venido a España con una beca de investigación sobre células madre que le retiraron algunos meses más tarde, a causa de los recortes. Le gustaba Madrid y estaba enamorado de una chica que se llamaba Maribel. No quería volver a Tel Aviv. Seguía buscando trabajo en lo suyo, pero mientras tanto se ganaba la vida como instructor de *krav magá*.

Todo eso se lo había contado a Jorge entre patadas, rodillazos, golpes en la ingle y amagos de estrangulamiento. La única regla del *krav magá* era que no había reglas. Todo valía. Cuando lo eligió, Jorge pensó que era justo lo que necesitaba tras pasarse el día presentando escritos y recursos de alzada y reposición ante las administraciones públicas. Además, nunca estorbaba saber defenderse y, después de todo, en la vida real tampoco había reglas. Los golpes bajos podían venir de donde menos lo esperabas.

—¿Qué hay, Jorge? —saludó Eli con su acento musical y extranjero.

—No mucho. Un mal día.

Eli asintió.

—Lo emplearemos para trabajar.

Según Eli, se sacaba más partido del entrenamiento cuando se hacía en condiciones adversas: cansancio, desánimo, frustración. Así superabas tus debilidades.

Sin previo aviso, le lanzó un rechazazo que Jorge esquivó por poco. Trató de apresararlo por el brazo, pero el instructor se deshizo de él con un codazo en el esternón. Dolió.

—Mal. No me has agarrado con suficiente fuerza —lo corrigió.

Jorge apretó la mandíbula. Llevaba ya dos años practicando. Ninguno de

los dos se andaba con medias tintas. Jorge quería que Eli fuese en serio y lo hacía. Se lanzó hacia él, embistiéndolo en el pecho con la cabeza. Eli trastabilló, pero no perdió el equilibrio y consiguió volver la fuerza del impulso contra Jorge para derribarlo.

—Demasiado alto y desviado.

Así durante cuarenta minutos. Con cada golpe fallido su rabia crecía y su porcentaje de aciertos decrecía. Eli le dio una paliza en toda regla. Cuando terminaron se sentía humillado, molido y magullado.

—Sí que debes haber tenido un mal día...

—Ahora es peor —respondió frotándose el abductor dolorido.

—Debes mejorar eso. Controlar las emociones.

Eli parecía bueno controlando las emociones. Sereno como un maestro Jedi. Jorge estaba en ello, pero aún le quedaba un largo camino en su propósito de bloquear los sentimientos negativos.

—Quizá debería apuntarme a yoga.

—Estupenda idea. Sería un magnífico complemento.

Eli lo miraba con total seriedad. Jorge parpadeó. Su instructor no era muy bueno captando la ironía.

—Nos vemos.

—Ponte hielo en esa pierna —le recomendó antes de marcharse.

Se fue a las duchas para pasar por la última prueba del día. Agua ardiendo durante un par de minutos y un chorro helado a continuación. Así hasta seis veces. Normalmente la operación le devolvía buena parte del vigor perdido durante el entrenamiento. Esta vez no tuvo efecto.

Llegó a su casa a las nueve y media, un apartamento de ciento veinte metros cuadrados en las alturas de otra torre del barrio de Chamartín. Hogar, dulce hogar. Mucho cristal, mucho acero. Lo había alquilado ya amueblado y el estilo tenía bastante en común con la oficina. En su momento le había gustado, pero ya no estaba tan seguro. O quizá era solo otra señal más de su malestar general.

Se tumbó en el sofá de piel y se puso en el muslo una bolsa de guisantes congelados que tenía de reserva para estos casos, porque apenas cocinaba, y menos guisantes. Comía fuera y para cenar se conformaba con un par de sándwiches. Encendió el televisor y buscó un canal de deportes. Kobe Bryant anotaba un triple para Los Ángeles Lakers. La calidad de la imagen era tan buena en la pantalla de cincuenta pulgadas que parecía que el alero encestaba

dentro de su propio salón.

La noche fue cayendo tras los cristales, el partido finalizó y lo sustituyó un torneo de rugby. Hacía tiempo que Jorge había dejado de prestar atención y sus ojos se perdían sin ver en algún punto indefinido del salón. A su alrededor todo estaba oscuro y solo existían él y el cuerpo de esa mujer.

Solos él e Irene.

## Capítulo 6

La alarma del despertador sonó a las siete, como todos los días, excepto los festivos, que lo hacía a las siete y media. Irene lo apagó al segundo zumbido y se quedó entre las sábanas lo justo para apartar los últimos vestigios del sueño.

Se sentó en la cama y se tomó unos segundos para coger fuerzas. Cuando las reunió alzó la persiana y abrió una de las hojas de la ventana del dormitorio. Vivía en un pequeño adosado con jardín situado en una urbanización muy tranquila de Boadilla del Monte. No había apenas tráfico y el aire olía a fresco y a las magnolias del árbol de la familia que vivía en el chalet contiguo al suyo. Nada que ver con Madrid.

Irene se lavó la cara, se recogió el pelo sujetándolo con una pinza y se vistió con ropa cómoda. Siempre comenzaba el día con una tabla de ejercicios. Estiramientos, equilibrios, flexiones lumbares y abdominales. Había adquirido la costumbre desde muy pequeña, ahora pronto cumpliría treinta y un años y no concebía sentarse a tomar el desayuno sin obligar a su cuerpo a recordar que había un límite al que no se podía llegar, pero al que siempre había que aproximarse tanto como fuera posible.

Cuando terminaba se duchaba, se secaba el pelo y se vestía para el trabajo. Después de un café con leche, una pieza de fruta y una tostada, ya estaba lista y aún no eran las ocho y media. Milimétricamente calculado. Era fácil cuando no había nada que pudiese convertirse en un obstáculo.

Mientras realizaba los ejercicios no pensaba en otra cosa que no fuera la respiración y la sincronía de los movimientos. Era importante olvidarse de cualquier pensamiento y centrarse en el ejercicio, tomar conciencia del propio cuerpo. Llevaba tanto tiempo practicando que lo conseguía sin el menor esfuerzo.

En cuanto terminaba la sesión, la cosa cambiaba.



Incluso en la ducha revisaba mentalmente la agenda del día. La de hoy no tenía nada de particular. Un caso más de fraude de ley y tráfico de influencias en un municipio de menos de cinco mil habitantes, que, sin embargo, había movido millones de euros. La zona donde se había habilitado la construcción tenía especial protección medioambiental. Lo habían modificado ex profeso para construir ochocientos chalets de lujo sobre los que ahora pendía un expediente de derribo.

Ya tenía el sumario casi revisado. Le costaba conciliar el sueño y no necesitaba dormir mucho, así que se había acostado cerca de la una tras leer toda la documentación presentada. A falta de escuchar la declaración del constructor y de que el fiscal presentase su informe, tenía ya claros cuáles serían los pasos a seguir. Era un caso evidente y no esperaba que las defensas arguyesen otra cosa que excusas para dilatar el proceso. Conocía bien a Andrada, el abogado del secretario municipal, por otras causas anteriores. Era un experto en redactar informes extensos y contradictorios que procuraban desviar responsabilidades y endosar a otros culpas propias, generalmente a subordinados con menos información y menos capacidad de decisión. Con los otros dos letrados también recordaba haber coincidido en más procesos. Solo el cuarto representaba una novedad, el hombre del traje caro y bien cortado, y la actitud tensa y resentida de quien se ha abierto camino a codazos. Irene no sabía de él más que el nombre que aparecía bajo la firma de su escrito: Jorge Márquez.

Sin embargo...

Trató de hacer memoria. El nombre no le decía nada, en cambio el rostro no le era del todo desconocido. Un rostro duro y atractivo, algo que su dueño conocía y explotaba tanto como podía, no había más que verlo. Moreno, ojos color chocolate negro y fundido y mirada intensa y extraña, que parecía reprocharle algo que Irene ignoraba y que tampoco tenía especial interés por averiguar. Lo recordaba y no sabía de qué. Mientras removía el azúcar en el café intentó situarlo en algún punto concreto, pero la referencia se le escapaba. Con lo fácil que le resultaba memorizar página tras página de contenidos abstrusos y complejos y luego era incapaz de recordar una cara.

Decidió que lo más seguro era que solo lo conociese de los pasillos. Había muchísima gente trabajando o compareciendo en los juzgados. A diario se cruzaba con cientos de personas. Irene odiaba las multitudes, las aglomeraciones, el desorden... Tenía que abstraerse y crear un espacio entre

ella y el resto del mundo para conseguir salir indemne. Sabía que muchos suponían que actuaba así por orgullo. A ella no le importaban sus suposiciones.

En cuanto terminó de desayunar, se maquilló con sencillez, se calzó los zapatos de tacón de vértigo —medía solo uno sesenta y cinco, los diez centímetros de ayuda extra eran un complemento destinado a reforzar su seguridad—, cogió el bolso que descansaba ya listo sobre la encimera de la cocina y salió.

A las ocho y media sacaba el coche del garaje, a las nueve menos cinco ya estaba en su despacho de Plaza Castilla, a las diez se reanudaba la vista. Letrados, acusados y público guardaron silencio cuando Irene hizo su aparición.

Jorge Márquez volvió a dirigirle una de esas miradas y ella volvió a hacer caso omiso.

—Se reanuda la sesión.

## Capítulo 7

—¡Señor Díaz-Plaza! ¡Señor Díaz-Plaza!

Irene Ávila levantaba inusualmente la voz tratando de contener el estallido de mal genio del constructor.

—Señor Díaz-Plaza, guarde el debido respeto a este tribunal o tendré que expulsarlo de la sala.

—¡Eso! ¡Expúlsame! ¡Que todos se enteren de que no se me deja hablar ni defenderme ni decir cuatro verdades!

Jorge apretaba con fuerza los nudillos, las sienas le palpitaban y sentía pinchazos en la nuca. El constructor había empezado respondiendo a las preguntas del fiscal con quebradiza calma tensa y, más o menos, se había ceñido al guion que Jorge había preparado con él, pero, en cuanto le habían empezado a hablar de sobornos y sobres, se había subido por las paredes.

—¿Cómo cree usted que va a salir adelante este país cuando no lo dejan a uno trabajar honradamente? ¡Porque eso ha sido lo único que he hecho en mi vida! ¡Trabajar!

—¡Es la última vez que se lo repito, señor Díaz-Plaza, límitese a responder las preguntas del fiscal! —advirtió Irene con sequedad.

Díaz-Plaza se removió en el asiento como un animal enjaulado. El fiscal echó una ojeada a sus apuntes y debió decidir que no valía la pena perder más el tiempo de todos ni seguir tensando el humor de la juez Ávila.

—No tengo más preguntas, señoría.

Jorge respiró solo un poco, ahora le tocaba a él tratar de levantar aquel desastre. Cuando se enterase, Alberto pondría el grito en el cielo. A Jorge le habría gustado ver a su socio en su lugar.

—Con la venia, señoría —dijo, dirigiendo una breve pero fija mirada hacia Irene.

Ella asintió ligeramente con la cabeza.

Por un muy corto instante y como en una alucinación, Jorge pensó en Irene prestándole su consentimiento para otras y muy distintas funciones. Pasó pronto y enseguida se concentró en la declaración.

—Señor Díaz-Plaza, ¿cuánto tiempo lleva usted trabajando en el sector de la construcción?

No es que eso le fuera a ser de utilidad en su defensa, pero al menos era un tema seguro.

—¡Toda mi vida, toda! Desde que tenía ocho años y trabajaba de aprendiz por un bocadillo y una perra gorda. ¿Saben lo que es eso? —dijo, mirando a la juez, que le respondió con una mirada de advertencia—. No, no lo saben, ¿qué van a saber?

Jorge hizo como si no hubiese oído el desprecio al tribunal.

—¿Y cuándo se estableció por su cuenta?

—A los veintidós. Mi cuñado y yo, trabajando de sol a sol y con nada más que nuestras manos, y diez años después dábamos trabajo a más de cuarenta personas, ¡pero yo el primero, eh! ¡Yo el primero que estaba todos los días a las siete de la mañana en la obra!

El fiscal ya no aguardó más. Jorge lo estaba esperando.

—Protesto, señoría. Esa información es muy anterior al proceso que nos ocupa y carece de relevancia.

Jorge consiguió frenar con un gesto de la mano la airada protesta de su defendido y se volvió hacia la juez Ávila para exponer su alegato con el mayor de los convencimientos.

—Creo que conocer a mi defendido y las circunstancias en las que ha desarrollado su trabajo no puede ser de ninguna manera irrelevante.

Irene le miró con suma atención. Jorge habría mentido si no hubiese reconocido que lo disfrutó.

—Procure que sus preguntas se refieran a un tiempo menos alejado del actual, letrado.

Jorge esbozó una media sonrisa. Era un triunfo muy pequeño y no quería irritarla. Presumía que la juez Ávila se irritaba con facilidad, aunque no con tanta como Díaz-Plaza.

—¿Cuántos trabajos directos e indirectos ha creado su empresa en los últimos años?

—Protesto, señoría. Irrelevante.

—Protesta aceptada.

Jorge le dirigió una mirada a su defendido que decía «lo he intentado». Lo había hecho por darle el gusto al constructor, pero insistir más solo empeoraría las cosas y ya estaban bastante mal.

—¿Con qué objetivo propuso usted al señor Ortiz, concejal de urbanismo, que modificase las normas subsidiarias del municipio?

—Con el objetivo de seguir dando trabajo a las trescientas familias que dependían de mi empresa y que ahora están cobrando el paro, si lo cobran, todo por culpa de los politicuchos y de los medios de comunicación ¡y de la gente que se mete en lo que no sabe!

Jorge esperó unos segundos por si se desataba otra andanada de protestas que silenciase definitivamente a Díaz-Plaza.

—¿Pretendía inducirlo a vulnerar la ley?

—No pretendía inducirlo a nada. Tenía veinte pueblos más, ¡veinte!, rogándome que los eligiese a ellos. Se trataba solo de trabajo, ¿comprende?

—Lo comprendo muy bien, señor Díaz.

Y era cierto, ¿qué concejal no estaba deseando que millones de euros desfilasen por sus arcas? Díaz-Plaza repartía comisiones y favores con generosidad. Para él era solo un gasto más que luego revertía en el precio de las viviendas. Jorge conocía el sistema. El mal estaba tan arraigado en el sector, y en especial en cabezas como la de Díaz-Plaza, que ni siquiera sentían el menor pudor. Era solo una lucha por rapiñar la mayor cantidad de euros en la que muchos habían colaborado y dado su beneplácito: notarios, políticos locales, tasadores, entidades bancarias... Jorge no estaba allí para juzgar, eso era cosa de Irene Ávila, pensó con cierto resentimiento, él solo había venido a hacer el trabajo para el que le pagaban: procurar que el marrón salpicase lo menos posible.

—¿Coaccionó de alguna manera al señor Ortiz o al secretario municipal?

—De ninguna manera.

—¿Le exigieron dinero?

—Nunca.

—¿Se lo ofreció usted?

—Jamás —mintió con rotundidad Díaz-Plaza.

Los viajes al Caribe, los regalos de tiendas de lujo, los puestos de trabajo garantizados para familiares y amigos... Jorge estaba informado de muchos detalles que el fiscal no se había molestado en investigar, quizá porque ya tenía indicios más que suficientes.

—No tengo más preguntas, señoría.

Juraría que Irene se lo agradeció, que todos se lo agradecieron, el primero Enrique, el hijo de Díaz-Plaza. Su alivio fue más que visible, solo que duró poco, hasta que el fiscal hizo su petición.

—A la vista de los hechos, solicito que sea decretada prisión provisional y sin fianza para don Francisco Díaz-Plaza.

El escándalo volvió a desatarse. Díaz-Plaza empezó a barbotear un discurso inconexo, entrecortado por la indignación. Se puso rojo y pareció que le faltaba el aire.

—¡Pero bueno! ¡Pero qué barbaridad es esta!

—¡Señoría, mi cliente necesita atención médica! —alegó Jorge desesperado, tratando de hacerse oír por encima de los gritos de su defendido.

La paciencia de Irene también estaba a punto de quebrarse. Sin embargo, su voz se impuso con claridad.

—Señor Díaz-Plaza, guarde silencio y escúcheme.

Como por efecto casi milagroso, las palabras de Irene consiguieron acallar momentáneamente al constructor.

—¿Desea que lo atienda un médico?

—¡No, un médico no! —consiguió articular Díaz-Plaza con el aliento entrecortado y la respiración fatigosa—. ¡Lo que yo quiero...!

Irene detuvo el previsible nuevo torrente de protestas de Díaz-Plaza con un imperioso gesto de su mano.

—Vamos a interrumpir la sesión durante treinta minutos. La reanudaremos a las doce y quince. Mientras tanto, procure tranquilizarse —le aconsejó.

Un nuevo y más pequeño revuelo se formó en la sala al levantarse todos de sus asientos. Jorge cruzó unas palabras rápidas con Enrique y le pidió que se ocupara de su padre. Díaz-Plaza estaba aún congestionado, incluso aturdido, y Enrique lo convenció para que saliera a la calle a tomar el aire. El resto de los presentes también se marchó rumbo a la cafetería o los pasillos. Jorge se quedó poniendo en orden sus notas y haciendo tiempo en la sala, aprovechando que Irene también permanecía en ella, retenida por el secretario, que le consultaba sobre el procedimiento a seguir con alguno de los trámites.

Cuando terminaron, Jorge no dudó en seguirla. La abordó cuando estaba a punto de entrar en su despacho.

—Juez Ávila, ¿podría concederme cinco minutos?

Su mirada fría ¿con un punto de curiosidad, tal vez? Era una novedad. Con un poco de suerte, esta vez no se negaría.

—¿Con qué objeto?

—Con ningún objeto reprochable, señorita, palabra —afirmó con decisión.

Irene lo miró, juzgando si se burlaba o no de ella. Jorge le sostuvo la mirada. No era ninguna burla.

—Cinco minutos.

Cinco minutos. Era una miseria, pero a la vez un triunfo. Si el fiscal o cualquiera de los otros abogados lo veían reunirse a solas con ella, acudirían como buitres.

En el interior de su despacho las persianas de varillas estaban echadas para evitar que la luz del mediodía recalentase más el ambiente. Aún no había comenzado el verdadero calor, pero en Madrid en junio, y con el traje, la corbata y la toga, no habría estorbado el aire acondicionado.

Irene se acercó a la ventana para entreabrir las persianas y dejar que un poco más de luz entrase en la estancia. Jorge, a su espalda, la contempló. La toga le ocultaba por completo ropas y formas. No le favorecía el negro. La prefería con sus conjuntos de colores claros y falda justo por encima de la rodilla. Las fantasías que había evocado la noche antes volvieron, pero tuvo que rechazarlas con todas sus fuerzas. Si pensaba que Irene era la desconocida, su desconocida, a duras penas podía contener el deseo de llevarla a algún lugar oscuro y besarla hasta el agotamiento mientras dibujaba con las manos y a ciegas su cuerpo. La pulsión, la necesidad... Jorge apoyó la punta de los dedos sobre imaginarios alfileres para ahuyentar aquellos pensamientos.

Ella tomó asiento tras un amplio escritorio de nogal casi completamente despejado. A Jorge le chocó. Lo normal era encontrarse con pilas de documentos y carpetas de varios centímetros de altura formando precarias torres. En el escritorio de la juez solo había un ordenador portátil, un teléfono, un cubilete con bolígrafos y rotuladores de diferentes colores. Se podía leer en él como en un libro abierto. Irene era ordenada, escrupulosa, exigente con ella y seguro que también con los demás. Y ahora estaba esperando que él se decidiese a comenzar.

—Quería disculparme por el comportamiento de mi defendido. Es un hombre mayor y le cuesta controlarse, pero le aseguro que no pretendía ofender al tribunal —dijo, pisando terreno seguro.

Irene parpadeó con rapidez.

—No me siento ofendida, pero con su actuación se perjudica él mismo. Es misión suya hacérselo saber.

—Lo intento —replicó Jorge y dudó antes de seguir. No quería forzar la cuerda, pero, fantasías con Irene aparte, tenía un caso que defender y además se suponía que por eso estaba allí, ¿no? Decidió aventurarse un poco más—. Sé que no es muy ortodoxo, pero ¿podría avanzarme si va a decidir hoy mismo sobre la petición del fiscal?

Irene no bajó la vista.

—Sí. Probablemente sí.

Eran noticias muy malas, aunque no lo cogieron por sorpresa. En circunstancias normales podrían haber transcurrido un par de semanas hasta que el juez dictase los autos de procesamiento, si los dictaba. Con Serra de juez, los meses de julio y agosto de por medio y con el papeleo atrasado en el juzgado, con facilidad se hubiesen plantado en octubre. Cuatro meses ganados y ahora perdidos sin remedio.

—¿Ya ha examinado todas las diligencias practicadas hasta ahora?

—¿Me está interrogando, señor Márquez?

Jorge sintió el desafío tras la contención de Irene. Por supuesto que quería interrogarla. Y lo primero que quería preguntarle era si de veras le era tan absolutamente desconocido como aparentaba, y lo segundo si conocía cierto local de Capitán Haya y si habría estado dispuesta a volver por allí cualquiera de estas noches.

Pero no le dijo nada de eso, por supuesto.

—Solo he preguntado si ya ha revisado todas las pruebas aportadas. Creo que es una pregunta legítima.

Irene se lo pensó, incluso aunque no tuviera nada que ocultar.

—He estudiado ya todas las pruebas, sí. ¿Quiere saber algo más?

El rímel curvaba y alargaba sus pestañas. Iba tan poco maquillada que parecía que no lo estaba. Sin embargo, ahora que la tenía más cerca, podía distinguir el tono de su brillo de labios y el matiz aterciopelado de sus mejillas. Era una mujer muy bella, también a plena luz, una belleza delicada y, sin embargo, no exenta de fuerza.

Jorge reaccionó.

—No sea dura con él. No decrete la prisión incondicional. Se lo pido como un favor.



Su petición consiguió desconcertar a Irene. Estaba acostumbrada a tratar con abogados. Solían alegar, exigir, protestar... No entraba en los cauces comunes pedir nada por favor. En el caso de Jorge resultaba aún más extraño. Jorge Márquez no parecía del tipo de los que pedían. Irene volvió a sentirse inquieta. Lo conocía y no sabía de qué. La mirada expresiva, el gesto algo suplicante, una ocasión similar, pero distinta. Cuando creía que casi lo tenía, el momento se le escapó.

—Esto es muy irregular, letrado. No entiendo que...

—Es un hombre de sesenta y nueve años —dijo interrumpiéndola—. Tiene diabetes, hipertensión y ha sufrido dos anginas de pecho. Encontrará mil médicos que certifiquen la gravedad de su estado de salud. Está enfermo, y enfermará más si entra en prisión. No ha matado a nadie, no ha agredido a nadie, no hay peligro de que haga desaparecer pruebas. Se trata solo de dinero. Póngale una fianza tan alta como quiera. Tiene mucho dinero, la pagará y no se irá a ninguna parte. Vendrá aquí todas las veces que usted le pida a contarle lo mucho que ha trabajado y cómo él es la víctima y no el culpable.

Irene tenía paciencia, pero no era buena idea colmarla.

—No sé a qué viene esto, letrado. Si lo que asegura es cierto, tráigame un informe de uno solo de esos miles de médicos y lo estudiaré, pero no trate de decirme cómo he de hacer mi trabajo. Si su defendido ha cometido los delitos, tendrá que pagar por ellos —terminó con dureza.

Jorge se creció. Actuaba bien bajo presión, ganaba en convicción.

—Le traeré cinco informes, pero no antes de mediodía. Y los delitos de los que se le acusa aún tienen que probarse. Acabamos de iniciar la instrucción del proceso. ¿O es que piensa ocuparse también del juicio penal y dictar usted misma la sentencia?

Irene lo miró amenazante y él sintió cómo el hilo de sus pensamientos volvía a desmandarse. Le gustaba que tuviera carácter. Después de todo, no era tan fría. ¿Usaba perfume? Desde su asiento, a muy pocos pasos de ella, no llegaba a detectarlo.

—Voy a obviar esta conversación —dijo ella con tensa calma—, voy a olvidar todo lo que me ha dicho y voy a esperar a que haga su alegato en el tribunal. Pero, antes de que se marche, quiero que me diga qué es lo que pretendía viniendo aquí, señor Márquez.

Su pregunta lo noqueó y no pudo evitar sentirse cogido y cazado. ¿Qué había pretendido? Nada relacionado con el sumario. La mirada se le enturbió.

Irene, que no le quitaba la vista de encima, también lo advirtió. La tensión flotando. Los puños apretados. La rigidez en la mandíbula. Algo oscuro que Jorge consiguió esconder con rapidez. Irene llegó a dudar si lo había visto.

—Solo pretendía una oportunidad. —Y, sin poder evitarlo, añadió—: No las da a menudo, ¿verdad, juez Ávila?

Irene calló, calibrando la encubierta acusación, y los dos se contemplaron en silencio. Jorge solo fue capaz de pensar en lo mucho que le gustaba Irene y en que habría dado algo auténticamente valioso por saber qué pensaba ella de él. Lo que menos le importaba en ese momento era la suerte de Díaz-Plaza. Era tan culpable como el infierno y todas sus enfermedades se debían a la buena vida, seguro que no le venía mal una temporadita entre rejas.

La tensión enrarecía el ambiente. Irene experimentó una inquietud que no supo bien a qué achacar. Quizá a lo poco usual de la situación. Quizá porque, de pronto, ella misma dudó acerca de la verdadera razón por la que había accedido a reunirse a solas con Jorge Márquez.

—Hablamos de cinco minutos y ya han pasado —dijo, para zanjar la conversación, con un tono seco que no dejaba traslucir sus pensamientos—. Tendré en cuenta todas las circunstancias antes de tomar una decisión.

—Gracias —respondió él, pese a que Irene no se había comprometido a nada a lo que no le obligase su cargo.

Por eso ella se apresuró a dejar las cosas claras.

—No es un favor.

—Está bien. Nada de favores —repuso Jorge, torciendo un poco el gesto y levantándose de su silla—. Gracias, entonces, por los cinco minutos.

Irene no contestó. Iba a morderse la lengua, pero no pudo evitar llamarlo cuando ya estaba a punto de salir.

—¡Letrado!

—¿Sí?

La mirada de Irene volvió a registrarlo hasta el último detalle.

—Usted y yo, ¿habíamos hablado antes?

La sonrisa le brotó natural.

—Sí. Antes. Buenos días, juez Ávila.

Jorge salió cerrando la puerta e Irene se quedó con la duda carcomiéndola.

¿De qué se conocían Jorge Márquez y ella?

## Capítulo 8

—¡Cinco millones de euros! ¿Cómo cojones piensan que voy a pagar cinco millones de euros?

—Tranquilízate, papá. El señor Márquez está diciendo que no hay por qué depositar la fianza por completo.

—¡No por completo, eh! ¿Y cuánto me va a costar! ¿Un millón, dos millones, tres? ¿Te parece eso poco! —dijo Díaz-Plaza, rojo de indignación.

Jorge inspiró aire para adoptar un tono pausado y normal. Habían conseguido obviar la fobia a los ascensores del constructor y llevarlo hasta las oficinas. Su socio parecía a punto de entrar en pánico y solo el hijo de Díaz-Plaza aportaba cierta calma. Jorge empezaba a pensar que era una lástima que la juez Ávila se hubiese conformado con decretar prisión bajo fianza y retirada del pasaporte. Una medida, esta última, totalmente innecesaria, ya que Díaz-Plaza no era de los que abandonaban el barco, sino más bien de los que había que sacar a rastras y golpeándolos en la cabeza para que dejasen de oponer resistencia.

—Puede pedir a uno de los bancos con los que trabaja habitualmente que le avalen. No tendría que hacer ningún desembolso. Es el procedimiento usual —explicó Alberto.

—¿Y los bancos me van a avalar a cambio de nada? ¡Nadie hace nada por nada! —gritó Díaz-Plaza.

—Lo harán como si se tratase de un préstamo. No te preocupes por eso, papá. Yo me encargaré de negociarlo. Hablaré hoy mismo con José Javier.

Jorge no ignoraba que el tal José Javier del que Enrique hablaba con tanta confianza era uno de los miembros del consejo de administración de una importantísima entidad bancaria. Por mucho que estuviese escandalizando como una gallina clueca, Díaz-Plaza no tendría el menor problema en conseguir los avales sin tener que tocar ni un céntimo de las sociedades

fantasma que utilizaba para evadir capital.

—¡Dinero, dinero y más dinero! Ahora todos vienen a pedir y, si ya no entra, ¿sabes lo que pasará? Que cuando te quieras dar cuenta no quedará nada —dijo el constructor, dirigiéndose a su hijo como si le estuviese revelando una verdad fundamental de la vida. Enrique calló y Díaz-Plaza la tomó con los abogados—. Solo con ustedes ya llevo gastados más de doscientos mil euros, ¿y para qué?

El pánico de Alberto, el socio de Jorge, se desató.

—Le aseguro que estamos dedicando a esto todo nuestro esfuerzo, Francisco —dijo, llamándole por su nombre en un intento por confraternizar—. El caso se ha complicado, el cambio de juez ha sido un imprevisto. Si se hubiese tratado de Serra todo habría sido muy distinto, pero, aun así, no dude que estamos comprometidos al cien por cien con su causa.

A Jorge le reventó la actitud de Alberto. Díaz-Plaza tendría dinero, pero era un imbécil y un embaucador. No iba a disculparse.

—Puede dar gracias por no estar ahora mismo en prisión, señor Díaz. Ha insultado a la juez, ha escupido al fiscal y ha ignorado todas mis recomendaciones.

—¿Que yo he escupido al fiscal? —gritó Díaz-Plaza, haciendo una nueva demostración de efusividad verbal que alcanzó a Alberto, pero no a Jorge, que ya estaba avisado y guardaba una distancia de seguridad.

—Y si va a seguir haciendo caso omiso a nuestras indicaciones, será mejor que busque otro abogado que lo represente —remató con aplomo.

Alberto lo miró sin dar crédito. Hasta Díaz-Plaza calló. Era un farol, pero, si no arriesgabas, no ganabas. Jorge no quería dejar el caso ni quería perder la ocasión de visitar más veces el despacho de Irene Ávila, pero tampoco iba a bailarle el agua a Díaz-Plaza.

—No creo que sea buena idea cambiar de abogados a estas alturas —medió Enrique.

Jorge le dirigió una mirada solidaria. Le gustaba Enrique, no se parecía en nada a su padre. Cuarenta y cinco años y rostro permanentemente preocupado, era un hombre inteligente y muy discreto. Jorge no sabía a quien podía haber salido, a su padre no, desde luego.

—¡Yo no he dicho que quiera cambiar de abogados, lo que quiero es que esto se arregle cuanto antes!

—Lo arreglaremos —aseguró Alberto—. El cambio de juez ha sido una

contrariedad, pero buscaremos el modo...

—La juez, la juez... Esa me tiene entre ceja y ceja, lo he visto —dijo muy observador Díaz-Plaza—. No sé quién se cree que es... —El constructor se quedó en silencio y de repente su expresión cambió como si se le hubiese ocurrido una gran idea—. ¡Estoy pensando que quien debería encargarse de esto es Dimitru!

Enrique enarcó las cejas.

—Es una posibilidad.

Jorge y Alberto se miraron. Jorge inevitablemente pensó en un matón a sueldo de algún país indeterminado de Europa del Este y las suposiciones de Alberto no fueron muy distintas.

—No entiendo a qué se refiere —dijo Alberto alarmado.

—Tranquilo —dijo Díaz-Plaza, quitándole importancia con un gesto de desprecio de sus manos—, es un chaval que trabaja para nosotros.

—¿Trabaja haciendo qué? —preguntó Jorge, notando cómo las venas de su cuello latían con una fuerza que le hizo temer que pudieran estallar.

—Trabaja consiguiéndonos información —explicó Enrique, políticamente correcto.

Jorge respiró solo un poco más tranquilo, hasta que asumió las implicaciones de «conseguir información».

—¿Me está diciendo que pretende espiar a la juez? —dijo indignado como hacía tiempo que no se sentía, tratando de controlar aquel desastre que se le iba de las manos por momentos.

—Vamos, hombre. Usted es el primero que dijo que debía saber a qué nos enfrentamos —dijo Díaz-Plaza, señalándolo con el dedo—. Nunca está de más saber.

—Bien, nosotros no podemos aprobar de ningún modo ninguna actividad ilícita —dijo Alberto—, pero si se trata solo de reunir información, no veo por qué habríamos de negarnos, Jorge. De hecho, tenemos colaboradores que trabajan habitualmente para nosotros y que podrían...

—¡Alberto, no!

Su salida de tono sorprendió a Alberto.

—Nadie está hablando de nada ilegítimo. Que quede claro que estamos hablando de búsqueda de información virtual, solo lo que cualquiera podría encontrar en la red, nada de seguir ni espiar a nadie, por supuesto. Eso sería un delito muy grave —advirtió Alberto—. Y de ninguna manera podemos

consentirlo.

La mandíbula de Jorge volvió a ponerse tensa, igual que la de un boxeador. Sabía lo que sugería Alberto por debajo de la palabrería de compromiso, conocía esos informes. Expertos en informática y rastreo buscaban cualquier pista, seguían correos, burlaban contraseñas, saltaban cortafuegos y accedían sin problemas a los aspectos más íntimos de la vida de cualquiera. Podrían saber la vida del derecho y del revés de la juez Ávila en menos de lo que tardaba en actualizarse el Flash Player.

Y él no quería eso, ¿verdad?

La tentación susurró despacio y muy bajito al oído de Jorge: los secretos de Irene, si los tenía, puestos en negro sobre blanco encima de su mesa. Jorge se resistió a oír esa voz. No, no así.

—No encargaremos ningún informe sobre la juez Ávila, Alberto.

Su socio lo miró, violento, también Enrique se veía incómodo. Para Díaz-Plaza, en cambio, todo era de lo más normal.

—Está claro, nada ilegal, por supuesto. Y tampoco necesitamos su ayuda. Ustedes ocúpense de lo suyo. Al final nadie te saca las castañas del fuego.

Jorge temía a Díaz-Plaza cuando era críptico.

—Espero que no haga nada que pueda empeorar su situación —lo amenazó en vano: el constructor era completamente sordo a lo que no quería escuchar.

—Creía que me había dicho que no podía ser peor, y por poco acabo hoy durmiendo en Alcalá-Meco.

—No es más que la realidad. Puede creerlo o no.

—Le creo, Márquez, le creo. No se preocupe. Arreglaremos esto. Venga a comer a mi casa este fin de semana —dijo Díaz-Plaza en un súbito cambio de humor. Era frecuente en él—. Usted también, Molina, traiga a la parienta y a los niños. Tenemos piscina, ¿verdad, Enrique?

—Se lo diré a mi mujer —aseguró Alberto, acompañando a Díaz-Plaza y a su hijo hasta la puerta.

Jorge se quedó en el despacho preparándose para lo que venía y echando de menos su saco de boxeo. Necesitaba golpear a algo o a alguien y no le habría importado que fuese a Alberto.

—¿Me quieres decir en qué estabas pensando? ¿Vas a aprobar que investigue la vida privada de una juez?

—¿Qué es lo que te pasa a ti? —alzó también la voz Alberto—. Ya sabes cómo es. Si se le mete entre ceja y ceja, lo hará con nosotros o sin nosotros.

Solo estaba tratando de controlarlo.

—¡Una mierda controlarlo! ¡Va a hacer lo que le dé la gana y tú acabas de darle tu bendición!

—¡Ten cuidado con lo que dices, Jorge! Yo no le he recomendado nada fuera de la ley. Además, ¿por qué te pones así? Haga lo que haga, será una pérdida de tiempo. ¿Qué crees que va a encontrar en la vida de esa mujer? Todo el mundo dice que su única obsesión es hacer carrera. ¡Solo estaba tratando de manejarlo!

Jorge intentó calmarse. Alberto lo miraba sin entender y él tampoco estaba seguro de lo que debía pensar. ¿Qué encontraría Díaz-Plaza en la vida de Irene si rebuscaba en todos los cajones?

—No pienso seguir discutiendo esto. Ha sido un mal día para todos. Me voy a casa. Ya hablaremos.

—Jorge, aún no son las seis —protestó Alberto—. ¡Jorge!

Se marchó sin contestar. Se fue al gimnasio, golpeó al saco, como estaba fuera de su horario habitual no encontró a Eli y le pegó una buena paliza al chico que se ofreció a practicar con él. Su contrincante lo miró con rencor cuando se despidieron. Jorge también se sintió un poco culpable. Paró a comer cualquier cosa de camino. Frente al televisor volvió a poner los deportes, tratando de desconectar, procurando que todos los pensamientos que cruzaban por su cabeza se convirtiesen en ruido blanco que pudiera ignorar con facilidad.

Lo consiguió por un tiempo. Al cabo de un rato ya estaba de nuevo pensando en Irene. Las delicadas facciones de su rostro a la luz tamizada por la cortina de varillas de su despacho. Su imagen se superponía sobre la de la desconocida. ¿Qué le estaba pasando con Irene? ¿Por qué no podía dejar de pensar en una mujer que lo trataba poco menos que como a un insecto? ¿Por qué quería que Irene se fijase en él? ¿No se había jurado a sí mismo que nunca más después de lo de Sara?

No, nunca más. Nunca más volvería a enamorarse, ni a depositar su confianza, ni a permitir que otra mujer le destrozase la vida.

No buscaba nada serio con ella. Era solo que Irene le parecía más atractiva, más inteligente y más interesante que cualquier otra, y además le obsesionaba descubrir si en verdad podía ser ella o no la mujer a la que amó aquella absurda noche. Y también, acababa de descubrirlo ahora, quería protegerla, mantener a salvo sus secretos, si los tenía. Solo se trataba de

cuidarla y dejarla a salvo de todo mal.

Sí, solo era eso.

Desnudo, acostado en su amplia cama vacía, Jorge apagó el halógeno de su mesita de noche y pensó que estaba bien jodido.

Cuando ya estaba a punto de quedarse dormido, recordó que en todo el día no había sentido la necesidad de buscar a una mujer para echar un polvo rápido y vacío en los lavabos de un café.

Quizá influyese que durante todo el día apenas había pensado en otra cosa que no fuese en Irene.



## Capítulo 9

Aunque era sábado, el despertador sonó a las siete. Irene se quedó sentada en la cama, cogiendo fuerzas por algo más de tiempo de lo habitual. Hoy tenía un día complicado, las necesitaría.

A las ocho y media tenía cita para que la peinasen, a las doce tenía que estar en la iglesia de los Jerónimos, a las dos comenzaba la recepción en los jardines de un complejo situado en las afueras de la capital y dedicado en exclusiva a la celebración de este tipo de eventos. Lo conocía bien porque el lugar estaba de moda y había asistido al menos a otra media docena de bodas en sus instalaciones: compañeras de facultad, de la federación, amigas... Y eso que nunca había tenido muchas amigas. Hoy se trataba de una prima, hija de una de las hermanas de su madre, Meritxell. Recordaba a Meritxell con cariño, más que nada de cuando eran niñas. Tenían las dos la misma edad y sus familias habían pasado muchos veranos juntas en Cala d'Or. Castillos de arena, peces diminutos nadando en cubos de plástico, Meritxell y ella corriendo cogidas de la mano a comprarse un helado...

Irene suspiró. Ahora apenas veía a Meritxell más que en algún compromiso familiar, y no le apetecía nada pasar la mañana saludando a tías lejanas y siendo amable con completos desconocidos. Pero le había dicho a su madre que iría y lo cumpliría.

Aunque era temprano, había muchas mujeres en el salón de belleza. La atendió Marta, como siempre, así que no trató de darle conversación ni de convencerla para que se cortase la melena a capas o se hiciese unas mechas cobrizas. Le hizo un recogido sobrio, elegante y actual. Eso fue lo que le dijo cuando acabó. A Irene le pareció perfecto y se lo agradeció con una sonrisa. Marta le dijo que estaba guapísima y que esperaba que disfrutase mucho del día.

Regresó a casa y se vistió. Un vestido blanco corto, sin mangas, con escote

asimétrico y bajo irregular, diseñado por Purificación García y comprado hacía un mes para la ocasión. Un cinturón ancho azul oscuro resaltaba la cintura y rompía con la uniformidad del blanco. Unas sandalias también blancas y azules. Irene se miró en el espejo. Se veía bien. Siempre se veía bien. Incluso aunque, como le ocurría ahora, le costase encontrarse a sí misma en esa imagen formal e impecable que el cristal reflejaba.

O era solo su humor. No le gustaban los acontecimientos sociales. No le gustaba salir. No le gustaban las charlas intrascendentes. Su madre decía que no le gustaba divertirse. No era cierto. Lo que ocurría era que nada de eso le divertía.

La saludó con un gesto cuando llegó a la escalinata de los Jerónimos. Ella y su padre también se habían vestido de acuerdo a la ceremonia. Su padre de chaqué, su madre con un dos piezas de Carolina Herrera que Irene recordaba haberle visto ya alguna vez, pero que le seguía quedando igual de bien. Su madre la abrazó, la besó en la mejilla y la miró con la misma mezcla de cariño y preocupación con la que siempre la trataba.

—Pensaba que ya no venías...

—Aún no son las doce.

—Lo sé —dijo su madre con una sonrisa—. Estás preciosa.

—Como siempre —dijo su padre. Tomás Ávila estaba muy orgulloso de su hija. Irene lo sabía. No había ninguna razón para que no lo estuviese—. Yo sabía que llegarías a tiempo. Por cierto, quería comentarte, ¿has leído el informe sobre la sentencia Broussard del Tribunal de Estrasburgo? Ya hay voces pidiendo que se modifique la ley de Enjuiciamiento Criminal.

Su madre puso los ojos en blanco.

—Por favor, hoy nada de trabajo.

—No es trabajo, Pilar —dijo su padre algo irritado—. A Irene le interesa tanto como a mí.

—Pero por un día podríamos hablar de otra cosa. Además, mirad, ya está ahí Meritxell.

Irene también se volvió. Su prima llegaba a la iglesia en un fastuoso Rolls Royce de época. Cuando salió, ayudada por el padrino, lucía maravillosa, decir otra cosa habría sido mentir.

El vestido era sencillo, suelto y muy vaporoso, inspiración años setenta, un poco *hippie*, el ramillete de flores silvestres no pegaba mucho con el lujoso Rolls Royce, pero ella se veía radiante. A pesar del contacto perdido, Irene

reconoció enseguida a la Meritxell más querida, dulce, alegre, llena de vitalidad.

Su madre también estaba emocionada.

—¿Verdad que está muy guapa?

—Sí que lo está.

—Vamos, entremos en la iglesia —dijo su madre, estrechándole la mano y tirando de ella.

Se sentó junto a sus padres durante la ceremonia. Duró al menos una hora e Irene apenas prestó atención hasta que Meritxell y el novio pronunciaron el «sí, quiero». No estaba en las primeras filas, pero incluso desde su sitio pudo advertir la emoción de los dos. Parecían muy enamorados. Se alegró por Meritxell. Solo podía desearle lo mejor.

—¿Has traído tu coche? —le preguntó su madre a la salida.

—Sí, ¿queréis que os lleve?

—Nosotros también lo hemos traído, pero me voy contigo. Así hablamos.

En realidad la que habló fue su madre: de lo bonita que había sido la ceremonia, de lo guapa que estaba Meritxell, de cómo se alegraba de que hubiese encontrado a aquel chico tan estupendo después de romper un compromiso de años con su novio de toda la vida...

—Se la ve mucho más feliz que con Borja. A veces es bueno cortar por lo sano.

—Es verdad —asintió Irene—. Parecía muy feliz. Y además se sigue llevando bien con Borja. Me dijo que él también estaba saliendo con alguien.

—Las parejas ahora no son como antes, la gente rehace su vida enseguida. Y hablando de rehacer, ¿sabes quién se está divorciando? Luis Ochoa, ¿recuerdas a Luis?

Irene iba concentrada en el tráfico. Aunque fuese sábado, la salida hacia la carretera de La Coruña iba bastante saturada, ni siquiera hizo el esfuerzo por intentar situar a Luis Ochoa.

—Me suena.

—Tiene dos niños pequeños y ella se va a quedar con la casa, con la custodia, con la mitad de la empresa y encima le pide una pensión. ¿Te parece justo?

—Tendría que saber más detalles para opinar —dijo Irene imparcial.

—Le dije a su madre que a lo mejor podías aconsejarlo. Meritxell también la ha invitado.

Irene se puso en alerta.

—No creo que sea buena idea, mamá. No soy especialista en familia.

—Pero un consejo siempre podrás darle. Ya sabes que los abogados solo van a lo suyo y, más que ayudar, complican las cosas.

—Un acuerdo amistoso siempre es lo mejor.

—Eso es lo que yo le dije.

Su madre siguió contándole cotilleos hasta que llegaron al complejo. Su padre, que había venido todo el camino siguiéndolas, aparcó justo a su lado. Los invitados estaban llegando y los novios se hacían fotos con ellos en los jardines mientras los camareros pasaban ofreciendo bebidas y entrantes de todas las texturas y colores posibles. El cóctel se ofrecía al aire libre aprovechando la soleada, demasiado soleada, mañana de junio y la comida era en el interior de una antigua casa de labranza del siglo XVI totalmente restaurada. Irene buscó la sombra de uno de los veladores y tomó solo agua mineral, mientras sus padres conversaban con otra pareja cuyos rostros le sonaban vagamente, pero que no tenía el menor interés por identificar.

Alguien llamó su atención tocándola en el hombro.

—¿Irene?

Se sobresaltó un poco, pero se le pasó en cuanto lo reconoció.

—Marcos..., cuánto tiempo sin vernos.

—Años —dijo él con una sonrisa.

Marcos. Su madre también era buena amiga de la madre de Irene y de la de Meritxell. Durante mucho tiempo, Marcos había estado enamorado de ella. Eso decían todos. Lo decía su madre, sus amigas, una vez el propio Marcos se lo dijo.

—¿Cómo te va?

—Bien, gracias, ¿y a ti? Te ves fantástica.

Marcos también se veía bien. Más maduro, más seguro de sí mismo, más atractivo que nunca, aunque lo honesto era admitir que siempre lo había sido.

—Estoy bien, trabajando. Conseguí la plaza.

—Lo sé. La más joven de tu promoción. Puedes estar orgullosa.

—También ayudó la suerte.

—No te quites mérito, Irene. Trabajaste duro. Te admiro por eso.

Ella se puso un poco tensa. No era su tema de conversación favorito que todos se dedicasen a alabar lo extraordinaria que era. Lo mucho que era capaz de sacrificarse. Lo muy elevadas de sus metas. Irene, para la que nada era lo

bastante bueno.

—¿Y tú? ¿Qué haces ahora?

—Sigo con la empresa, pero las cosas están complicadas. Este año hemos tenido que recortar la mitad de la plantilla.

—Siento oírlo, Marcos.

—La situación es difícil para todos, pero saldremos adelante. Estamos buscando nuevos mercados. En septiembre vamos a abrir una oficina en Londres y otra en Beijing.

—Suena muy bien.

Marcos le sonrío. Tenía unos bonitos ojos azules y una agradable sonrisa. Irene lo conocía desde hacía mucho tiempo. Tal vez podrían sentarse juntos y hablar de algo que no fuese el trabajo o la familia.

—¡Marcos!

La mujer, rubia, preciosa y embarazada de al menos siete meses, a juzgar por su redondeada tripita, llamó la atención de Marcos tocando su brazo. Él se volvió hacia ella y la atrajo hacia sí por la cintura.

—Irene, te presento a Mónica, mi esposa.

—Hola, encantada —dijo Mónica, lanzándose a darle dos besos.

Irene respondió algo envarada.

—Hola. Un placer saludarte.

—Para mí también. ¡Irene! ¿Tu Irene? —dijo, volviéndose hacia su marido, aunque no esperó a que le contestara—. Marcos me ha hablado mucho de ti. Lo tenías loquito.

Marcos hizo una mueca e Irene no supo qué cara poner.

—Solo éramos amigos —se justificó ella sin que nadie se lo hubiese pedido.

—Ya. Lo sé. No tenemos secretos el uno para el otro —dijo, inclinándose cariñosa, y también posesiva, hacia Marcos.

Si Mónica pretendía hacerla sentir mal, lo consiguió. Incluso aunque no hubiese sido intencionado, se sintió culpable por haber pensado en Marcos como en una posibilidad cuando era un tren que había dejado pasar hace mucho tiempo.

—Bueno, creo que iremos a buscar nuestro sitio —dijo Marcos aún violento—. Me ha gustado verte, Irene.

—Lo mismo digo. Me ha encantado saludaros.

Las cosas no mejoraron cuando comenzó la comida. La sentaron con el

grupo de amigas solteras de la novia. Todas rieron y armaron todo el escándalo que pudieron. Cuando Meritxell pasó por su mesa le pidió disculpas.

—Lo siento, creo que me equivoqué. Debí sentarte con tus padres.

—No te preocupes. Son muy divertidas. Es solo que estoy algo cansada.

—Trabajas demasiado, Irene. Hace una eternidad que no hacemos nada juntas... Podemos quedar alguna tarde.

—Cuando tú quieras —respondió con una sonrisa, sabiendo que el día no llegaría nunca. Era difícil retomar los lazos una vez que se habían soltado.

En cuanto comenzó el vals, su madre se presentó a buscarla con una sonrisa enorme.

—Mira, Irene, ¿recuerdas el chico del que te hablé antes, Luis Ochoa? Pues resulta que también ha venido. Ven, te lo presentaré.

Su madre le señaló sin disimulo a un hombre alto, elegante en su chaqué de etiqueta, pero de aspecto serio y entradas ya más que avanzadas.

—Mamá, por favor.

El entusiasmo de su madre se desinfló como un *soufflé* sacado del horno antes de tiempo.

—No te estoy pidiendo que te cases con él. Solo que le des una oportunidad.

Irene comenzó a recoger sus cosas.

—Me voy a casa, mamá. Despídeme de papá y de Meritxell, por favor.

—Pero, Irene, ¿cómo eres así? Mira a Marcos...

Irene encajó el golpe, aunque su madre se arrepintió en cuanto lo pronunció.

—No quería decir eso, Irene. Lo siento, lo siento de veras. Quédate un rato más.

Ella forzó una sonrisa. No quería disgustar a su madre. Era solo que no encajaba allí.

—No es por eso, mamá. Tengo trabajo que hacer. Me han asignado docenas de casos de un compañero y tengo que ponerme al día.

—¿En fin de semana? —preguntó su madre desolada.

—Ya sabes cómo soy.

Su madre le sonrió con tristeza y le estrechó la mano.

—Sí, ya sé cómo eres.

Irene se soltó rápido.

—Te llamo esta semana.

Eran las seis cuando regresó a casa. Se quitó la ropa, se duchó, se puso una camiseta y unas mallas, encendió el portátil y se puso a estudiar caso por caso todas las causas atrasadas que le había dejado en herencia el juez Serra. Ni más ni menos que lo que le había dicho a su madre.

Era la una y media cuando apagó el ordenador. Irene tenía una enorme capacidad de concentración, su cerebro archivaba y ordenaba cantidades ingentes de datos casi sin esfuerzo. Podía pasarse horas y horas, podía pasarse la vida entera haciendo únicamente eso: recoger información, memorizar procesos, analizar cadenas de circunstancias...

No necesitaba nada más.

«Solo te pido que le des una oportunidad. Mira a Marcos».

«Irene, no sabía cómo pedírtelo. Eres tan inteligente, tan hermosa, tan perfecta... Estoy enamorado de ti desde que tenía quince años, solo dame una oportunidad».

Tenían veinte años y ella le dijo que no estaba interesada.

«Lo único que pretendía era una oportunidad».

La extraña e indescifrable mirada de Jorge Márquez se clavó en la suya a través del recuerdo.

Entonces hizo la conexión. El aparcamiento, su expresión dolida, la mano que Jorge retiró con rapidez cuando ella se apartó.

«Solo pensé que tal vez podríamos conocernos mejor...».

«Se equivocaba».

Sí, ahora ya sabía de qué conocía a Jorge Márquez.

## Capítulo 10

El móvil vibró sobre el estrado de su mesa en el tribunal. Jorge le echó solo una ojeada. En ese momento no podía atenderlo. Se encontraba en la vista de un recurso para solicitar la paralización de una expropiación de terrenos. Presentación de informes periciales y aportación de escritos. Pura rutina.

El aviso de llamada perdida se quedó fijo en la pantalla. Su madre. A Jorge lo punzó la mala conciencia. Siempre se decía que debía llamarla, pero pasaban semanas antes de que lo hiciera y ella siempre se le adelantaba.

Devolvió la llamada en cuanto terminó el procedimiento. Le respondió al primer aviso.

—Hijo.

—Hola, mamá.

—¿A que no te has acordado?

Jorge asumió al instante la culpa. Fuese lo que fuese, era cierto que no lo recordaba.

—Hoy es el cumpleaños de tu padre.

4 de junio. Se le había pasado por completo la fecha.

—Es verdad. No sé ni en qué día vivo. Gracias por avisarme. ¿Estará trabajando, no? Lo llamaré a mediodía.

—Sí, está en el taller. Pero, verás, ha llamado antes tu hermano. Va a venir esta noche. Podrías venir tú también y cenábamos todos juntos.

Todos juntos no. Jorge sabía que sus padres no tenían culpa alguna, pero él no podía llegar allí y sentarse a comer «todos juntos» como si no pasase nada. Lo sentía, pero Jorge no era de los que perdonaban.

—No creo que pueda ir esta noche. Iré este fin de semana. Saluda a los demás de mi parte. Ya hablaremos.

Cortó la llamada dejándola con la palabra en la boca. Dijera lo que dijera, no estaba dispuesto a transigir. Nada de cenas familiares para él. Eso se había



acabado hacía tiempo.

Consultó la hora. Las doce, y había acabado en los juzgados. Debería volver al despacho, pero no le apetecía encerrarse entre cuatro paredes. También podría salir. Buscar un bar para tomar un bocado de media mañana y quizá... Jorge dudó. No, no le apetecía la perspectiva. Si iba a ir de caza prefería marcarse otro objetivo. No en balde llevaba cinco días sin pensar en otra mujer que no fuese Irene. La luz había inundado el recuerdo de la noche en Capitán Haya y ahora en todas las imágenes aparecía ella.

No dudó más y enfiló hacia el despacho de Irene Ávila.

Mientras avanzaba por los pasillos buscaba una excusa plausible. ¿Alertarla de las intenciones de Díaz-Plaza, quizá? ¿Cuál podía ser la forma correcta de afrontar aquello?

«¿Tiene algo que ocultar, señoría? ¿Practica habitualmente sexo con desconocidos? ¿Le importaría que fuese usado en su contra y se filtrase de forma anónima a los correos de unos cuantos de sus conocidos?».

Jorge se estremeció. Aquello era bajo hasta para él. Además, no tenía ninguna seguridad, y si fuese cierto —y en el fondo Jorge deseaba que fuese cierto, sí, sí, maldita sea, lo deseaba— esperaba que Irene no fuese tan estúpida como para dejar rastros. Incluso Jorge, que no tenía tanto que perder como lo tendría ella, tomaba sus precauciones.

Aún no se le había ocurrido la excusa para irrumpir en su despacho, pero aquel debía ser su día de suerte. No le hizo falta alegar ninguna mentira. Se encontró con Irene justo al doblar la esquina.

—Letrado.

—Juez Ávila.

Irene se sorprendió a la vez que se encontró un tanto asaltada. Su aparición de improviso, su presencia. Había algo en Jorge, una intensidad, una tenacidad. También recordaba haberlo sentido el día que se le acercó en el aparcamiento. La echaba para atrás, a la vez que le atraía. Era una combinación peligrosa. Era más prudente alejarse. Era lo que solía hacer siempre. O casi siempre.

—¿Quería algo? —dijo, separándose casi imperceptiblemente de él.

—No, solo pasaba por aquí. Tengo un rato muerto y estaba haciendo tiempo. ¿Un buen fin de semana? —preguntó con su mejor actitud social.

—Sí, bastante bueno —mintió Irene—, ¿y el suyo?

—Estupendo también —mintió Jorge igual que ella.

Se hizo un silencio algo incómodo. Irene se dijo a sí misma que no complicara las cosas, que estaba bien así, que era arriesgado ir más adelante y que jugar al juego de Jorge Márquez, fuese el que fuese, no le convenía en absoluto, pero las palabras se escaparon de su boca.

—¿Sabe? Ya he recordado de qué nos conocemos.

El aplomo de Jorge se resquebrajó visiblemente. Irene volvió a darse cuenta de lo fácil que le resultaba leer sus emociones. Quizá el abogado no fuera tan de piedra como quería mostrarse.

—¿En serio? ¿De cuándo?

Irene dudó. ¿Le estaba dando demasiada importancia a aquello? Había sido solo un pequeño incidente. ¿Por qué parecía él tan nervioso de repente?

—En el aparcamiento. El otoño pasado... Lo siento, de veras no le recordaba, supongo que fui demasiado brusca. Me suele ocurrir.

Él reaccionó, relajó su tensión. Como por efecto reflejo, Irene también la relajó. Era extraño que pudiese captar con tanta facilidad sus estados de ánimo y a la vez sentirse tan afectada por ello. Más de una vez había tenido que oír como la acusaban de carecer de empatía.

—Sí, me reconozco culpable —dijo Jorge con una sonrisa suave, que estaba más en sus ojos que en su boca.

Irene se detuvo a fijarse en ellos. Eran oscuros casi negros, con un matiz frío y abrasador a la vez. También el hielo podía quemar. Una mirada perturbadora. Era difícil abstraerse a su intención.

—Fue bastante idiota por mi parte, ¿verdad? Asaltarla en el aparcamiento. Debí parecerle una especie de psicópata.

—No hace falta que se disculpe —dijo rápida Irene, saliendo de la dispersión a la que la llevaban sus pensamientos—. No suelo ser muy sociable.

—Tampoco tiene que disculparse —la interrumpió Jorge—. No lo haga.

Ella sonrió levemente. Cuando sonreía parecía joven y vulnerable. Seguramente por eso lo hacía tan poco.

—Está bien, sin disculpas.

—Y supongo que, si volviese a repetir ahora mi oferta... Tengo un rato hasta la una —se ofreció.

Solo algo frío y con burbujas. Nada más. Palabra. No fue más que un pensamiento, pero se lo juró a sí mismo de corazón con tanta fuerza y tan solemnemente como si lo hubiese pronunciado en voz alta. Sin que llegase a

comprenderlo del todo, Irene despertaba en él un instinto de protección. Protegerla incluso de sí mismo.

—No creo que sea una buena idea. Podría ser malentendido. No sería ético.

No, no era nada ético ni lógico reunirse a solas con uno de los abogados de la defensa. Irene no había aceptado cuando no estaban inmersos en la instrucción de un caso, ¿por qué iba a hacerlo ahora que solo podía perjudicarla?

—Desde luego —admitió él con toda la ecuanimidad que pudo reunir.

Se hizo un nuevo silencio.

—Bien, tengo que irme.

—Irene —la llamó Jorge cuando ya se alejaba.

—¿Sí? —dijo, volviéndose, pero sin desandar lo andado.

Tenía que intentarlo. No podía dejarla ir sin volver a intentarlo.

—¿Cree en las coincidencias? —preguntó, apretando los puños y reconcentrando su mirada.

—¿Las coincidencias?

—En los encuentros casuales.

La expresión oscurecida de Jorge parecía enviarle un mensaje que Irene no entendía.

—No sé por qué...

Él la interrumpió.

—Si yo fuese esta noche al Vips de Alcalá —dijo, nombrando el primer lugar que pasó por su cabeza— y a usted también se le ocurriese ir allí... Podríamos coincidir. No sería imposible que eso ocurriese, ¿no?

—¿Coincidir? ¿Por mera casualidad? —preguntó, alzando las cejas con un escepticismo digno de su dilatada experiencia profesional.

—Sí, por casualidad. No iría contra la ética, ¿verdad?

Irene respondió con cautela.

—No, supongo que no. No si fuese absolutamente casual.

Jorge esbozó una enigmática sonrisa.

—Yo creo en las coincidencias.

Otra vez un mensaje en su mirada, una doble intención más allá de la cita evidente. Otra vez el estremecimiento. Era innegable. Jorge despertaba algo en ella. Algo que Irene temía avivar.

—Buenos días, letrado.

Jorge se quedó viéndola alejarse, comparándola con las otras veces en las que le había dado la espalda. Porque él sí creía en las casualidades.

# Capítulo 11

Llamó a la hora de comer como había prometido y fue una conversación fácil y breve. Su padre era un hombre práctico y de pocas palabras, y no le daba más importancia a los cumpleaños y a las fechas especialmente señaladas que a cualquier otro día. Le preguntó por el trabajo. Jorge le dijo que iba todo bien. A su vez se interesó por el suyo. Su padre respondió que iban aguantando. Jorge añadió que pasaría a verlos un día de estos. Su padre contestó que cuando quisiera, que siempre estaban allí. Y eso fue todo.

Nunca se habían entendido demasiado bien. Cuando Jorge se empeñó en estudiar, él no lo desanimó, pero tampoco lo apoyó. Jorge sabía que pensaba que aquello no estaba hecho para ellos: la universidad, ese otro tipo de vida, más ambiciosa, menos conformista. Solo hacía cinco años y, tras mucho insistir, Jorge había conseguido que dejaran el viejo piso de Entrevías y se mudasen a Valdebernardo. Puede que a él le diese igual, pero su madre se merecía algo mejor que aquellos claustrofóbicos sesenta metros cuadrados en un cuarto sin ascensor en el que habían vivido más de treinta años.

El piso nuevo no era nada del otro jueves, pero estaba situado en un barrio de reciente construcción, de avenidas amplias y jardines en cada manzana. Aún recordaba cuando hicieron la mudanza. Sara también estuvo ayudando. Y ahora estarían todos allí, celebrando el cumpleaños en familia. «A la mierda la familia», pensó.

Aparcó el coche en el aparcamiento de una de las calles laterales y fue a salir a Alcalá a la altura del Círculo de Bellas Artes. Desde el exterior vio las lámparas y los salones *art déco* del Casino. Un Madrid señorial, elegante, refinado y por completo distinto al que conocía mejor y en el que se había criado. Un Madrid que no sentía como suyo, pero que lo acogía igual que acogía a todos los demás. Era un hecho. Le gustaba el centro y rondaba por allí siempre que podía.

Por eso, seguramente, se le había ocurrido nombrar aquel lugar. Además, el Vips de Alcalá se prestaba a los encuentros casuales: céntrico, de paso, siempre muy concurrido. Lo bastante corriente como para que transeúntes en viaje de negocios y funcionarios fuera de turno se repartiesen entre sus mesas, y lo suficientemente *cool* como para que varios grupitos de adolescentes ruidosos lo prefiriesen a cualquier otro lugar. Por su ropa de marca, sus movimientos estudiados y afectados y sus cortes de pelo cuidados al milímetro, se veía al instante que eran todos hijos de papá. Niñatos que llevaban al menos doscientos euros en el bolsillo y cuyo único afán era estar a la última y seguir a rajatabla las tendencias.

A Jorge le crispaban los nervios por la única razón de que todo era fácil para ellos, mientras que él había tenido que luchar a brazo partido por cada mínimo derecho conquistado. No pretendía culparles, pero podía sentir por ellos toda la animadversión que le viniese en gana.

Echó una ojeada al reloj. Las ocho y media. Demasiado pronto y ni siquiera sabía si iría. Seguramente no iría. ¿Por qué se empeñaba en seguir poniéndose en ridículo delante de Irene Ávila?

Se pidió una cerveza sin alcohol y estudió más despacio a la clientela que llenaba el local. Además de los empleados solitarios y los niñatos ruidosos, predominaban los turistas. Había un par de parejas alemanas de mediana edad que charlaban afables, un grupo de japoneses de aire concentrado, una mujer sola de procedencia inequívocamente británica con bermudas y camiseta de anchos tirantes que le daban cierto aire de exploradora amazónica, y también dos chicas de aspecto nórdico que bebían agua mineral y reían a carcajadas. En otras circunstancias, Jorge ya les habría entrado a las suecas y, si no hubiese habido suerte, habría probado incluso con la británica. Y, sin embargo, siguió sentado junto a su cerveza y el periódico sin abrir. Vigilando la puerta y sintiéndose cada vez más impaciente y más estúpido a cada segundo que pasaba.

Además, si Irene llegase a aparecer, ¿qué haría? Era una pregunta retórica. Sabía bien lo que quería hacer, pero ¿cómo lo conseguiría?

Era fácil con desconocidas, o al menos a él le resultaba fácil, ¿pero cómo convencer a alguien como Irene para que echaran un polvo sucio, rápido y caliente, como adultos libres y sin compromisos que eran, para que así pudiese dejar de pensar en ella y en la sombra incierta que tanto se le parecía?

Lo bueno era que, si lo conseguía, entonces ya daría igual que aquella

mujer fuera o no Irene. Esperaba tener la certeza cuando pudiese desnudarla y sentirla bajo sus manos. Pero, aunque no fuese así y se quedase con la duda, ya habría ganado; habría conseguido lo que quería: bajar de su pedestal a Irene. Y después continuaría como hasta ahora, sin ataduras, sin riesgos.

Ya eran casi las diez de la noche. El inacabable atardecer de junio había dejado por fin de arrastrarse lánguido y perezoso y las farolas habían encendido la noche más allá de los cristales de la cafetería. Jorge iba por la tercera cerveza sin alcohol, porque no quería arriesgarse a perder los puntos y porque era serio, responsable y cumplidor con todas aquellas pequeñas reglas que muchos otros no cumplían. Ya estaba convencido de que no vendría, y hacía sus mejores esfuerzos para no sentirse patético y frustrado mientras se lamentaba por haber dejado escapar a las dos bellezas nórdicas, cuando la vio aparecer. Con otro de sus sencillos vestidos entallados de ese tipo de corte que no pasa nunca de moda y que le iba tan bien a su silueta menuda y esbelta, con un pequeño bolso y las llaves del coche aún en la mano. Indecisa, algo perdida, insegura, pero allí estaba.

Los planes y el aplomo de Jorge volvieron a tambalearse. ¿Cómo y de qué manera había llegado a pensar que Irene era el tipo de mujer que buscaba sexo rápido para así tener algo emocionante que recordar cuando acababa el día?

Ahora que la veía allí sola, desprovista de la superioridad que la acompañaba en los juzgados, sus desviadas suposiciones le parecían aún más inverosímiles.

Hizo un pacto consigo mismo e intentó dejar a un lado todas sus especulaciones. Más allá de sus fantasías y sus deseos, había en Irene algo bueno, algo bueno de verdad. Demasiado bueno para él, no pudo evitar pensar.

Se levantó de la barra y fue a su encuentro.

—Irene.

Ella esbozó una sonrisa nerviosa. Había pasado la tarde concentrada en el trabajo. Cuando había cerrado el ordenador estaba oscureciendo y era la hora de cenar. Podía haberse preparado cualquier cosa y tomarlo sola en la cocina. Podía, pero en lugar de eso había cogido el coche y conducido hasta el centro, saltándose varias normas, no solo procesales, también las suyas personales. Hacía mucho que no le ocurría: actuar únicamente debido a un impulso. Era malo. Era peligroso. Pero todavía estaba a tiempo de arrepentirse.

—Ha sido una suerte encontrarnos —dijo él con suavidad.

Irene frunció los labios. No necesitaba juegos ni excusas. Tampoco

mentiras. Había venido porque había querido. Porque suponía que él la estaría esperando. Sabía que no era de los que se desanimaban. Era evidente.

—¿Cenamos?

Se sentaron en una de las mesas cercanas a la puerta. Un camarero joven y agradable les ofreció la carta. Jorge pidió un sándwich con nombre e ingredientes supuestamente argentinos. Irene escogió una ensalada toscana. Jorge lo habría dado por hecho. No veía a Irene comiéndose una hamburguesa con las dos manos.

—¿Te parece bien el lugar? —preguntó, arriesgándose a olvidar el respetuoso «usted». Después de todo, ahora ya no se trataba de trabajo.

—Está bien. Es un sitio como cualquier otro —dijo ella, dirigiéndole una mirada limpia de dobleces.

—Si hubiese sabido que iba a funcionar, habría escogido algo mejor —se disculpó.

—No necesito nada mejor.

Jorge calló. Irene era la clase de mujer para la que todo parecía poco. Tenía un coche mejor que el suyo, una carrera mejor que la suya, seguramente era mejor persona que Jorge.

Su orgullo se resistió a resquebrajarse del todo. Había venido, ¿no? Debería ser suficiente. Decidió trazarse una línea de ataque. No podía hablar con ella de trabajo, no quería tampoco temas personales. Sabía cómo empezaban estas cosas: «¿estás casado, soltero, divorciado?» Definitivamente era un tema del que no quería hablar.

—¿Quieres que pidamos una botella de vino?

—Tengo que conducir —dijo Irene, levantando la vista de su ensalada.

Jorge se lanzó a por todas.

—Podrías dejar aquí el coche. Yo te llevaría.

—¿Y tú no beberías? —le preguntó, como si solo le interesasen las cuestiones normativas y no las implicaciones de dejar que Jorge la llevase a casa en su coche en su primera y teóricamente casual cita.

—Yo me conformaría con mirar mientras bebes —respondió Jorge, igual que podría haber dicho que se conformaría con mirar mientras se desnudaba.

Irene se lo quedó mirando. Podía sentir la corriente. Era un campo que vibraba entre los dos y que amenazaba con quemarla si se le ocurría arrimar la punta de uno de sus dedos para tocarlo.

—Pide vino blanco.



A Jorge se le aceleró el pulso. Habría querido levantarse en ese mismo momento y llevarla a cualquier rincón apartado y besarla mientras le alzaba el vestido y hacía realidad —de nuevo o por primera vez— todos sus ensueños obscenos con Irene. En lugar de eso, hizo una seña al camarero para pedirle el vino.

No tardó en dejarles sobre la mesa una botella que a Jorge le pareció lamentablemente barata. Volvió a repetirse sus reproches. Debería haberle propuesto ir a algún sitio de moda. Uno de esos templos de la nueva cocina en donde los platos embelesaban con solo leer sus nombres y la botella más barata de la carta de vinos salía por no menos de doscientos euros. Lugares que garantizaban la experiencia más cercana al éxtasis que podía conseguirse con dos sillas, una mesa y un mantel de por medio. Y, en lugar de eso, había sido tan idiota de citarla en una cafetería del centro. Decirse que había pensado que no acudiría no le sirvió de excusa.

Irene probó el vino, que él le sirvió en un intento tardío de actuar como se suponía que lo haría un admirador galante. Eso le hizo sentir rastrero de otro modo. ¿A quién pretendía engañar? Lo suyo no era el cortejo. Lo suyo era el ataque directo y sin dejar tiempo a respirar.

—¿Es bueno? —preguntó con una sonrisa que lo obligase a apartar su inútil conflicto.

—No demasiado —dijo sincera.

—Es culpa mía. Te compensaré. Lo prometo.

Ella sonrió, pero muy débilmente. Sus ojos castaños brillaban indescifrables.

—No tienes por qué.

—¿Vives aquí? ¿En el centro?

—No, en Boadilla.

—Te llevaré —dijo con firmeza.

Irene dejó la copa. ¿Quería hacerlo? Dejar que la acompañase a su casa, acostarse con Jorge Márquez y hacer como si no ocurriese nada cuando volvieran a verse cara a cara en los juzgados. Jorge y ella. Ella y Jorge. No sabía nada de él, pero lo intuía debajo de su amabilidad superficial. Jorge no le convenía.

—No es buena idea. Ni siquiera debería haber venido.

Para Jorge fue como la ducha escocesa del gimnasio. Después de una ráfaga cálida, un chorro de agua helada. Trató de apaciguar al monstruo. Era

culpa suya. No podía actuar así con todas las mujeres. Y podía hacer un esfuerzo por Irene. Lo merecía.

—Lo siento. Supongo que me he precipitado. Me suele ocurrir, pero puedo intentar hacerlo mejor —dijo con franqueza—. Querría hacerlo mejor. Déjame intentarlo.

Sonaba convincente. Sonaba razonable. Irene también quiso ser razonable.

—Me ocupo de un caso que tú defiendes. Podría ser malinterpretado. Quizá más adelante...

—Es solo un cliente. Le irá igual conmigo o con otro cualquiera. Dejaré el caso si tú lo quieres —dijo, interrumpiéndola. Y lo peor es que lo decía de verdad.

Irene se quedó perpleja.

—No puedo pedirte eso.

—No me lo pidas.

Las manos sobre la mesa. Las miradas frente a frente. Irene dudó, quizá se equivocase con Jorge, quizá podría arriesgarse...

—¿Por qué yo? —preguntó.

—¿Por qué no? —se quejó él.

¿Por qué no? Era una buena pregunta, pero no se sentía capaz de responderla en ese momento. Necesitaba algo más de tiempo. Irene se levantó de la mesa.

—Tengo que pensarlo.

Jorge lo encajó bien. Reaccionó con rapidez. Se levantó a su vez y probó suerte con otra pregunta.

—¿Volverás mañana?

—¿Aquí?

—O a otro lugar. Podríamos coincidir en cualquier otro sitio.

—¿En qué otro sitio?

Jorge sonrió enigmático. A Irene le intrigaba esa sonrisa.

—Esta vez te toca elegir a ti.

Tampoco lo esperaba, que echase la pelota a su tejado. Estaba bastante segura de que Jorge era de los que llevaban la iniciativa. Aunque seguía siendo su juego.

—Nos vemos en los juzgados, letrado.

Salió de la cafetería, dejándolo de pie junto a la mesa con los restos del sándwich y la ensalada y la copa de la que apenas había bebido.

Pero lo último que Jorge vio en sus labios fue una sonrisa.

## Capítulo 12

Atravesó el centro despacio, con la música de una emisora de radio sonando baja de fondo. Mientras aguardaba semáforo tras semáforo que el rojo pasase a verde no podía dejar de pensar en Irene. Si hubiese aceptado... No le costó nada imaginar la escena: el silencio cómplice y expectante, interrumpido solo por las indicaciones de ella para guiarlo hasta su casa, el rumor sigiloso del motor al apagar el contacto, la oscuridad, las miradas, el segundo en el que se decidía si se lo jugaba todo a una carta que podía resultar equivocada.

Si se hubiese dado el caso, habría corrido el riesgo. Después de todo, no era la primera vez que lo había rechazado, y quizá, solo quizá, tampoco sería la primera que lo hubiese aceptado.

En cualquiera de los dos casos, sabía que quería seguir adelante. No tenía la menor duda, y no todo estaba perdido, también ella había cedido un poco. No la conocía lo suficiente, pero habría jurado que no lo hacía todos los lunes: acudir a citas, dejarse tentar. Y aunque no hubiese salido tan bien como habría deseado, estaba seguro de que habría más oportunidades. Más encuentros casuales. Más ocasiones que no dejaría escapar.

Giró las llaves, abrió la puerta del apartamento y la luz y la certeza de que no estaba solo lo golpearon como un mazazo en el estómago. Pensó en todas las tácticas de supervivencia que había aprendido con Eli, pero la compresión le llegó antes de que su cerebro tuviera tiempo de adoptar una estrategia.

—Hola, Jorge.

Sara le sonreía desde una esquina del salón. Tranquila, autosuficiente, preciosa como solo ella sabía mostrarse. El vestido turquesa corto y escotado resaltaba sus tentadoras curvas y hacía juego con sus ojos, del azul transparente de un lago en calma. Sus labios seguían siendo de ensueño, pese a que eran tan capaces de susurrar promesas dulces como de soltar la más ruin

de las bajezas. La había querido, odiado, después le hizo sentir asco de sí mismo. No, el *krav magá* no servía de nada contra Sara.

—¿Cómo has entrado? —dijo con la voz más fría que fue capaz de fingir.

—Encontré unas llaves —respondió alegre, enseñándole un llavero del que colgaba una etiqueta con su nombre escrito y la letra aplicada e irregular de su madre.

—¿Te importa siquiera que hayas cometido un robo, un asalto y un allanamiento? —preguntó, tratando de no mostrar lo furioso que se sentía. Porque lo estaba. Mucho. Mucho más de lo que Sara parecía dispuesta a admitir.

—Pero si somos familia —dijo Sara, como si fuese algo sumamente divertido—. Por cierto, todos te echaron de menos. Deberías haber venido.

A Jorge le dolió su sarcasmo. A veces, como en ese mismo momento, no podía comprender cómo alguna vez la había querido tanto. Debía ser porque era joven, idiota y muy ingenuo. Pensaba que, trabajando duro y haciendo las cosas bien, obtenías tu merecido. Quizá también porque hubo un tiempo en que Sara no era aún retorcida y cruel. Un tiempo anterior a que decidiese serle infiel con su propio hermano. Fríamente y a conciencia, solo porque sabía que a él le dolería. Y si había otra razón, Jorge no la conocía.

Sara se le acercó con ese brillo en los ojos que tan bien conocía. La detuvo, cogiéndola por el brazo y arrebatándole de un tirón las llaves.

—¿Qué haces aquí y por qué no estás con Víctor?

Ella no parpadeó. Ya habían pasado por esto antes. Sabía lo mucho que seguía afectándole.

—Tiene turno de noche. No volverá hasta las nueve. Y vine porque yo también te eché de menos.

Sara le acercó su boca. Era como una enfermedad. Dolía percibir tan cerca el perfume que usaba ya cuando la conoció en la universidad, presentir la suavidad del lápiz labial rojo cereza que iluminaba sus labios. Sara lo provocaba y sacaba todo lo peor que había en él.

Estuvieron cinco años casados. A Jorge le empezaban a ir bien las cosas, a Sara no tanto. Había estudiado Comunicación Audiovisual, quería ser presentadora o reportera o cualquier cosa que le permitiera lucirse y destacar. Siempre estaba asistiendo a pruebas y *castings*. Era realmente bonita y todos le decían que siguiera insistiendo, que ya le llegaría su momento. Pero solo había conseguido pequeñas colaboraciones en programas que no prosperaron,

y los años fueron pasando y la paciencia y el entusiasmo de Sara menguaron. Jorge creía que la conocía, que tenía tantas ganas de luchar como él, y siempre la había apoyado, pese a los continuos fracasos.

Por eso siguió queriéndola. Aun cuando con frecuencia estaba amargada y de mal genio, él trataba de ayudar y le perdonaba sus bruscos cambios de humor. Quizá fue ese su error. Sara era destructiva y envidiosa por naturaleza, y quiso acabar con todo lo bueno que podía quedar entre los dos.

La mañana del día en que todo se echó a rodar le había insistido en que se quedase. La víspera había recibido otra mala noticia y le dijo a Jorge que quería salir de Madrid, que necesitaba alejarse de todo aquello. Jorge tenía una vista y no podía faltar. Le explicó que no podía ser, que su trabajo también era importante para él. Ella lo miró decepcionada y lo dejó ir. Jorge se sintió mal todo el día. Suspendió un par de citas para salir temprano del bufete, compró rosas rojas y reservó noche para escaparse ese mismo fin de semana a un hotel rural en un pequeño pueblo en medio de la sierra. Quería sorprenderla, compensarla, esparcir los pétalos de rosas por las sábanas, tenderla encima de la cama y hacerle sentir cuánto la quería. Era la única mujer a la que había amado de veras, la más bonita que había conocido. Cuando le pidió salir, en el último año de carrera, y aceptó, se sintió afortunado como nunca antes en su vida. Era preciosa, inteligente, de situación económica desahogada. Su padre era el dueño de la franquicia de una conocida cadena de tiendas de deportes con puntos de venta repartidos por todo el país. No, el dinero no fue nunca un problema para Sara.

Aún tenía las rosas en la mano cuando entró a su dormitorio y los vio. Su hermano follándose a su mujer en su propia cama.

La furia le nubló la cabeza. Víctor se avergonzó y soltó a Sara en el acto mientras buscaba su ropa por el suelo y empezaba a balbucear disculpas. Jorge le dio un puñetazo en la cara con tanta fuerza que se hizo daño en la muñeca y después estuvo doliéndole durante semanas. Víctor sangraba, Sara le gritaba, decía que era un idiota, que si se pensaba que era la primera vez que lo hacía, que cómo creía que se conseguían los *castings*, que nunca lo había querido, que solo se había casado con él por pena.

Salió de la casa mientras ella seguía gritando. La mano le dolía. El alma le dolía. Su corazón era una llaga abierta.

Condujo durante horas sin importarle el destino. Acabó en un bar de carretera en medio de ninguna parte. Había una mujer a pocos metros de él. No

es que después de tirársela se sintiera mejor. Quizá solo un poco menos mal, menos idiota, menos estúpidamente honesto, más sucio y rastrero, más como el mundo era.

El lunes siguiente presentó la demanda de divorcio. Sara actuó como si no le importara. Al principio, Jorge todavía esperó una disculpa, una explicación. Ella no le dio nada. Vendieron la casa en un mes a costa de perder dinero y Sara se fue a vivir con Víctor. La familia se rompió. Jorge cortó todos los lazos. Navidades, cumpleaños... Sus padres sufrieron las consecuencias, pese a que a su madre nunca le había gustado Sara. Jorge lo sabía, pero no había querido ver ni oír. Además, poco a poco y por la fuerza, Víctor y ella habían ido imponiendo cierta normalidad: visitas inesperadas, comidas los domingos. Sus padres tuvieron que tragar. Era Víctor o Jorge, y Jorge había renunciado antes de empezar. Después, un día, ocho o nueve meses después del divorcio, Sara fue a buscarlo a su despacho.

Las luces del salón estaban bajas, del televisor solo llegaba un murmullo. Sara lo besaba con la sinuosidad de una serpiente de cascabel. Sus dedos en torno a su cuello y las ondas de su rubio y sedoso cabello prometiendo las más leves, dulces caricias. Aquella tarde tampoco pudo resistirse, pese al dolor, a la rabia, al desprecio, por ella y también después por él mismo. Sara comenzó diciendo que solo quería aclarar las cosas, que el esfuerzo y el tiempo que Jorge volcaba en el bufete habían hecho que se distanciasen, que aquel día había dicho cosas que no sentía y que no eran verdad, que lo echaba de menos, que le hubiese gustado que las cosas hubiesen sido de otra manera. Jorge lo escuchó todo sin contestar. Cuando terminó de hablar la besó con tanta fuerza que debió dolerle, le quitó los vaqueros y las bragas sin preguntarle y lo hicieron así, a medio desvestir, aprisa y sin contemplaciones, sobre la mesa del despacho.

Cuando terminaron se sintió mal. Desde aquella noche de sexo mezquino y alcohol barato vivía sumergido en la espiral de los encuentros rápidos y desesperados. Lo detestaba y lo necesitaba, lo buscaba. Por eso, en cuanto la había visto en su despacho, había experimentado el irresistible rencor de hacer con Sara lo mismo a lo que ella le había empujado. Pero cuando tuvo su cuerpo contra el suyo y sintió su piel en su piel, no pudo evitar recordar otro tiempo, cuando la había querido completa y sinceramente, cuando creía que Sara era lo mejor que podía sucederle.

Quizá de veras durante un segundo había sido tan imbécil de pensar que

podían volver a intentarlo.

Entonces ella se desprendió de su abrazo, se puso a recoger su ropa y lo miró sin el menor rastro de arrepentimiento.

—¿Ves, Jorge? No somos tan distintos y... ¿sabes? Creo que me gustas más ahora. No te lo tomes a mal, pero a veces eras un poco aburrido.

Después se vistió y le dijo que fuese algún día a verlos, que Víctor se alegraría, que a ella también le gustaría que las cosas volviesen a ser como antes, que si la llamaba con tiempo podía organizarlo para tener libre alguna tarde.

Cuando se marchó le entraron arcadas. Y lo peor es que había ocurrido más veces. Las apariciones inesperadas, las palabras tensas que siempre terminaban de la misma forma. Jorge nunca la buscaba y cada vez que se veían seguía sintiendo la misma mezcla de malestar y rabia, pero las visitas de Sara terminaban siempre del mismo modo.

La boca de Sara era tentadora, pero hoy su perfume lo hastiaba y su beso lo asqueaba. ¿Qué estaba haciendo allí con ella cuando la única mujer a la que deseaba besar era a Irene? El rostro limpio y honesto de Irene Ávila se le apareció acusador. Jorge se apartó y la apartó también a ella.

—Ya basta, Sara. Estoy harto de ti. ¿Qué tengo que hacer para que lo comprendas?

Sara entrecerró los ojos sin darse por vencida. Jorge sabía que disfrutaba jugando con él. Llevándole al límite y rompiendo sus esquemas. Haciendo que sintiese tanta vergüenza de ella como de él.

—Me quieres. Siempre me has querido. Me echas de menos cada noche como yo te echo de menos a ti —replicó segura de sí misma.

Volvió a buscar con avidez su lengua. Jorge sintió las cenizas de la vieja pasión, el impulso de corresponder a su beso, de quererla, de hacerle daño, de romperla y recomponerla, todo a la vez. Era enfermizo, era dañino lo que le hacía sentir. Era suficiente lo que había sufrido por ella. Quería cortar de una vez por todas.

—Márchate, Sara. Márchate y no vuelvas nunca más. Desaparece de mi vida. No quiero volver a saber nunca más de ti. ¿Queda claro? —dijo con voz helada, desasiéndose de su abrazo con brusquedad.

Sara lo miró como si no lo conociera. Quizá daba por hecho que, por muchas veces que intentase destrozarse su vida, podría seguir todas ellas tratándolo como a un perro: arrojándole un hueso para que lo mordisquease



hasta que solo quedase un resto raído y seco. Algo de eso había ocurrido con lo que sintió una vez por Sara. Ella lo había destrozado todo y ahora Jorge no sabía si podría volver a confiar de nuevo en alguien. Ni siquiera en sí mismo.

—¡Me quieres, Jorge, reconócelo! —exigió Sara con un brillo furioso en sus ojos, que una vez le habían parecido la genuina representación de la bondad y la inocencia.

—Vete a la mierda, Sara, y no vuelvas —dijo, cogiéndola por el brazo y llevándola hasta la puerta.

—No me hagas esto. ¡Vine porque te necesito! —exclamó Sara, cambiando de estrategia—. ¿Es que no me crees? ¿Es que no me estás escuchando?

La oía perfectamente, pero cuando le dio con la puerta en las narices la oyó un poco menos. Sara todavía golpeó y llamó al timbre. Si era una prueba de fuerza, aguantó más que ella, porque después de un buen rato los golpes cesaron.

Jorge inspiró hondo. Su perfume todavía flotaba a su alrededor como una presencia desagradable y malsana. Abrió la ventana y respiró a pleno pulmón el aire de la noche. La brisa venía cálida y extrañamente limpia para tratarse de la capital, y respirarla le hizo bien.

Durante demasiado tiempo, Sara había sido un cáncer en su vida. Necesitaba pasar página y olvidarla. Desde que se divorciaron había sido incapaz de volver a interesarse de veras por ninguna otra mujer, por ninguna otra, excepto por Irene.

Sara era ya el pasado y, por mucho que lo intentase, no podía herirlo más de lo que ya lo había hecho. En cambio, Irene... Las dos percepciones que de ella tenía en su mente volvieron a enfrentarse. Irene caminando sola y ausente por los pasillos de Plaza Castilla y su mismo perfil en sombras, su olor a jabón y menta, su indiferencia, su lasitud.

Jorge cerró la ventana con decisión. Si le hubiesen avisado de que iba directo hacia un precipicio habría continuado pisando el acelerador exactamente igual.

## Capítulo 13

Jueves e Irene Ávila tomaba declaración al arquitecto municipal y a dos de los funcionarios de varias consejerías de la administración autonómica. Díaz-Plaza los escuchaba a todos con sus pobladas cejas formando una única línea y Jorge trataba de centrar su atención en los testigos y no solo en Irene: su silencio, su contención, su gesto serio y medido.

El arquitecto no había aportado nada que no se supiera, y desde la Consejería de Medio Ambiente se dedicaron a echar balones fuera. Eso no era malo, pero tampoco bueno. El proceso seguía desarrollándose aprisa.

El constructor musitó algo dirigiéndose a su hijo.

—Acuérdate de que a este no lo invitemos más al palco.

Jorge puso los ojos en blanco. La red de favores de Díaz-Plaza se extendía por toda la administración. La partida de gastos de representación cubría igual invitaciones con gastos pagados a ferias del sector —fiestas privadas nocturnas incluidas— que entradas a partidos de finales de la Copa del Rey. Sin embargo, a la hora de la verdad, todo el mundo trataba antes que nada de guardarse las propias espaldas. Las amistades se olvidaban rápidamente.

Todo transcurría según lo esperado y ya había terminado la ronda de preguntas de fiscal y defensas cuando Irene llamó a prestar declaración al último de los testigos: Andrés Salgado, funcionario de la Consejería de Urbanismo.

Fue ella quien dio comienzo al interrogatorio.

—Señor Salgado, tengo delante un documento firmado por usted a requerimiento del ministerio fiscal, señalando que no era responsabilidad de su departamento, sino del gobierno municipal, dictaminar sobre la idoneidad del proyecto de recalificación. ¿Es así?

Andrés Salgado contestó con seguridad. No era el primer juicio en el que comparecía.

—Sí, es correcto.

—Sin embargo, tengo constancia de varios informes que contradicen esta información. —Irene elevó la vista de sus notas y se dirigió a todos los presentes—. Comunico a los letrados que voy a proceder a la aportación de nuevas pruebas. Por favor, entregue una copia al fiscal y a las defensas y otra para el testigo —añadió, dirigiéndose a uno de los auxiliares.

El funcionario repartió las fotocopias. Llevaban el sello de la Consejería y la firma de Salgado, y, por el modo en que el interesado se concentró en ellas, Jorge no dudó de que se trataba de malas noticias.

Díaz-Plaza también miraba por encima de su hombro.

—Protesto, señoría —dijo Jorge, sin tener muy claro cómo actuar. No era nada usual que fuese el juez quien aportase pruebas incriminatorias en lugar del fiscal—. Esto vulnera las garantías procesales de mi cliente. Solicito tiempo para examinar con más detenimiento estos informes.

Los murmullos de los otros abogados lo apoyaron significativamente, incluso Jesús Ladreda, el fiscal, parecía desconcertado y molesto.

Irene lo miró con calma y ecuanimidad. Si tenía algún ascendiente sobre ella —algo que aún estaba por demostrar—, desde el estrado no se hacía notar.

—Terminaremos la sesión en unos minutos. Podrán estudiarlos con tiempo y podrán hacer todas las preguntas que consideren pertinentes en una nueva sesión. A no ser que el fiscal también desee elevar su protesta. ¿Lo desea? —preguntó Irene, dirigiéndose a Ladreda.

Ladreda no estaba nada contento, pero se tragó su enfado y cedió a la propuesta de Irene.

—No, señoría. Creo que es mejor que proceda usted al interrogatorio, ya que es quien tiene el conocimiento de los hechos —dijo en apariencia correcto, aunque el tono evidenciaba su resquemor—, y propongo que se tome nueva declaración al testigo cuando los letrados hayan examinado las pruebas —añadió, tratando de salir del paso. No solo las defensas necesitarían tiempo, también él tendría que estudiar los nuevos datos.

Irene asintió.

—Entonces querría que el señor Salgado nos explicara si fue él quien firmó los informes que daban el visto bueno a los anteproyectos de modificación de las normas subsidiarias locales, y si concurrió alguna circunstancia excepcional en su tramitación.

El aludido se revolvió incómodo, miró culpable y a la vez acusador a Díaz-Plaza y recurrió a su botella de agua para ganar unos segundos antes de responder a la pregunta.

Jorge también se inquietó. En la breve ojeada que había echado a los informes le habían parecido rutinarios. Solo meras comunicaciones oficiales. Algunos de los expedientes nada tenían que ver con Díaz-Plaza, pero la preocupación de Salgado era mala señal.

—Ahora mismo no recuerdo. Si no especifica más... Elaboramos cientos de informes todos los años. De cualquier modo, ya le adelanto que no recuerdo nada excepcional.

—Especificaré más. Me refiero a los documentos de fecha 7 de septiembre, 5 de octubre y 12 de noviembre de 2007. Y en cuanto a la excepcionalidad, ¿es entonces habitual que recomiende en sus informes que se prescinda de los trámites de procedimiento que expone la Ley 9/2001 en sus párrafos...?

Irene citó de memoria una larga serie de preceptos legales y el funcionario volvió a beber agua y a hundir la vista en los informes. Cuando respondió, su suficiencia había disminuido de forma notable.

—Tendría que consultar más despacio el reglamento al que se refiere, pero estoy completamente seguro de que en modo alguno se recomendó vulnerar ninguna norma. En todo caso, si se sugirió alguna alternativa de actuación, fue a causa de la urgencia con la que desde el municipio se nos requirió que el proyecto se llevase a cabo con la mayor celeridad posible.

Ahora les tocó el turno de inquietarse al antiguo alcalde y al concejal. Los dos protestaron en baja voz a sus abogados y miraron a la vez hacia Díaz-Plaza. A nadie le gustaba cargar con el mochuelo, pero ampliar la mancha con las culpas no les beneficiaría a ellos y perjudicaría a otros.

—Sin embargo —continuó Irene—, el tiempo medio de respuesta de su departamento oscila entre seis meses y dieciocho. Y en esta ocasión, entre las consultas y las resoluciones trascurrieron plazos menores a quince días. ¿Puede decirme a qué se debió esta rapidez?

Salgado tosió y revolvió sus papeles. Las consultas estaban adjuntas a los informes y las fechas estaban claras.

—Ya le he explicado que desde el ayuntamiento nos urgieron mucho. Solo traté de ayudar. No creo que haya nada reprochable en colaborar con los ayuntamientos cuando nos lo piden. Para eso estamos.

Irene dejó que el funcionario de la comunidad se acogiese a su actitud solidaria. Después consultó otro de los documentos.

—Tengo aquí un escrito de otro ayuntamiento solicitando por quinta vez la respuesta para una modificación de proyecto que tiene paralizada desde 2011 a una cooperativa de viviendas de protección oficial. ¿Podría explicar a qué se debe la diferencia en el trato de favor?

Salgado miró el papel y miró a su alrededor. Jorge no necesitó consultar el escrito. Las cosas se estaban poniendo cada vez peor. Sin embargo, se trataba solo de indicios. Si Irene no tenía más pruebas, el asunto no pasaría a mayores. ¿Las tendría? A Jorge no le hubiese sorprendido, con Irene cualquier cosa era posible. ¿Qué otro juez se habría dedicado a recopilar información pública, pero que databa de años atrás, para poner en evidencia a un funcionario de la comunidad?

—Protesto, señoría. El señor Salgado no comparece como acusado. Además, estamos hablando de algo que sucedió hace más de siete años. ¿Usted recuerda todo lo que hizo hace siete años?

Salgado le dirigió una mirada agradecida, pero a él le daba igual el funcionario. Le pagaba Díaz-Plaza, que también lo miró satisfecho, como si hubiese dicho algo completamente brillante.

Irene, en cambio, lo miró con frialdad.

—Nadie lo está acusando —remarcó Irene—, el señor Salgado está declarando como testigo, y le recuerdo que ha jurado decir la verdad. ¿Va a contestar a la pregunta?

El funcionario no se atrevió a callar.

—No tengo nada que ocultar. Ya sabe cómo son estas cosas. Nos llegan todos los días docenas de solicitudes. Estamos escasos de personal, a veces los expedientes se traspapelan... Hacemos lo que podemos, pero necesitaríamos más medios.

—Comprendo —dijo Irene—, ¿entonces no hubo ningún trato de favor hacia la empresa del acusado?

—Ninguno, señoría —se apresuró a decir Salgado.

—Está bien —dijo Irene, cediendo solo en apariencia—. No tengo más preguntas.

—Con la venia, señoría, quisiera solicitar la imputación del testigo —intervino el fiscal, levantándose de su asiento con cara de pocos amigos.

Salgado se quedó de piedra, pero Jorge ya se lo temía. Tal y como se había

desarrollado la declaración, Ladreda habría quedado en evidencia si se hubiese inhibido.

—Acepto su solicitud. Presente el escrito —se limitó a contestar Irene antes de dar por finalizada la vista y abandonar la sala.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Díaz-Plaza. Cuando se trataba de malas noticias había que dárselas dos veces.

—La juez va a ampliar la acusación a Andrés Salgado. También estará imputado —resumió Jorge.

—Será hija de puta... —soltó en alta voz Díaz-Plaza sin cortarse lo más mínimo.

—Papá —susurró su hijo mientras las cabezas se volvían hacia su padre.

—¿Y ahora qué? ¿Esto me va a costar más dinero?

—Ya hablaremos de detalles. Pídale cita a Isabel —dijo Jorge, ignorándolo a conciencia y saliendo de la sala detrás de Irene, rumbo a su despacho.

Llegó casi a la vez que ella.

—¿Podemos hablar?

—¿Sobre el traslado de las pruebas? —preguntó Irene.

—Por supuesto —respondió él con cara de póker.

Irene cerró la puerta tras Jorge. Hacía ya más calor y el aire acondicionado seguía sin funcionar. Se desprendió de la toga con un gesto rápido y la dejó en una percha. A Jorge la vista se le fue hacia sus rodillas. La falda le quedaba justo por encima...

—¿Y bien? —dijo Irene, tomando asiento y haciendo que la atención de Jorge subiese hasta sus ojos.

—No lo entiendo. ¿A qué ha venido esto? ¿Por qué esperar hasta el último momento?

—Es sencillo —respondió Irene, mirándolo con franqueza—. Hasta ayer no tuve constancia de las irregularidades.

Era cierto. Se había quedado hasta las tantas revisando una ingente cantidad de comunicaciones oficiales hasta que había confirmado que sus sospechas estaban fundadas.

—Me gustaría saber a qué atenerme con respecto al proceso. Si hay algo más que debería conocer, ahora sería buen momento para comunicarlo.

—No hay nada más. No por ahora.

Ella aguantaba sin reservas el desafío que encubrían sus palabras y su

mirada. Jorge le creyó.

—Bien.

—Bien... —repitió Irene.

El silencio se hizo mientras ambos continuaban solo mirándose. Irene lo rompió.

—¿Hay algo más que quiera decirme?

A Jorge le sonó a invitación. No necesitó que se lo repitiera.

—Estuve ayer, y antes de ayer y la víspera también, en el Vips de Alcalá. Esperando.

Irene se mordió el labio por dentro. Ni siquiera trató de evitar la conversación. Más bien se alegró de saberlo. También ella había contado las horas y los días. Cada atardecer, cuando cerraba el ordenador, se encontraba pensando en Jorge y en si habría vuelto a la cafetería. Ahora ya sabía la respuesta.

—Es difícil que ocurran tantas coincidencias —dijo un poco ausente, como si en realidad pensase en alguna otra cosa.

—Irene —la llamó, haciendo que volviese a levantar la vista hacia él.

—¿Qué?

Su expresión intensa, expectante y a la vez tan suplicante. Se estaba resistiendo cuando cada vez tenía más ganas de ceder.

—Dame solo un nombre.

—¿Un nombre?

Jorge habría querido decir mucho más, pero siempre temía ir demasiado lejos con Irene.

—¿No hay ningún sitio al que haga tiempo que no vayas, pero al que querrías regresar?

Irene se sintió confundida. Se le volvió a ocurrir que Jorge sabía algo que ella desconocía. Y no podía evitar querer descubrir de qué se trataba. Además, en ese preciso momento cruzó por su cabeza un lugar más o menos parecido a lo que él se refería. Por una de esas asociaciones inesperadas de ideas, la noche antes había estado recordando su época de estudiante y sus visitas sola y a deshora. Ya por entonces era solitaria y poco sociable.

—Plaza España. Los cines Renoir.

Toda la tensión de Jorge fue a concentrarse en un único punto de su anatomía. Un cine. Una sala oscura y pública e Irene. Lo más parecido, pero en socialmente aceptable, al club de Capitán Haya que habría podido pedir.

—Adoro el cine.

—¿También las salas de versión original? —preguntó ella, alzando las cejas como si fuese una pequeña prueba.

—Soy fan de Kiarostami. Me encanta el cine iraní —aseguró con calor.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—No —replicó él con total seriedad.

Irene no pudo evitar reír y Jorge también lo hizo. Fue una risa suave, baja y sincera, e Irene pensó que, si resultaba peligrosamente atractivo cuando estaba serio, cuando reía era alarmanamente adorable. Ese pensamiento la desconcertó y le hizo ponerse más seria de golpe. ¿Qué le estaba pasando con Jorge Márquez?

Un par de golpes sonaron en la puerta cortando la cálida intimidad del momento. Irene respondió.

—¿Sí?

Era el secretario judicial. Un joven con aspecto de acabar de ganar la plaza y haberse quedado sin sangre en las venas después de pasar meses y meses vegetando entre cuatro paredes para conseguir aprobar las oposiciones.

—El fiscal está esperando. Pregunta si podría concederle unos minutos.

—Sí, enseguida.

Jorge se levantó de la silla.

—Consultaré la cartelera —dijo con una sonrisa que convirtió su mirada en más candente que nunca y que provocó que a Irene le cosquillease el estómago y el pulso le latiese con más fuerza en las muñecas, transmitiendo un calor que se extendió en ondas concéntricas por todo su cuerpo, igual que una piedra que viniese a alterar la tranquila superficie de un lago.

Irene constató el hecho y lo analizó como hacía con todo. Ella era así. Analítica. Metódica. Ordenada. ¿Podía ser que se estuviera enamorando de Jorge Márquez? Sí, era bastante posible.

El fiscal y Jorge se cruzaron en la puerta.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó enojado el fiscal.

—Podría hacerle la misma pregunta, pero voy a evitarle responderla —replicó Jorge, dejando el campo libre al fiscal.

Jesús Ladreda cerró con fuerza la puerta y se enfrentó a Irene.

—¿Por qué motivo no me facilitó copia de esos informes con anterioridad? —inquirió de malos modos.

A Irene le molestaron las formas y, además, no tenía intención de



disculparse por hacer el trabajo que Ladreda no había realizado como debiera.

—Se los he facilitado en cuanto me ha sido posible.

—Me habría gustado tenerlos antes —volvió a protestar.

—Habría sido tan fácil como consultar los archivos de la Consejería. Es lo que he hecho yo. Estaban tan a su disposición como a la mía.

—No me gusta este modo de proceder —dijo, apuntándola con el dedo de un modo particularmente molesto.

A Irene tampoco le gustó su actitud.

—Cualquier reclamación que tenga que hacer, transmítamela por escrito, y yo le contestaré del mismo modo. Y ahora, si no le importa, tengo mucho trabajo que hacer.

El fiscal no se hizo repetir la invitación y salió del despacho aún más enfadado que antes.

Irene cogió aire y se echó para atrás en su silla. Hacía tiempo que había comprendido que no se podía contentar a todo el mundo. Se conformaba ya con no decepcionarse a sí misma.

## Capítulo 14

La tarde se complicó hasta el punto de que el mundo y las circunstancias parecían haberse aliado contra Jorge. La reunión con uno de sus clientes se alargó y no le fue posible quitárselo de encima hasta pasadas las siete. De camino hacia el centro se encontró con que había una manifestación y la bajada hacia el Paseo del Prado estaba cortada. Las calles laterales estaban colapsadas y más de una vez le entraron ganas de dejar el coche en medio de la calle y continuar a pie. Llegó a los cines a las ocho y media y todas las sesiones estaban empezadas. No se veía ni rastro de Irene y el siguiente pase no empezaba hasta más de las diez. Por si fuera poco, había cuatro salas para elegir.

—¿Para cuál? —le preguntó la mujer, dejando a un lado una novela con el nombre de una autora sueca de apellido impronunciable destacado en la portada.

Jorge miró la cartelera. Una película japonesa, una comedia de autor italiana, otra con un paisaje nevado y vacío de la que no sabía absolutamente nada y una reposición perteneciente a un ciclo de Lars Von Trier. En el cartel, una mujer vestida de novia y con el rostro hierático se sumergía en las aguas, cual una moderna Ofelia.

No tenía la menor idea de qué iba la película y jamás había visto nada de Trier, aunque el nombre le sonaba a independiente y experimental. Si tenía que elegir por Irene...

—Una para *Melancolía*.

—Ya está empezada.

—No me importa.

—Son ocho euros.

Jorge le dio diez y aguardó a que le extendiese la entrada. Un chico con gafas de pasta y camiseta estampada con el personaje de un cómic manga se la

cortó y le permitió el paso.

Entró en la sala y esperó a que la vista se le acostumbrase a la oscuridad. No habría más de siete u ocho personas en las butacas. Un par de parejas, varios hombres y mujeres solos salpicados aquí y allá. Ella.

Volvió a percibir esa inexplicable certeza. Estaba de espaldas y solo veía el halo de su larga melena, pero dio por hecho que no se equivocaba. Cruzó el pasillo y se sentó a su lado. Irene se volvió. Sus ojos brillaron. Se había sentido innegablemente decepcionada al no encontrar a Jorge en los cines, pero ya que había ido hasta allí decidió comprar la entrada y ahora él la había encontrado.

—Hola.

Jorge le devolvió el saludo con la mirada. Irene se volvió enseguida hacia el frente y él también intentó poner su atención en la pantalla. La película se proyectaba en inglés con subtítulos y la mujer vestida de novia resultó ser la chica de *Spiderman*, Kirsten Dunst; y el novio, uno de los vampiros de *True Blood*. Jorge lo sabía porque había visto varios capítulos en el canal de pago. Eso le pareció prometedor. Le gustaba esa serie. Quizá Trier no fuese tan experimental después de todo.

Los novios bailaban muy juntos en la pantalla y él se sentía emocionado como un adolescente solo por estar allí a su lado. Tan cerca, en silencio, a oscuras. La excitación amenazó con materializarse dura y sólida. Jorge luchó contra ello procurando concentrarse en el film de Trier.

Fue un remedio eficaz. Al cabo de poco estaba tan frío como el novio. Tuvo que ver cómo Kirsten dejaba compuesto y con las ganas al vampiro para liarse en su noche de bodas en el jardín con otro tipo. Más de una vez se volvió hacia Irene, pero ella prestaba atención solo a la película, mientras que él se sentía cada vez más desasosegado. Kirsten apareció desnuda varias veces, pero todo era tan deprimente que no tuvo el menor efecto en su libido. Sobre el desenlace solo se le ocurrió pensar que dudaba que pudiera imaginarse algo más triste.

Cuando la luz que siguió al resplandor final se hizo, su estado de ánimo era lúgubre.

También Irene se quedó impactada y necesitó unos segundos para reaccionar. Guiñó varias veces los ojos. Había escogido *Melancolía* por impulso y ahora apenas podía contener las ganas de llorar. Y no quería llorar delante de Jorge. Se sentía boba y vulnerable.

—¿Te ha gustado? —preguntó él, dudando.

Ella asintió, sonriendo nerviosa para espantar las lágrimas.

—Me ha parecido muy bella y muy trágica.

—Trágica es la palabra —resopló Jorge.

A la salida se cruzaron con parejas más jóvenes, chicos arrastrados por sus chicas y algunos *hipsters* de barba y aire intelectual que discutían sobre los significados y los referentes empleados. Jorge se sintió fuera de lugar. No iba mucho al cine y, cuando lo hacía, era para ver alguno de los estrenos de los que todo el mundo hablaba y parecía que había que ver a la fuerza. Jamás se le había ocurrido ir a una sala de versión original. Desde luego, era una experiencia distinta.

Salieron juntos a la calle y la temperatura más cálida del exterior los rodeó como un abrazo.

—¿Quieres que nos sentemos a tomar algo?

Había un café librería justo enfrente. El interior se veía abigarrado y acogedor. Unas cuantas mesitas, sofás y las paredes cubiertas por entero de libros, pero también había una terracita fuera y la noche era agradable.

Irene asintió.

—Me gusta este lugar. Antes solía venir aquí a menudo.

Antes o después de la sesión. Entraba y ojeaba los libros. Hacía tiempo para volver mientras en casa creían que había quedado. «Sal con tus amigas. Diviértete», le decía su madre y ella se iba sola al cine. También podía haber dicho la verdad, pero la sinceridad nunca había sido uno de sus fuertes.

A Jorge le gustó conocer esa mínima información que ella le había cedido. Imaginarla más joven y embebida entre los libros. Pensar en realidades alternativas en las que él podría haber entrado en esa misma librería y conocer a Irene. Mucho antes de ahora. Antes de que su vida se complicara y desviara por caminos que llevaban a lugares oscuros y sórdidos, completamente distintos a esa pequeña librería. Antes de que la llevaran también a ella, si es que era ella. Jorge seguía oscilando. A veces se sentía del todo seguro y otras se obligaba a dudar. Pero, si hubiese tenido que apostar, no habría dudado en jugarse la mano derecha. Era de los que pensaban que aún quedaban cosas por las que valía la pena asumir riesgos. Irene era una de ellas.

La suave cadencia de un son cubano llegaba del interior del local. La camarera vino a tomarles nota. Irene se sentía aún bajo el efecto de la enorme luna de la película de Trier y también de los recuerdos, pero la dulzura del son

hizo que se rebelara. No quería seguir melancólica. No tenía por qué ser la Irene aislada, recluida en sus propios y sólidos muros. También podía sentarse en una terraza y disfrutar de la noche y de Jorge. Le gustaba Jorge. Mucho. Cada vez más. Demasiado.

Su mente fría y racional comenzó a lanzar objeciones. Irene las silenció todas.

—Tomaré un mojito.

Jorge sonrió como si fuese Navidad y acabase de abrir el paquete con su regalo favorito.

—También para mí.

La melodía era lenta, sensual. Le venía bien a aquella noche tibia y tranquila. La bebida estaba fría y sabía intensamente a hierbabuena. Irene bebió y, más allá de su vaso, se encontró con la mirada fascinante y fascinada de Jorge. Le erizaba la piel, la alteraba, la descolocaba. ¿Era eso lo que andaba buscando? Tomó otro trago de su mojito y buscó conversación para evitar pensar también en aquello.

—Sea franco, letrado. Ahora puede decir la verdad. ¿A ti te ha gustado?

Jorge rio con suavidad. Era bueno oírlo bromear, aunque fuese a su costa. Muy bueno.

—No, no me ha gustado. ¿A quién puede gustarle? Es terrible, ya no solo por el final, es que no puedo entender a esa mujer. ¿Qué es lo que quería?

Irene se encogió de hombros y jugó con la pajita de su bebida.

—Tampoco yo lo sé, y supongo que ni ella misma debía tenerlo claro. Es lo peor, ¿no crees? A veces creemos que deseamos algo y, cuando lo tenemos, descubrimos que estábamos equivocados.

Jorge negó con convicción.

—No, no puedo entenderlo. Yo cuando quiero algo lo quiero hasta el final.

—Te creo —afirmó ella en baja voz.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti? ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas?

Irene bajó la vista para esquivar la pregunta y la mirada de Jorge.

—Es una pregunta demasiado profunda para responder en pocas palabras.

—No tengo prisa.

—Entonces quizá la responda otro día.

Acompañó sus palabras con una sonrisa y Jorge pensó que podría dar a Irene todo lo que quisiera. Tiempo o cualquier otra cosa.

Seguía mostrándose distante y reservada, pero a la vez distinta. Más

natural, más relajada, siempre serena, bañada por la luz tenue de la vela que adornaba la mesa.

—La próxima vez escogeré yo la película.

—Sería lo justo —dijo, sin dar por hecho que hubiese próxima vez—. Por cierto, ¿cómo me encontraste? ¿Compraste entradas para todas las salas?

—Lo cierto es que te encontré a la primera.

—¿De veras? —preguntó un poco escéptica—. ¿Tan transparente soy?

No habría sido esa la palabra con la que Jorge la habría definido. Irene era a veces luz, a veces oscuridad, ambivalente y llena de misterios.

—Tal vez es solo que tengo suerte contigo. Ya te dije que creía en las coincidencias.

Irene volvió a turbarse sin saber por qué. Quizá por el tono grave y cálido de su voz. Quizá porque era difícil resistirse a ese hilo invisible con el que Jorge tiraba constantemente de ella. Un hilo que los empujaba cada vez más cerca.

—Sería más fácil si tuviese tu número de móvil —sugirió él.

Irene tuvo que meditarlo como si fuese algo trascendente y no una petición bastante razonable.

—620 11 42... —le dio la cifra completa y él marcó el número.

El móvil sonó en su bolso con varios timbres cortos. Ella entrecerró los ojos.

—¿No te fiabas?

La verdad era que no, pero tuvo la suficiente prudencia de no reconocerlo.

—Es solo para que tú también tengas el mío. ¿Por si la casualidad no es suficiente?

En lugar de contestarle, Irene lo examinó más despacio. Era atractivo hasta decir basta. Ese tipo de atracción que va más allá de unos rasgos bien definidos y rabiosamente masculinos. Era también su aplomo, su presencia, algo más que Irene no era capaz de definir, pero que estaba tan a la vista como la barba que sombreaba su rostro tras las horas pasadas desde su último afeitado. Lo cierto es que esa barba naciente le sentaba mejor que bien. Sus miradas se cruzaron valorativas e Irene se sintió incómoda, se le ocurrió que a Jorge no le costaría demasiado adivinar en qué estaba pensando. Se escudó en su mojito. Era ya solo hielo. Le hizo una seña a la camarera para que le trajese otro.

Jorge se pasó la lengua por los labios cuando fue a por el segundo. Irene

sintió un golpe de calor y experimentó el deseo de averiguar cómo sabría Jorge. Bebió y, pese a lo helado de la bebida, solo consiguió sentir más calor.

—Hoy ya no podrás conducir —dijo Jorge con deliberada lentitud.

No le dijo que había venido en taxi. Siempre se guardaba algunas cartas. Nunca lo contaba todo. Se reservaba sus decisiones.

—Ni tú.

Jorge sonrió. Irene no supo por qué hasta que él se lo señaló.

—Aún no lo he tocado.

Miró el vaso perpleja. Ni siquiera se había percatado de que su bebida permanecía intacta mientras los dos hablaban.

—Se me había olvidado que eres abogado —dijo, pinchándolo.

Jorge rio y no le dijo que hacía rato que había olvidado que ella era juez. Para él solo era Irene.

—¿Puedo llevarte?

Ella movió el hielo con la pajita. Quería y no quería. Jorge le gustaba, pero tenía miedo a equivocarse. Ya le había ocurrido más veces y no quería volver a repetir errores. Estaba bien ahora. No necesitaba más. ¿O sí?

—Demos un paseo —dijo, levantándose.

## Capítulo 15

Cruzaron los jardines de Plaza España y bajaron por Princesa. Seguía habiendo tráfico y las arterias principales no estaban ni mucho menos vacías, pero en la ciudad, a esas horas, reinaba una calma apacible que hacía agradable caminar en silencio.

A Jorge no le molestaba caminar, aunque eso significaba que cada vez se alejaban más de donde tenía el coche y, por lo tanto, también del momento de llevarla a su casa. Llegaron vagando sin un rumbo fijo hasta el palacio de Liria y después giraron hacia Conde Duque por calles estrechas, donde conventos del siglo XVI se alternaban con fachadas cubiertas de graffiti pertenecientes a oficinas desocupadas.

—¿Te gusta el centro?

Ella asintió.

—Sí, creo que siempre me ha gustado. Es fácil pasar desapercibido. A nadie le importa lo que hagas. A veces necesitas sentirte así: invisible —dijo en un arrebato de sinceridad.

No lo miraba mientras hablaba, pero él no podía dejar de observarla ni de pensar en otros lugares donde tampoco importaba lo que hicieras, donde nadie hacía preguntas, donde solo eras uno más.

—No es fácil que pases desapercibida en ningún lugar, Irene.

Atravesaban una zona sin luces. Una de las farolas de la calle debía haberse averiado y, casualidad o no, allí fue donde Irene se detuvo y lo miró a los ojos. Jorge estuvo más convencido que nunca de que su sombra y la que tenía justo delante eran una única sombra.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Estoy seguro de ello.

Su voz firme y convencida. Su expresión decidida e inequívocamente resuelta. Irene lo advirtió, pero no tuvo el convencimiento de querer evitarlo y



Jorge ya no pudo ni quiso aguardar más. Con suavidad rodeó con un brazo su espalda y con el otro su cintura, atrayéndola hacia sí, y la besó lenta e irresistiblemente, haciendo que su cabeza cayera hacia atrás y venciera el peso hasta quedar en sus brazos. Irene vaciló, pero la vacilación solo duró un segundo, enseguida rodeó el cuello de Jorge y correspondió a aquel beso intenso e íntimo. Un beso de película en blanco y negro mientras todo lo de fuera se fundía y solo importaban los protagonistas.

Solo ellos dos probándose, como si no hubiese nada más. Jorge reconoció la emoción y la certeza. Irene sabía a hierbabuena y ron dulce, y su cuerpo no era indiferente y laxo, sino entregado y dúctil. No era lo mismo, pero era igual. Su forma en sus manos, su saliva en sus labios, el modo en que su pelo rozaba sus dedos, su mismo peso, su aliento. Era ella. Estaba seguro. Era su sombra. Era Irene. Y él la amaba de todas maneras. Distante o abandonada, a la luz o en penumbra. Quería llegar a ella y hacerse ver.

—Irene —murmuró, cogiendo aire, apoyando la frente contra la suya y abrazándola aún más estrechamente.

Ella también necesitó respirar. En apenas unos pocos segundos, Jorge se había adueñado de su cuerpo y, en parte, de su voluntad. Había tratado de esquivar el momento en el que tuviera que decidir. No había servido de nada y, una vez llegado, no había sido capaz de resistir. Jorge la retenía contra sí y ella se decía que no debía ser así, pero a su pesar se sentía bien, limitada por sus brazos y atada a un cuerpo cuya fuerza hasta entonces solo había intuido por debajo de las líneas rectas y elegantes de sus trajes. Su fuerza, su deseo, su necesidad. Irene tuvo constancia de todo, incluso antes de tener tiempo de pensar en sus propios deseos, sus propias necesidades. No lo pensó. Era más fácil dejarse llevar y hacer simplemente aquello que quería Jorge. Quizá, en parte, a causa de su fuerza. Ella no tenía esa fuerza, lo que tenía era voluntariedad, resistencia, flexibilidad, disciplina.

Jorge buscó el apoyo de la pared cercana y le bastó con empujarla para tener a Irene entre él y el muro. Entonces la besó con dureza. No es que lo pretendiese, es que no pudo evitarlo. El deseo vibrante, aumentado, concentrado tras tantos días de ansiedad contenida. La costumbre voraz de tomar lo que necesitaba tan rápido como podía. La perseguida rendición de Irene.

Pero no, aún no estaba rendida. Aún conservaba la cabeza y medía y analizaba y se asomaba al borde decidiendo si saltaba o no al vacío. Mientras

resistía su mayor fuerza y su peso y todos los músculos de Jorge se tensaban contra su cuerpo. Todos. Ahora lo sentía. Ardiente, quemando. Era como si también le quemara.

Pero no era eso. No era eso. No era lo que había querido intentar. Seguramente era inútil. Al final volvía siempre a lo mismo.

La calle oscura y vacía. Alguien pasó no muy lejos de ellos y Jorge solo la besó más fuerte.

—Irene —volvió a musitar junto a su boca. La voz más ronca, doliente, casi un gemido.

Ella habría querido que callase, decirle: «No, no hables. No mientes mi nombre. No pronuncies una palabra. ¿No ves que no sirve de nada?», pero no lo hizo y le dejó llamarla, igual que dejó que subiese su falda y acariciase sus piernas desnudas.

Jorge había olvidado ya la prudencia. Solo había querido besarla, solo besarla, pero ahora... Ahora lo que quería era hacerlo con Irene contra aquella pared, sin importarle que pudiera ser imprudente, humillante, sórdido. Exponerse y exponerla a ella en un lugar público, a la vista de cualquier mirada. Era la mala costumbre, la abstinencia de los últimos días y la voz que insistía en susurrarle que ella también lo deseaba.

La falda estrecha subida en torno a sus muslos. Jorge los acarició y buscó entre sus piernas, a la vez que la besaba en el cuello. Succionando la piel, absorbiendo el latido, obligándola a echar hacia atrás la cabeza y a entregarse. Irene cerró con más fuerza los ojos, mientras el calor y la humedad se extendían al contacto de sus dedos con independencia de su propia voluntad.

Era tan fácil, tan fácil. Irene sintió vergüenza de sí misma. Abrió los ojos y la farola decidió revivir en ese momento. Le hirió la vista acostumbrada a la oscuridad. La luz acabó de aclarar sus ideas. Se vio semidesnuda y estúpida. Había estado diciéndose que con Jorge podía ser distinto, que no tenía por qué repetir errores, y ahora estaba escondiéndose, como una fugitiva de sí misma, dejándose manosear en plena calle y excitada por un beso y un par de caricias.

Por Jorge Márquez, al que conocía desde hacía solo unas cuantas semanas. ¿Quién era Jorge? ¿Qué sabía de él aparte de que era el abogado defensor de un caso del que ella se ocupaba y el tipo de hombre que sabía cómo convencerte para que jugaras su juego? Sabía lo suficiente para darse cuenta de que no podía seguir jugando.

—Jorge —lo llamó, retorciéndose y echándose inútilmente hacia atrás,

tratando de liberarse de sus hambrientos y devoradores besos—. Jorge, espera... ¡Jorge!

Solo se detuvo cuando Irene empujó contra su pecho para apartarlo.

—¡Basta, ya basta!

Él se apartó apenas y se mordió con fuerza los labios para tratar de recuperar una calma que hacía rato que había perdido.

—Lo siento, yo... no sé qué me ha pasado —dijo, retirándose un poco más. Aún estaba adaptándose al cambio de Irene. Solo unos segundos antes había estado a punto de bajarle las bragas y hundirse en ella sin importarle que todos los vecinos de la calle se hubiesen asomado a la vez a mirar.

La mirada de Jorge era amarga y dolida e Irene se sintió furiosa. Furiosa por muchas razones, aunque no todas tuvieran que ver con Jorge.

—No vuelvas a hablarme —dijo mientras se recolocaba la falda y trataba de recolocar también su dignidad—. No vuelvas a acercarte a mí. No quiero verte en ningún otro sitio que no sea el tribunal. ¿Queda claro?

—Irene... —Jorge aguantó sus palabras igual que bofetadas. Tenía parte de responsabilidad, pero no toda. Ella también había estado con él. No se merecía que ahora lo hiciera sentir mal. No era justo. Lo último que había querido era herirla u ofenderla.

—Déjame. Me voy a casa —dijo, empujándolo para abrirse un paso que él todavía le cerraba en parte.

—Espera. Hablemos antes. Creí que... —dijo, intentando retenerla, aunque no llegó a acabar la frase—. Siento que haya ocurrido así. Te acompañaré hasta el coche. Puedes confiar en mí.

Irene se dio la vuelta y se enfrentó a él. Un inconfundible brillo empañaba sus ojos. Jorge se sintió peor. Fantástico. La había hecho llorar.

—No confío en ti y nunca podré hacerlo. No trates siquiera de intentarlo. No vuelvas a intentarlo. Nunca.

Fue otro golpe. Uno bajo y doloroso, como los que le daba Eli en cuanto descuidaba la guardia. En parte por eso fue por lo que reaccionó y decidió devolverlo. Aquí también valía todo.

—Irene.

Había echado a andar calle adelante y no se volvió. Jorge la llamó con más fuerza.

—¡Irene!

Ella lo ignoró.

—¡Irene, maldita sea, no me hagas sentir mal por esto, te vi!

Aminoró la marcha, pero no se dio la vuelta. Jorge continuó hablando a voces en medio de la calle desierta.

—¡En un club de intercambio, Irene! ¡Eras tú! ¡Te habría reconocido entre mil! —gritó con rabia.

Irene se dio la vuelta despacio y permaneció muda durante un tiempo que a Jorge se le hizo muy, muy largo.

—No sé de qué me hablas.

—Repite eso mirándome a la cara —dijo Jorge enfadado de verdad y avanzando hasta quedar frente a frente.

—No sé de qué me estás hablando —repitió despacio y remarcando todas las palabras.

Jorge rio sin ganas.

—No está mal. ¿Lo declararías bajo juramento?

Irene calló, midiendo su seguridad, tratando de determinar hasta dónde llegaba su convicción y no dudó de que fuera hasta muy lejos.

Un coche dobló la esquina. Irene vio con alivio que se trataba de un taxi y que llevaba la luz verde de libre encendida. Lo llamó con un gesto.

—¡Taxi!

El coche se detuvo e Irene voló hacia él.

—Mantente alejado de mí.

Fue lo último que le dijo antes de montarse y cerrar la puerta de un golpe seco. El taxista arrancó y Jorge se quedó en medio de la calle.

La farola volvió a apagarse.

## Capítulo 16

A la mañana siguiente era sábado y cuando sonó el despertador llevaba ya un buen rato despierta. Irene lo apagó y su mano se quedó apoyada durante muchos segundos contra el botón. Se dijo que no tenía por qué levantarse, que por un solo día bien podía saltarse la rutina y quedarse en la cama hasta la una, o las dos o las tres de la tarde. Podía, si le daba la gana, quedarse el día entero en la cama.

Hundió la cabeza bajo la almohada para evitar la luz de la mañana de junio y un minuto y medio después ya estaba sentada sobre el colchón, los pies descalzos apoyados en el suelo y maldiciéndose a sí misma por no ser capaz de saltarse sus rígidas y a veces estúpidas normas.

Se lavó la cara, se despejó y comenzó sus ejercicios, estirando con lentitud y con cuidado columna y extremidades, evitando con plena intención pensar en lo ocurrido la noche anterior. No, no quería pensar aún en eso y no tenía nada que ver. Si en aquel momento Irene se odiaba era por ser incapaz de alterar sus rutinas. Cuarenta minutos de ejercicios diarios. Los fines de semana, veinte más.

Elevó una de sus piernas en paralelo al tronco. La extensión era perfecta, elegante, armoniosa, muy similar a la de una bailarina de ballet. Con el tiempo había ido perdiendo la excelencia del entrenamiento orientado hacia la alta competición, pero a cualquier profano le habría sorprendido la maleabilidad que aún conservaba. De todos modos, hacía mucho que no se exhibía y, por supuesto, no lo hacía por eso. Nunca lo había hecho por eso, por despertar la admiración, ni siquiera por las medallas. Era solo algo personal. Algo entre su cuerpo e Irene.

En elevación, de puntillas sobre un solo pie y buscando el máximo de verticalidad. El equilibrio era fundamental, y para lograrlo, además de ejercitar los músculos, se requería concentración: vaciar la mente, abstraerse

de cuanto había a su alrededor, no dejarse afectar por lo exterior.

A pesar del mucho tiempo transcurrido, las palabras de Germán, su antiguo entrenador, resonaron en sus oídos.

«Deberías ser capaz de hacerlo incluso a oscuras. Olvida el punto de referencia. No lo necesitas. Todo cuanto te hace falta está dentro de ti. Puedes hacerlo, Irene. Sé que puedes».

El cuerpo en extensión. Las manos de Germán sujetándola para que no se desestabilizase. Una bajo el muslo. La otra junto a su pecho.

«Lo haremos de otro modo. Deja que te venda los ojos. Prueba ahora. Concéntrate».

Todo estaba oscuro, lo demás desaparecía, solo quedaba el espacio que ocupaba su cuerpo y Germán.

«Eso es. Casi perfecto. Espera. Te corregiré la postura. Así... Confía en mí».

«Confía en mí».

Cerró con fuerza los ojos para ejecutar otro de los ejercicios. Sus manos como único apoyo, las piernas extendidas en diagonal formando una línea recta y simétrica. Así cinco, diez, quince segundos. Más de quince años y aún era capaz. Los brazos le dolían, la tensión en los abductores amenazaba con convertirse en calambre, pero podía soportarlo. Dominar su cuerpo nunca le había supuesto el menor problema. No, ese no era el problema.

«Te vi, Irene».

Su equilibrio falló. Los brazos le traicionaron. Abrió los ojos, deshizo con rapidez la postura y se dejó caer rodando sobre sí misma.

Se quedó sentada en el suelo con las piernas cruzadas y los brazos abatidos y sin fuerzas. No podía seguir. Aún le faltaban quince minutos más, pero no podía continuar haciendo como si no ocurriese nada. Demasiadas estupideces en aquellas últimas semanas, todas a causa de Jorge: conversaciones en el despacho sobre temas que nada tenían que ver con el sumario, citas propias de adolescentes, espejismos alrededor de una posible relación con Jorge. Una relación. ¿Quería una relación? Anoche había tenido una relación.

Una opresión se instaló entre su estómago y sus pulmones. Jorge empujándola contra la pared. Su beso devorándola como quien ha esperado más de lo razonable y ya no está dispuesto a aguardar más. Y ella le había correspondido. Ni siquiera había tratado de resistirse, ni siquiera lo había intentado. Él había estado a punto de tirársela contra la pared, como a una

yonqui a la que todo le diese igual con tal de conseguir la próxima papelina, e Irene casi lo había consentido.

«Te habría reconocido entre mil».

La opresión se hizo más intensa. Le subió por el pecho y le cerró la garganta. La sensación fue de náusea. Se le pasó pronto, pero le dejó un sudor frío por todo el cuerpo.

Lo había intuido desde el principio. Lo había reconocido, no al hombre, pero sí al tipo; ya incluso en el aparcamiento, cuando la asaltó por primera vez, aunque después lo hubiese olvidado. El tipo de hombre al que irremediamente atraía y no le convenía.

Se había hecho la fuerte, se había hecho la dura y la valiente delante de él, pero ahora tenía miedo. Miedo de Jorge. No ya por él, ni siquiera de sus intenciones, aunque las temía, claro que las temía, pero lo que más le asustaba era lo que había despertado en ella. Lo que Irene se había propuesto dejar atrás.

«¿Lo declararías bajo juramento?».

Pero nada quedaba atrás realmente. Tu equipaje, tu pasado, tus actos siempre caminaban contigo. Por algo era juez. Sabía de lo que estaba hablando. Las malas acciones no deberían quedar sin consecuencias.

Se desnudó, se metió en la ducha y abrió el grifo al máximo. El agua ejerció su efecto bienhechor, purificante y renovador, le hizo bien, la serenó. No se dejaría manipular por Jorge. Ni por Jorge ni por otros. Si tenía que hacer frente a las consecuencias, lo haría, a las de sus propios actos, no a las de los demás.

Y, después de todo, sus faltas no eran tan graves, pensó cerrando el grifo. La única que había resultado dañada era ella misma.

Se secó, se envolvió con la toalla y el espejo del baño le devolvió su imagen. El cabello mojado, la toalla blanca sujeta a la altura del pecho, el moratón violáceo en el cuello que Jorge le había dejado de recuerdo.

«Irene...».

Sus ojos se cerraron al recordar la ansiedad voraz de Jorge. Se había dejado llevar, lo había dejado, y ahí tenía el resultado.

No volvería a ocurrir ni volvería a pensar en ello, no al menos durante el fin de semana. Terminó de vestirse, encendió el ordenador y se puso a trabajar. Tenía montones de expedientes de la Consejería de Urbanismo por revisar. La vista se reanudaba el lunes y entonces no tendría más opciones que enfrentarse

de nuevo a Jorge.

Esperaba que el maquillaje consiguiese encubrir las señales.



## Capítulo 17

El lunes, Isabel, la secretaria, se sorprendió cuando llegó al despacho a las ocho y se encontró con que Jorge ya estaba allí.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañada.

—No ocurre nada. ¿Qué habría de ocurrir? —ladró Jorge con un humor de perros.

Isabel se encogió de hombros y se dirigió a su mesa.

—¡La puerta! —gritó Jorge.

Su empleada se dio la vuelta y cerró de un portazo. Jorge soltó un improperio, pero enseguida volvió a concentrarse en el documento que estaba leyendo.

El fin de semana había sido nefasto. Después de que Irene lo dejara tirado como basura, había acabado de arreglarlo metiéndose en una discoteca. El cuerpo y la cabeza le pedían revancha, contra Irene en particular y, ya que no podía ser, contra cualquier integrante del sexo femenino en general.

Las luces de colores fosforescentes y la machacona música del local lo saturaron nada más entrar. La disco era céntrica y la entrada gratuita para las mujeres, así que no faltaban las féminas. Jorge reconoció enseguida el perfil. Chicas muy jóvenes, pero muchas ya con varias operaciones de estética financiadas en cómodas mensualidades y destinadas a llenar de silicona sus pechos, sus labios, sus pómulos y a saber qué otros lugares de sus cuerpos. Un perfil objetivamente fácil de encandilar, pero que por eso mismo le desagradaba. No importaba. Esa noche no estaba para andarse con exquisiteces.

A los cinco minutos ya tenía a una exuberante morena de labios rojos y *wonderbra* dos tallas menores de lo necesario, preguntándole si la invitaba a una copa, a los diez ya estaba morreándolo y subida sobre sus caderas, a los quince lo abandonaba tras comprobar que, pasado un pequeño impulso inicial,

su ardor no causaba ningún efecto significativo en Jorge.

No se quedó ni veinte minutos. Volvió caminando en busca del coche con el perfume pesado de la mujer impregnado en la ropa y en las manos, pensando a su pesar en Irene, en su olor a hierbabuena y menta, en su propia estupidez al precipitarlo todo, en sus mentiras, ¿pero acaso esperaba que lo hubiese reconocido?

No, no lo esperaba. Se habría conformado con que se dejase convencer, con tenerla debajo, con hacerle el amor a oscuras y en silencio, si es que era eso lo que quería, y jamás le habría hablado de esa otra vez.

Porque estaba seguro, ahora más que nunca. No era solo su certeza, era también su mirada culpable e inquieta. Estaba convencido de que Irene mentía y sabía muy bien de qué le estaba hablando.

Y no importaba lo que dijera aquel informe. Nada le haría cambiar de opinión.

Había llegado al despacho a las siete y media porque no podía dormir. La casa se le caía encima y se sentía como un animal enjaulado entre los muros de cristal del apartamento. Se había puesto a repasar la documentación para la vista de esa mañana y enseguida echó en falta uno de los informes de los peritos. Había ido a buscarlo al despacho de Alberto y sobre la mesa había visto el sobre con el nombre.

*Irene Ávila.*

Sería mentir decir que dudó. Tardó un segundo en abrirlo. Ojeó las páginas dividido entre el malsano deseo de encontrar la prueba firme e irrefutable con la que echarle en cara su mentira y el temor a que Díaz-Plaza hubiese dado con el arma a utilizar contra Irene.

Nada, nada, nada. Se lo llevó a su despacho para leerlo más despacio y en eso estaba cuando Isabel lo interrumpió. Había examinado de cabo a rabo el informe y no es que hubiese sacado mucho en claro, salvo que las cosas aun podían complicarse más para Díaz-Plaza.

El pirata informático del constructor había introducido un ejecutable camuflado como una actualización en el ordenador personal de Irene, un *spyware* capaz de burlar los cortafuegos y esquivar a las alertas. El programa había revisado correos, espiado el acceso a redes sociales, consultado archivos y fotografías y no había encontrado nada. Irene no tenía presencia en las redes, no guardaba imágenes comprometedoras ni tampoco de las otras, todos sus mails eran de trabajo y la gran mayoría de sus visitas recientes

estaban relacionadas con la posible implicación de altos cargos de la Consejería de Urbanismo en el entramado de amigos y favores del constructor. Muchas visitas, muchas horas. Allí estaba, negro sobre blanco, tal y como Jorge había secretamente deseado, la información sobre lo que hacía Irene en su tiempo libre. A falta de nada más interesante que destacar, el informe incluía estadísticas sobre tiempos de conexión y actividades recurrentes; y todo era trabajo, mucho trabajo.

Estaba volviendo a guardar el informe cuando apareció Alberto.

—¡Lo tenías tú! —dijo aliviado.

—Dijimos que no lo íbamos a hacer —le reprochó con sequedad.

—No lo he hecho yo. Ha sido Díaz-Plaza. Lo mandó por mensajería el viernes y cuando fui a comentártelo ya te habías largado. ¿Lo has leído?

—Sí, lo he leído —reconoció Jorge. Era difícil mantener la altura moral cuando no había dudado un segundo en abrir el informe.

—Pinta mal. Me temo que habrá nuevos cargos.

—Sí, yo también lo temo —dijo, levantándose y recogiendo los documentos que pensaba llevarse consigo. El informe de Irene no, por supuesto.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tú, no sé. Yo me voy al juzgado.

—Jorge, nos jugamos mucho en esto —le advirtió Alberto antes de verlo salir por la puerta.

Como si no lo supiese.

El constructor estaba esperándolo a la entrada de los juzgados. Esta vez había acudido solo. Su hijo Enrique no le acompañaba.

—¿Ha visto lo que le envié? —preguntó nada más verlo. ¿Es que todo el mundo le iba a preguntar por el maldito informe?

—No, no he visto nada y no quiero saber nada. Le advertí que no complicase las cosas, Díaz. Está jugando con fuego. Violar la correspondencia de un cargo público, vigilarlo, seguirlo o cualquier otro tipo de intromisión que afecte a su intimidad es un delito castigado con pena de cárcel. Si va contra un juez, ningún otro lo librará de ingresar automáticamente en prisión. Cualquier magistrado respaldará a un compañero. ¿Comprende lo que le estoy diciendo? —dijo Jorge, tratando de amedrentar a Díaz-Plaza. No sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Tenía la cabeza dura. Esperaba hacerlo desistir.

Sus palabras parecieron surtir efecto en el constructor. Se rascó la calva, pensativo.

—Vaya, no lo había visto así. Seguro que sí... Esta gente se protege entre ellos. Y, de todas maneras, no creo que sacásemos nada de provecho. Dimitru llamó esta mañana y me ha dicho que se ha pasado todo el fin de semana revisando las contrataciones.

Jorge tomó aire.

—Díaz.

—¿Sí? —contestó el constructor perdido en sus propias cavilaciones.

—Deje en paz a la juez. Dígale al tal Dimitru que deje de espiarla. ¿No le habrá puesto cámaras?

—¿Eh? No, no. ¿Por quién me toma? ¿Cree que serviría para algo?

—¡Díaz! —casi gritó Jorge, cogiendo del brazo al constructor y echándose a un lado para apartarse de los grupos de gente que comenzaban a mirarlos con curiosidad—. Haga lo que le he dicho o abandonaré su defensa, ¿comprende?

El constructor se puso un poco mohíno.

—No hace falta ponerse así, y tampoco veo que me esté yendo tan bien.

Jorge casi deseó que le dijera que se marchaba. Alberto se daría de cabezazos contra las paredes, la situación financiera de los dos pendería de un hilo, sería complicado encontrar de la noche a la mañana a otro cliente como Díaz-Plaza. Por mal que le cayera, no podía permitirselo. Lo que tenía que hacer era controlarlo. No quería que nadie más supiese de los secretos de Irene.

—Es libre de buscarse otro bufete que lo represente. Decídase. Si trabajamos juntos, será con mis normas. Nada de vigilar a la juez Ávila.

Díaz-Plaza cabeceó.

—Está bien, está bien. Solo trataba de ayudar.

Ahora parecía de veras confundido. Jorge se daba cuenta, como muchas otras veces, de que ya no era solo que al constructor no le importase lo más mínimo vulnerar la ley, es que ni siquiera tenía conciencia de estar haciendo algo malo. Al menos parecía que, por esta vez, sus advertencias habían surtido efecto.

—Vamos dentro. La sesión debe estar a punto de comenzar.

Se dirigieron a la sala donde se celebraba la audiencia. El agente judicial les franqueó el paso. Irene ya ocupaba su lugar en el estrado y Jorge, junto con su defendido y los demás abogados y procuradores, se dirigió a su puesto.

—Una mujer tan joven... —murmuró el constructor arrellanándose en su butaca y sin quitar ojo de Irene—. No es normal. Debería estar pensando en casarse y tener hijos.

Jorge odió un poco más a Díaz-Plaza.

## Capítulo 18

La sesión no fue mejor ni peor que las anteriores. Irene permaneció tan grave y atenta a las declaraciones como siempre. En esta ocasión declaraban el arquitecto autor del proyecto y el representante de la empresa encargada de elaborar el plan de desarrollo y viabilidad. Ambos a requerimiento de Jorge Márquez. Sus testimonios no aportaron nada significativo al sumario. Se explicaron con claridad y profesionalidad, pero las irregularidades en la tramitación del proyecto siguieron quedando patentes.

En cuanto finalizó la vista, Irene salió directa hacia su despacho. No llevaba ni treinta segundos sentada cuando el secretario le anunció que tenía visita. Lo estaba esperando. La última vez, se aseguró a sí misma, una última vez para dejar rotundamente claro que jamás habría más veces. Estaba bajo control. Podía hacerlo.

—Irene...

Su nombre en su boca. Sin querer volvió a sonar tal y como él lo había murmurado. Tan cerca que su aliento al pronunciarlo le quemaba la piel. «Irene. Irene».

—No sigas. No hay nada de qué hablar.

El rostro serio. La tensión contenida. Era algo inherente a Jorge.

—Déjame al menos... Lo siento. Siento cómo ocurrió, aunque no que ocurriera. Siento si te hice sentir mal, si te sentiste violenta...

No quería oírlo. No quería pensarlo. No quería considerarlo siquiera.

—Vete, Jorge. Si lo que has estado buscando es usar este asunto contra mí, ya tienes lo que querías. Haz con ello lo que te parezca. Decidas lo que decidas, no iré más lejos.

Le dolió. Irene pudo verlo. No era la primera vez que le ocurría. Jorge era transparente en cuanto a sus emociones. ¿Y ella? A ella también le dolía, aunque no tuviese dificultad en ocultarlo.

—¿De eso crees que va esto? ¿Piensas que pretendo perjudicarte? — preguntó dividido entre la furia y la incredulidad—. Si se hubiese tratado de eso te lo habría echado en cara desde el principio. ¡No habría estado suplicándote por cada miserable cita!

—¡No lo entiendes, Jorge! ¡No me importa lo que quisieras o lo que creyeras! ¡No quiero continuar con esto! ¡No quiero!

Irene había ido alzando la voz y el silencio se hizo brusco y de golpe cuando terminó.

—Está bien.

Así de fácil. Jorge se rendía. Saldría de su despacho y todo habría acabado.

Le dio la espalda. Ya se marchaba cuando se giró y la enfrentó.

—¿Sabes qué es lo peor, Irene? Que yo te reconocí incluso en la oscuridad, pero tú nunca me ves.

No era verdad, quizá lo había sido al principio, pero no ahora. Ahora sí lo veía. Su imagen aparecía en cuanto bajaba la guardia. Su sonrisa cálida, su mirada franca y expectante, como si siempre esperase aún más de ella. Quizá se trataba de eso. Todo habría sido más sencillo si no hubiera tenido que verlo.

—¡Espera! —lo llamó, haciendo que se detuviese, su mano ya en el pomo de la puerta—. ¿Por qué estás tan seguro de que yo era esa mujer? Dices que estaba oscuro. Podía ser cualquiera.

Jorge se quedó observándola. Otra vez, por solo un segundo, volvía a parecer frágil y vulnerable. Y tampoco Jorge era tan duro como en ocasiones se empeñaba en demostrarse a sí mismo. ¿Qué más se puede perder cuando se ha perdido todo?

—Es difícil de explicar. Yo también me lo he preguntado muchas veces. Quizá fue porque, antes de encontrarte aquella noche, ya me había enamorado de ti.

La sinceridad tiene su propia fuerza. Las frases mejor expresadas, los razonamientos más elaborados, los argumentos más sólidos, nada es comparable a la simple y desnuda verdad. Irene estaba acostumbrada a oír muchas mentiras y Jorge a decirlas. Iba con la profesión. Debió de ser por eso, porque sus palabras eran ciertas, por lo que Irene las creyó. La firmeza de su resolución se tambaleó.

—Dame otra oportunidad, Irene.

Un par de golpes sonaron en la puerta. Irene vio el cielo abierto.

—¡Adelante!

Jorge se apartó, sintiéndose idiota como nunca antes en su vida. ¿Acababa de declararse a Irene Ávila en su despacho cuando ella lo estaba mandando prácticamente a la mierda? Esa tarde en el gimnasio dejaría que Eli le diese tan fuerte que lo noquease, a ver si así conseguía sentirse un poco menos estúpido o acabase ya idiota del todo. Lo que ocurriese antes.

—¿Interrumpo? —preguntó una voz femenina asomando la cabeza por el umbral—. El chico de otras veces no estaba y pensé que estarías sola. Puedo venir más tarde.

—No, mamá, pasa —dijo Irene con rapidez—. Ya habíamos terminado.

La madre de Irene le dirigió una sonrisa abierta y amplia. Jorge se habría sentido aún más violento —si hubiese sido posible— debido a la irrupción inesperada, pero la afabilidad de la mujer consiguió aminorar su malestar. Cuando recuperó el dominio, comprobó el parecido. Los mismos ojos castaños y expresivos, la misma belleza tranquila, conservada a través de los años y enriquecida con la experiencia y la plenitud de la madurez. Aunque no hubiese tenido ocasión de comprobarlo, Jorge estaba seguro de que también Irene se veía mejor ahora que a los veinte. Ambas compartían ese tipo de belleza.

—Te llamé y, como no cogías el teléfono, imaginé que estarías aquí todavía. ¿Un compañero tuyo? No nos han presentado. Soy Pilar Virgil, la madre de Irene.

Irene intervino antes de que Jorge tuviera ocasión de corresponder al saludo.

—No sabía que ibas a venir.

—Ha sido una idea de última hora. Tenía que hacer unas compras en el centro y pensé que podíamos comer juntas.

—Aún tengo cosas que hacer, mamá.

—Son las tres menos cuarto...

—Aún tengo cosas que hacer —repitió Irene, como si la hora fuese un argumento que careciese totalmente de validez.

—Esperaré. No tengo prisa —dijo su madre con resignación—. Saldré fuera. Lamento haber molestado —añadió, dirigiéndose a Jorge.

—No hay nada que lamentar —respondió Jorge—. Yo también salía.

—Claro, también tendrá que comer. Se me ocurre una idea, ¿por qué no se



une a nosotras y dejas eso tan importante que tienes que hacer para un poco más tarde, Irene?

—Es el abogado de un caso que estoy tramitando. No podemos comer juntos, mamá. —La voz helada de Irene se adelantó a una posible respuesta de Jorge.

—Ya lo ha oído —dijo Jorge, con una sonrisa que terminó de ganarse a la madre de Irene.

—Jueces... Compadézcame. Estoy casada con uno y soy la madre de otra. Jorge rio con la mujer. A Irene no le hizo la menor gracia.

—Aún no sé cómo se llama.

—Jorge. Jorge Márquez —dijo, tendiéndole la mano.

La mujer se la estrechó con calor, ignorando de paso la fulminante mirada que le dirigía su hija.

—Me ha encantado conocerle, señor Márquez. Y espero que tengamos ocasión de comer juntos más adelante. Seguramente ese juicio no dure eternamente. Si fuese con otro juez, pero con Irene...

—Mamá —interrumpió Irene, sintiendo deseos de llamar a seguridad para que desalojasen de inmediato a su madre del edificio.

—Me gustaría —dijo Jorge sonriendo. Al contrario que otra gente de dinero, Pilar Virgil parecía llana y asequible, mucho más asequible que Irene, no pudo dejar de pensar—. Ha sido un placer.

Su madre perdió su sonrisa social en cuando Jorge salió del despacho y la cambió por una expresión desolada.

—Por el amor de Dios, Irene. ¿Quién es este hombre y por qué lo dejas escapar?

Irene guardó silencio. No tenía respuesta para ninguna de las dos preguntas.

## Capítulo 19

Comieron juntas en un pequeño restaurante de la calle Simancas. Un comedor con solo una docena de mesas, decorado en anaranjados tonos cálidos, que ofrecía comida mediterránea y que a su madre le encantaba.

—¿Y de qué dices que conoces a ese abogado que estaba en tu despacho?

Procuraba ser discreta e Irene no estaba segura de si habría oído el final de la conversación, pero aunque así fuese, su madre sabía que Irene guardaba celosamente su intimidad. Confiaba en que no comenzase un interrogatorio que no la llevaría a ninguna parte.

—Defiende a un constructor. Está imputado en un caso de recalificación irregular de terrenos.

—Ajá —dijo su madre.

También ella había estudiado durante un par de años la carrera de derecho, pero por imposición de su familia. Quiso matricularse en Bellas Artes, pero su padre le dijo que si la dejaba ir a la universidad era para estudiar algo serio. Eran los setenta, Bellas Artes parecía demasiado peligroso. Pilar lo intentó, pero las leyes no eran lo suyo. En cambio, le sirvió para conocer a su marido, Tomás, el padre de Irene. Fue un noviazgo largo y aburrido hasta que se sacó la plaza, también Tomás pasaba muchas horas encerrado estudiando, pero lo quería, y esperaba que Tomás sintiese lo mismo por ella. Pilar lo suponía. Era difícil saberlo con certeza. Su marido era frío y reservado e Irene había salido a él.

—Pues parece agradable.

Irene se abstuvo de hacer comentarios. Agradable era el aire acondicionado que refrigeraba el restaurante y las aliviaba del calor mortal del mediodía de junio en Madrid, lo de Jorge era algo bien distinto.

—Me recuerda un poco al chico este que estuvo tanto tiempo detrás de ti, ¿cómo se llamaba? ¿Marcos?

Irene se quedó con el tenedor en el aire.

—No se parece en nada a Marcos.

—No físicamente. Es otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

Su madre se encogió de hombros.

—No sé, me pareció que te miraba como te miraba Marcos.

Irene se sintió un poco traicionada. Acababa de conocerlo y su madre ya se ponía del lado de Jorge.

—Solo lo has visto cinco minutos, mamá. No sabes nada de él.

—No sé nada de él, pero es de los que gustan a primera vista, ¿o no?

Irene volvió a callar. Había decidido que no iba a pensar en Jorge. Lo hacía cuando se enfrentaba a algo que no quería afrontar. Fijaba su atención en otra cosa y el problema dejaba de existir. Por un tiempo. En el caso de Jorge, no parecía dispuesto a dejar de existir.

Su madre cambió de tema ante el silencio de Irene y se puso a hablarle de sus planes para el mes de agosto. Estaba intentando convencer a su marido para que viajasen a Madagascar en vez de ir a Mallorca como todos los años. Había visto uno de esos programas, *Callejeros Viajeros* o *Madrileños por el mundo*, y desde entonces la idea no se le iba de la cabeza.

—Si no lo hacemos ahora, ¿cuándo lo vamos a hacer? ¿Tú crees que estoy loca? Cuando se lo digo a tu padre me mira como si estuviese loca.

Irene no pensaba que estuviese loca. Su madre se había pasado la vida entera cuidando de los dos, del padre y de la hija. Los dos demasiado ocupados en sus propios asuntos, los dos siempre con algo más importante que hacer que sentarse a disfrutar tranquilamente de una buena comida o salir un fin de semana sin ningún propósito concreto, solo por el puro espíritu de aventura.

—Suena fantástico, mamá. Creo que deberíais ir. Dile que, si no va, te irás tú sola.

—¿Y crees que eso funcionará? Me veo en el aeropuerto arrastrando mi orgullo a la vez que las maletas —dijo su madre un poco amarga.

—No lo creo. Sí que funcionará. Ya sabes cómo es. A veces hay que ponerlo entre la espada y la pared para que termine cediendo.

—Eso es cierto. Es algo que los dos tenéis en común —apostilló su madre, buscando el cruce de miradas—. No me vas a contar nada del abogado, ¿verdad?

Irene bajó los ojos.

—No hay nada que contar, mamá.

—Nunca lo hay. Recuerdo a aquel hombre con el que te vi una vez. Ni siquiera quisiste decirme cómo se llamaba...

—Se llamaba Alex. No era nadie importante.

—Alex... Alex no me gustó.

—Me lo dijiste.

—Pero tú no. Tú no me dijiste nada. Me gustaría que hubiera algo que pudieras contarme, Irene —dijo su madre, dando la batalla por perdida. Sabía que cuando su hija decidía callar no había nada ni nadie que le hiciese cambiar de opinión.

Irene se sabía culpable de esos y otros silencios, y quizá por eso, y para compensarla, fue por lo que accedió a pasar toda la tarde de compras. Pilar decidió que iba a hacerle caso y que sus vacaciones en Madagascar eran cosa hecha y compró ropa pensando en el viaje para ella y para su marido —por si Irene acertaba y al final conseguía embarcarlo—. También se empeñó en comprarle algo a Irene. Un vestido en crepé de seda rojo frambuesa sin mangas, con un gran escote en uve que se sujetaba solo con dos tiras cruzadas detrás del cuello y que no se parecía a nada que Irene hubiese considerado vestir. Pero su madre se encaprichó y no quiso quitarle el gusto.

Regresó a casa cuando ya estaba atardeciendo, cargada de bolsas y tras despedirse de su madre, que la abrazó como si se marchase ya a Madagascar. Guardó las compras en uno de sus perfectamente ordenados armarios, se quitó los zapatos de tacón y se sentó en el sofá sin encender las lámparas. La habitación estaba todavía en penumbra, pero por poco tiempo. La tarde continuó cayendo y la luz se desvaneció hasta extinguirse. La sala se quedó a oscuras.

Irene respiró hondo. La oscuridad la hacía sentir bien. Le resultaba más sencillo relajarse, se concentraba mejor y pensaba con mayor claridad.

En la oscuridad le era más fácil dejar de rehuirse a sí misma e intentar recordar cuándo y cómo se había encontrado por primera vez con Jorge Márquez.

## Capítulo 20

No habría podido dar ni siquiera una cifra aproximada de con cuántos hombres había estado desde que le dijo «sí» a aquel primer desconocido. La inmensa mayoría no eran nada, no había ni un solo detalle que los distinguiera de cualquier otro, pero algunos, unos pocos, sí tenían nombre y una historia detrás.

A Javier lo conoció cuando aún no iba a la universidad. Fue él quien se fijó en ella. Irene no hacía nada para llamar la atención. Entonces, como ahora, solía vestir discreta. Ya era reservada, sacaba las notas más brillantes, nunca bebía, no fumaba. Se relacionaba con los demás, pero sus amistades eran todas superficiales. No calaban, no profundizaban. El contacto terminaba cuando acababan las clases. Predominaba la opinión de que era estirada, aburrida, también de que se consideraba por encima del resto. Quizá porque de hecho lo estaba, aunque evitase hacer alardes.

Javier vio más allá que ellos. Irene tuvo ocasión de observarlo con el tiempo. Era como si emitiese una señal silenciosa que solo algunos escuchaban. Algunos como Javier.

La abordó un día a la salida de los cines. No era raro, iba siempre sola, le dijo que la había visto más veces. Se lo planteó a los cinco minutos de conversación. Era diez años mayor que ella. Era atractivo. Era directo. Irene le dijo que sí. Solo le puso una condición. Tenía que ser a oscuras.

Javier no solo aceptó, sino que no se sorprendió lo más mínimo, y ya desde el primer día quedó claro cómo iba a ser. Él decidía y ella se dejaba hacer. Con el tiempo Javier terminó cansándose, dijo que no quería seguir con aquello, que lo hacía sentir mal, que con Irene no era divertido. También es que había conocido a otra más animada que Irene. La verdad es que no era mal tío y, de todos, fue el único por el que llegó a sentir algún aprecio. En cierto sentido se preocupaba por ella. Antes de cortar definitivamente le sugirió que

consultase con algún especialista.

Irene lo ignoró. Ya había tratado con una especialista. Su madre había insistido, su padre había dicho que no lo creía necesario. Al final su madre se salió con la suya e Irene obedeció. Acudió a la consulta y respondió a las preguntas con las que aquella mujer trató de ganarse su confianza con las mismas mentiras que les había contado a todos. El informe indicaba que el perfil psicológico de Irene, su madurez y su elevado coeficiente intelectual hacían difícil determinar si era o no sincera.

Tras cortar con Javier vino la peor etapa. Tuvo varios líos, uno detrás de otro. Amigos de amigos. Alex era uno de ellos. Su madre se los encontró un día por el centro y se quedó asustada. La bombardeó a preguntas que Irene esquivó. Que si parecía mayor para ella, que si era solo un amigo por qué no lo traía a casa y se lo presentaba.

A partir de entonces evitó aún más cualquier posibilidad de dejarse ver. Nada de salidas, nada de lugares públicos.

A través de Alex conoció a Marc. Fue Marc quien la introdujo en el ambiente de los clubes de intercambio, tras preguntarle si le importaba que mirase mientras lo hacía con otros. Irene le dijo que no, que no le importaba. Marc le vendaba los ojos y después ya le daba igual lo que pasase. En los sitios a los que Marc la llevaba la cocaína, el éxtasis o el polvo de ángel corrían de mano en mano. Irene no lo necesitaba, y aun así sus recuerdos de aquella época eran inconcretos, abstractos, borrosos, mezclados. Los cuerpos anónimos, desconocidos, uno, dos, más..., con frecuencia era incapaz de precisar el número exacto. Las manos apresuradas reclamándola, a veces suaves, a veces rudas. La promiscuidad, el dolor, el cansancio, el placer... El placer. El placer era secundario. No lo hacía por el placer. No buscaba el placer. En ocasiones sucedía, inesperado, punzante, y eso lo ensuciaba todo aún más. Lo hacía aún más vergonzante.

Cuando volvía a casa y se duchaba, veía las señales. Moratones y cardenales marcaban los lugares más insospechados de su cuerpo. Irene los observaba con calma, no era muy distinto de cuando entrenaba. De vez en cuando las cosas se descontrolaban, se encontraba haciendo algo que realmente no deseaba hacer. Un día le dijo a Marc que lo dejaba. Él dijo que no le creía, que estaría esperando a que cambiase de opinión.

Irene se juró a sí misma que antes se dejaría atropellar por un autobús que volver a recurrir a Marc, y lo cumplió. Tiró la tarjeta del móvil a la basura y

se compró uno nuevo para no ver sus llamadas. Nunca le había dicho donde vivía, así que no fue tan difícil. Cortó con todo, al menos durante un tiempo. Se licenció *cum laude* y comenzó a preparar las oposiciones. Se encerró en su cuarto. Estudiaba una media de doce horas al día. Era compulsiva en todo lo que hacía. Su madre la miraba preocupada. Su padre decía que la dejase a su aire, que Irene sabía lo que hacía, que nada que en el fondo valiese la pena era fácil. Su padre confiaba ciegamente en ella. Esperaba que llegase al menos tan lejos como él.

Irene callaba y estudiaba. Solo en contadas ocasiones sentía que no podía más con todo y regresaba a los clubes. Sola. Fue una mejora. No dependía de Marc, ni de Javier, ni de Alex ni de ningún otro. Todo era rápido, silencioso, oscuro. Sus parejas por lo general eran consideradas, más o menos bruscas, más o menos apresuradas, lo más frecuente es que fuesen muy apresuradas. Mejor. Así terminaba antes.

Cuando consiguió la plaza fue una liberación y a la vez una responsabilidad. Había recaído muy pocas veces desde entonces. Contadas con los dedos de una mano. Sin embargo, los recuerdos se mezclaban, se superponían. En cierta manera, tan pronto salía de allí era como si no hubiese ocurrido. Solo contaba el antes, el momento, las horas, los días en los que vacilaba hasta que por fin acababa cayendo de nuevo. Podía ser por alguna razón específica: una mala racha, una circunstancia especialmente estresante, pero no siempre habría sabido señalar el motivo.

Tampoco habría podido poner rostro ni ningún otro rasgo que caracterizara a aquellos hombres. Estaba oscuro, siempre estaba oscuro. Irene elegía a propósito esos lugares.

Y Jorge decía que la había reconocido.

Se había dicho que no había diferencia, que todas las veces eran lo mismo. Pero no era cierto. Pronto haría un año y aún recordaba la última vez.

«¿Cómo te llamas?».

«No quiero nombres».

Irene vaciló. Temió estarse dando solo una mala excusa. Un escape para volver a aceptar.

«Confía en mí».

Cada vez que había confiado había terminado siendo un tremendo error.

«Yo te reconocí incluso en la oscuridad, pero tú nunca me ves».

Nunca veía, nunca miraba, no quería saber. Sin embargo, sin embargo...

Su frente contra la suya en el callejón. Su forma de besarla. Su dulzura antes de que se desatase la urgencia, la tempestad.

Aquello había sido distinto.

Cogió el móvil. No tardó en encontrar la llamada perdida del viernes anterior. No tenía muchas llamadas. Solo su madre y él.

Aún dudó un segundo, debatiéndose entre el temor a equivocarse y la tentación de arriesgarse, de arriesgarse de verdad y por una buena razón, por algo que mereciese la pena, por ella misma y sus propios deseos, no por los de otros.

Irene era muchas cosas y no todas buenas. A veces autodestructiva, intransigente, más con ella misma que con los demás. Débil y cobarde no estaban en la lista.

Escribió un mensaje, escogió a Jorge como destinatario y le dio a enviar.

*Quiero verte.*



## Capítulo 21

Se había tomado al pie de la letra su propósito y había consumido la tarde empleándose a fondo en el gimnasio. Eli había aceptado el reto y Jorge había encajado tantos golpes como los que había repartido. Al terminar su instructor lo había felicitado y le había dicho que estaba mejorando mucho en cuanto al control y la forma de encauzar la agresividad y los sentimientos negativos. Después se había pasado veinte minutos en la ducha, solo con el agua fría, porque todavía tenía sentimientos negativos para dar y regalar. Durante todos estos meses el sexo se había convertido en un modo rápido de aliviar la frustración. Ahora no, ahora la frustración se llamaba Irene y no conseguía que ni el *krav magá* ni el trabajo ni ningún otro cuerpo que no fuese el suyo ocupase el espacio que ella había invadido.

Se fue directo hacia el apartamento y al llegar encendió la televisión para oír las noticias y que el rumor de fondo neutralizase un poco el vacío que sentía. Miraba sin ver los deportes cuando el aviso de mensaje sonó en el móvil. Lo atendió por inercia.

Dos palabras. Solo dos palabras. *Quiero verte.*

Cuando creía que todo estaba perdido. *¿Dónde?*

El móvil volvió a sonar con un timbre corto y una vibración. En la pantalla apareció una dirección. Tardó en salir lo que se tarda en coger las llaves del coche e introducir los datos en el GPS. Cuando llegó frente al chalet, en una urbanización tranquila y cerrada en la que lo único que se escuchaba era ladrar al perro de algún vecino, se encontró con que todas las luces estaban apagadas.

Llamó al portero y la cancela de fuera se abrió con un clic seco. Irene lo recibió junto a la puerta de entrada.

—¿Te importa si no doy las luces?

Jorge tragó saliva. Su silueta recortada contra la oscuridad. Su melena

larga, su vestido claro, su voz insegura. Irene. Irene en la sombra.

—No, no me importa. Es tu casa.

—Gracias —dijo ella, reconociendo esa amabilidad mínima.

Las ganas de besarla y desnudarla apenas lo dejaban pensar en otra cosa, pero venía dispuesto a esperar cuanto fuese preciso. Todos estos últimos días había maldecido las prisas, el ansia, la impaciencia que lo había llevado a avasallarla contra la pared del callejón. Lo había estropeado todo al dejarse arrastrar por la condenada urgencia, cuando lo que quería era amarla sin pausa desde el anochecer hasta el alba. Algo así se había estado diciendo y cada vez que lo pensaba se sentía una mala copia de alguno de esos cantantes melódicos que tanto gustaban y que él aborrecía.

Quizá fuese más acertado decir que lo que quería era volver a tener sexo con Irene de día o de noche, con la luz encendida o apagada, pero, ante todo, lo que no quería, lo que no soportaría, era que volviese a rechazarlo.

—¿Has cambiado de opinión? Respecto a nosotros.

Nosotros. Sonaba bien, aunque no existía un «nosotros». No todavía.

—Aún no. Pero pensé que debíamos hablar.

—Hablar. De acuerdo. ¿De qué quieres que hablemos?

Ella vaciló.

—Sobre lo que me dijiste.

—¿Sí?

—Es verdad. He ido a lugares donde tenía sexo con desconocidos.

A pesar de saberlo, fue igual de impactante oírlo e incluso lo hizo sentir mal. Porque si no la hubiese presionado no habría tenido que reconocerlo.

—No tienes que darme explicaciones —dijo, aunque ya fuese tarde para rectificar.

—No se trata de eso —negó ella—. No pretendo justificarme ni disculparme. Solo quería que supieras que no te reconocí. Para mí ninguno de esos hombres significaba nada. No recuerdo a ninguno. No los veía, no los miraba, no quería verlos.

No podía distinguir su expresión, pero sus palabras tenían el matiz grave y pausado de quien, tras negar una y otra vez la evidencia, finalmente se reconoce culpable y al hacerlo halla en ello una liberación que no esperaba. Además, ¿quién mejor que Jorge para comprenderla? Tampoco las mujeres con las que se relacionaba en los aseos o en los cuartos de mantenimiento tenían rostro una vez que se había despedido de ellas.

—Lo entiendo.

—Hace ya más de... —Irene se interrumpió—. Hace mucho tiempo desde la última vez. No quiero volver a hacerlo. No voy a hacerlo.

—No quiero que lo hagas —respondió con rapidez. El pulso acelerado, conteniendo a duras penas la necesidad de besarla y abrazarla, de decirle que no deseaba hacerle ningún reproche, que lo único que quería era que nadie más la tocara, que nadie más la viera, que solo la quería para él.

Irene asintió.

—Está bien. Entonces creo que me gustaría intentarlo.

Jorge vio el cielo abierto. Sí, también a él le gustaría intentarlo, pero Irene continuó antes de que le diese tiempo a replicar. Era una decisión importante para ella. No quería actuar a la ligera. Estaba dispuesta a correr el riesgo de equivocarse, pero no el de recaer en pasados errores.

—Solo algo más. Si digo no es no. Dime que lo aceptarás.

—Lo aceptaré.

El silencio se hizo sólido. La distancia entre ellos era corta pero consistente. Una barrera que había que sortear. Jorge no dudó en saltarla.

—Irene, ¿puedo besarte?

¿Cómo de largo se puede volver un segundo?

—Sí.

Su boca lo recibió con un suspiro largo. Él lo apagó con sus labios. Por fin. De nuevo. Ahora y a oscuras. Ella se hundió en su caricia lenta, en su beso intenso y profundo. Los ojos cerrados. El latido resonando fuerte y acompasado, arriba, muy arriba en su pecho.

—¿Puedo acariciarte? —le preguntó junto a su boca.

Irene se estremeció. No había pretendido eso. No necesitaba aclarar cada punto, negociar cada respuesta. Sin embargo no lo corrigió y volvió a responder.

—Sí.

Sus dedos recorrieron su espalda provocándole un escalofrío. Solo un roce. Solo decenas, cientos de terminaciones nerviosas sobreexcitándose y transmitiendo mensajes: calor, expectación, placer.

—¿Quieres que te desnude?

La voz seca por la anticipación y el deseo apenas contenido de él le secó su propia voz.

—Sí, sí quiero —respondió ahogada.

La cremallera abriéndose lenta, muy lentamente. Jorge despojándola del vestido, haciendo que la tela resbalase por su cuerpo, bajando el tirante del sujetador.

—Irene —suplicó.

—Sí —gimió ella antes de que él inclinase la cabeza hasta su pecho y sus dientes le mordiesen, poco, muy poco, allí donde la piel era aún más fina y sensible que en el resto de su cuerpo.

Jorge perfiló con la lengua la débil marca antes de mojar de saliva sus pezones. Quería lamerla y acariciarla entera. Despacio y a ciegas, aunque muriera por clavarse a ella y que le suplicase, le gritase, que por favor, por favor, entrara dentro de ella.

Lenta, lánguidamente, tiró del elástico de las bragas para bajárselas. No del todo, solo lo suficiente. Solo lo justo para deslizarse sin trabas entre la piel y el tejido y que la caricia del vello le cosquillease entre los dedos.

Irene apretó con más fuerza los párpados. Era un acto reflejo, igual que el que experimentaba cuando él la tocaba. Pequeñas fibras que se expandían y contraían con independencia de su voluntad, haciendo que se fundiese, se derritiera entre los dedos de Jorge. El deseo, la pulsión, anulando cualquier otra consideración.

—Dime dónde quieres hacerlo, Irene —le pidió con la voz enturbiada.

—Aquí —contestó. No necesitaba irse más lejos. No le hacía falta una cama, ni siquiera algo blando. No precisaba de delicadezas. No cuando estaba oscuro y el calor y el deseo lo ocupaban todo.

—Túmbate en el suelo —dijo él. La excitación vibrando tras cada palabra.

Ella lo hizo, se quedó tendida a sus pies junto al vestido caído. Jorge la contempló a la escasísima luz que se filtraba del exterior. El pelo suelto y su silueta delineándose contra la fría superficie de mármol. Pero no más de un instante, enseguida se arrodilló a su lado. Apresurado, se sacó la camisa a medio desabotonar y se soltó la hebilla del cinturón mientras la vista se le iba hacia el punto de fuga que eran sus bragas a medio bajar.

Se quitó el resto de la ropa y, sin poder aguardar más, llevó las manos a ambos lados de los muslos y le bajó un poco más las bragas antes de probarla con la lengua.

Irene gimió. Hacía demasiado que lo evitaba. Los sentimientos eran abrumadores y contradictorios. Desde muy joven había convertido el mero hecho de sentir placer en algo vergonzoso, denigrante, sucio. Dolorosamente

gozoso. Cuanto más sucio, más aniquilante, más desolador, más absoluto. Más sin sentido también, más efímero y vacío.

Pero sabía que no tenía por qué ser así y aquellas caricias no la hacían sentir sucia, las manos que reposaban en sus costados no la violentaban, y aquel avance lento la excitaba de un modo que le hacía querer, y a la vez no querer, que llegase a su fin.

Jorge se detuvo cuando la sintió peligrosamente palpitante. No lo pretendía. No aún. No sin él. Puede que fuera egoísta, pero deseaba sentirla entre sus brazos cuando todo su cuerpo se estremeciera, sentirla bajo su cuerpo, como aquella otra vez.

La besó compartiendo en su boca la sal de sus labios y le hizo notar contra su sexo la tensa rigidez del suyo. Estaba tan duro que cualquier roce era una tortura.

Irene se onduló contra él. Eso era más de lo que cualquier ser humano podía razonablemente soportar.

—Dime que tú también lo quieres.

—También lo quiero.

—¿Cuándo? —le preguntó, mordiéndole la boca y empujando más fuerte contra ella.

—Ahora —sollozó Irene.

Jorge no se lo hizo repetir. Se hundió entre sus piernas y avanzó hasta que sus cuerpos encajaron por completo el uno en el otro y resultó imposible ir más adelante. Ella gimió y Jorge sintió el temblor que la sacudió, pero la abrazó con más fuerza y todavía intentó adentrarse más profundamente en ella. Todo su peso contra Irene y su cabeza apoyada en la suya, aguardando a que su agitación pasase.

Entonces la miró. Los ojos cerrados con fuerza, la boca abierta, la respiración acelerada. La deseaba tanto que dolía. Pero había algo más que también deseaba.

—Irene.

No contestó y la sintió tensionarse anhelante contra él.

—Irene, abre los ojos, por favor.

Ella tragó saliva y se mojó los labios resecaos.

—Mírame —suplicó.

Irene abrió los ojos y se encontró con los de él a apenas escasos centímetros.

—Te veo —anunció con voz que temblaba.

Entonces él la besó una vez más antes de comenzar a empujar inclemente contra ella, entrando y saliendo, sin dejar de mirarla, para verla arquearse, boquear y gemir de placer y estremecerse juntos cuando ya fue imposible evitarlo por más tiempo.

Él se quedó vencido, pero aún conservaba fuerzas para besar una y otra vez sus labios, sus sienes, su cuello.

Irene abrió los ojos y lo miró. No había podido evitar volver a cerrarlos. Pero no importaba. Ahora lo veía. Lo reconocía. Y se lo debía. Le debía esa verdad.

—Jorge, te mentí.

Sus besos se interrumpieron. Irene notó su crispación, pero no quería seguir adelante con más mentiras.

—¿Cuándo?

—Cuando te dije que no recordaba a ninguno de los hombres con los que había estado.

Jorge esperó. Sus palabras doliéndole antes de haberlas escuchado.

—Te recuerdo a ti.

## Capítulo 22

Ahora tenía la certeza. Recordaba bien que había sido en un local medio escondido por la zona de Capitán Haya. Un sitio pequeño y poco conocido. Nada que ver con las grandes salas con luces de neón en la puerta y página web propia que ofrecían una especie de parque de atracciones del sexo a parejas o singles en busca de nuevas emociones. Irene nunca habría ido a esos lugares.

Tampoco debía haber estado allí. Tenía su trabajo, tenía su casa, tenía su vida tal y como quería vivirla y no echaba nada más en falta. Pero pasó por una época en la que le dio por pensar que se sentía sola. Y no es que fuera allí buscando compañía. Lo último que encontrabas en esos sitios era compañía, como mucho compartías aislamiento. No, no se trataba de eso. Era únicamente que, a veces, los recuerdos, las decisiones tomadas, las elecciones realizadas volvían; y se daba cuenta de que había demasiadas cosas que había hecho mal. Y era entonces —cuando se sentía culpable, presionada, insatisfecha—, cuando la idea giraba una y otra vez en su cabeza. La alternativa fácil. La tentación. La pulsión que alimentaba y a la vez mantenía férreamente a raya para que no afectase a todo lo demás.

Debía ser algo parecido a lo que experimentaban los ludópatas o los adictos al riesgo. No se trataba tanto de la recompensa, de las improbables ganancias, como del acto mismo, la emoción, el peligro, el juego solo por el juego. Por más que luego todo resultara ser rápido, vacío, banal.

Excepto aquella noche. Aquel encuentro había comenzado más o menos como siempre. Las prisas, la urgencia. En ocasiones todo era tan acelerado que algunos terminaban antes de empezar. Él también había comenzado así, pero después de preguntarle el nombre —el nombre que ella no le había querido dar— su actitud cambió. Su forma de besarla se volvió más dulce, sus caricias más lentas, su fuerza más contenida. Su fuerza. Aún en la oscuridad

podía advertirla y reconocer la voluntad y el control de quien ha acostumbrado a su cuerpo a soportar el cansancio e ignorar el dolor. Lo sabía porque ella también lo había hecho.

No todos los hombres actuaban igual. Los había rudos, los había amables, demasiado amables incluso; pero todos, incluso estos últimos, compartían algo. Solo pensaban en sí mismos. Irene no se lo reprochaba. Tampoco a ella le importaban lo más mínimo.

Jorge había hecho que fuese distinto, como si Irene fuese única y especial. Entonces no lo había entendido. Incluso, en cierto modo, le había desconcertado y dolido. ¿Ahora también se iba a dejar afectar por el primero que le regalase un poco de cariño? Había salido de allí huyendo y volviéndose a decir que nunca, nunca más. Y hasta entonces lo había cumplido.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó, estrechándola contra sí, tumbados en la cama. Se había sentido tan eufórico cuando Irene había dicho que lo recordaba que no había tenido más remedio que volver a hacerle el amor; y por eso habían ido a parar al dormitorio, porque, aunque a veces pudiese parecer lo contrario, Jorge no tenía nada en contra de un buen colchón.

—No antes de que me lo dijeras. En realidad, hasta hace un rato no estaba del todo segura.

—¿Se supone que quieres halagarme y que piense que soy especialmente memorable? —dijo, entrecerrando los ojos con fingida suspicacia.

—¿Necesitas que te halague?

—No, no lo necesito —negó, hundiendo la mano entre sus cabellos. Y era sincero, no necesitaba nada más. No ahora que la tenía a ella.

O casi nada. Había algo más que sí hubiera deseado, pero Irene había sido muy clara. Por eso quería saber.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Pregunta.

—¿Por qué a oscuras?

Irene se sorprendió. No era la pregunta que esperaba. Pensaba que se referiría a los clubes, a los hombres, a cuántos, a quiénes, a cómo... Pero Jorge había ido directo al grano. Ella dudó. Pero de veras quería intentarlo. Quería empezar de cero, así que no más mentiras. No más secretos.

—Fue a causa de Germán.

Lo dijo así, como si todo el mundo tuviera que saber quién era Germán y por qué todo había sucedido por su culpa.



—¿Germán?

—Fue uno de mis entrenadores. Estuve muchos años practicando gimnasia artística. Desde niña. A él lo conocí a los quince.

—Ya.

Su voz sonó dura, imaginando lo que vendría a continuación. Lo cierto es que no costaba imaginarlo. Cuando se produjo la denuncia, muchos lo imaginaron o lo temieron. Irene comprendió que Jorge se apiadaba de ella, que juzgaba ya a Germán y la libraba a ella de cualquier responsabilidad, dando por hecho que se había aprovechado de su posición de confianza y de la ventaja que le daba ser un adulto, pero no era así de sencillo.

—No fue solo culpa suya. No del todo. No me obligó. ¿Entiendes lo que te quiero decir? —dijo tratando de explicarse. Quería que Jorge comprendiese—. Yo lo admiraba y lo respetaba. Confiaba en él. Creo que también estaba enamorada —añadió en voz más baja. No solo la hería reconocerlo, además aquel sentimiento le parecía ahora tonto e infantil—. Era una cría, sí, pero no era estúpida. Sabía lo que hacía. Sabía que no estaba bien, pero aun así... Aun así seguí haciéndolo.

—¿Qué te hacía, Irene? —preguntó con amargura. No importaba lo que le dijese. Odiaba ya con todas sus fuerzas a esa asquerosa sabandija que había abusado de ella cuando tenía quince años.

Irene tardó en contestar.

—Me vendaba los ojos. Me desnudaba. Me tocaba. Me hacía tocarlo.

Jorge se debatió entre la rabia y el deseo de romper algo y estamparlo contra la pared —algo con lo que fingir que lo que estrellaba era la cabeza del cabronazo del tal Germán— o abrazar y tratar de consolar a Irene. Ganó lo segundo.

—Lo siento. Lo siento de veras.

Ella negó y se apartó un poco, como si no mereciese su consuelo.

—No termina así. Otra de las chicas lo denunció. La federación lo apartó cautelarmente y hubo una investigación.

Irene volvió a esos días. Su madre preocupada e inquieta, acosándola a preguntas y mirándola sin cesar a los ojos. Su padre diciendo que confiaba por completo en ella y afirmando que estaba seguro de que, si hubiese tenido conocimiento de algo extraño, habría sido la primera en denunciarlo.

—¿Y...?

Alzó los ojos y le miró.

—Y no lo denuncié. Cuando me preguntaron lo negué todo. Dije que siempre había sido respetuoso, correcto y profesional conmigo.

La voz de Irene sonaba llena de arrepentimiento y Jorge sintió su desolación.

—¿Por qué?

—Porque me empeñé en decirme a mí misma que no me había engañado, porque no quería defraudar a mis padres, porque me negaba a reconocer que me había utilizado y que solo era una más entre quién sabe cuántas. Y lo peor es que no hubo ninguna consecuencia. Comenzaron a decir que la chica que lo había denunciado tenía envidia porque la había dejado fuera de la competición, y al final la denuncia se archivó por falta de pruebas.

—¿Y siguió entrenando a más chicas? —dijo Jorge, comenzando a vislumbrar la compleja mezcla de sentimientos encontrados y culpa que asolaba a Irene.

—No —negó ella—. Se libró del juicio, pero a raíz del escándalo decidieron apartarlo del puesto.

—Entonces no continuó como si tal cosa.

—Pero yo debía haber dicho la verdad. Debí hacerlo.

—¿Y nunca lo contaste? ¿Ni siquiera más adelante? ¿A nadie?

—No. Enfermó de cáncer poco después. Murió en menos de un año. Pensé que ya no tenía sentido. No habría servido de nada. Era tarde.

Tarde para intentar rectificar. Tarde para haberlo rechazado la primera, la segunda o cualquier otra vez; o para haber pedido ayuda. Tarde para demostrar que podía haber estado a la altura.

—Eras muy joven, Irene.

—Era joven, pero sabía que obraba mal.

—No le hizo daño a nadie más. Murió.

—Pero eso no cambia nada.

—Todos cometemos errores.

Ella sonrió débilmente.

—¿Estás ejerciendo mi defensa?

—Si lo necesitas, sí.

Y volvió a estrecharla contra sí. Habría querido protegerla de cualquier mal, de quienes la utilizaron, de los que se aprovecharon de su vulnerabilidad, de sí misma. Nada iba ya a cambiar eso, pero podía comenzar a partir de ahora e intentar hacerla feliz.

—¿Y tú? Aún no me has contado qué hacías allí, aparte de lo obvio, claro está. Podrías estar con cualquiera.

No quería a cualquiera. La quería a ella.

—Era idiota.

Aunque fue muy bajito, Irene se rio y con solo ese pequeño gesto hizo a Jorge absurdamente feliz por haber apartado, aunque solo fuese por un segundo, su tristeza.

—¿Y ya no?

—No, ya no.

—¿Y no hubo ninguna otra razón? ¿Diste conmigo solo por casualidad?

—Sí. Ya te dije que creía en las coincidencias.

—Eres un hombre con suerte.

—Ahora sí —dijo, volviendo a besarla.

Y la prueba más clara de que le sonreía la fortuna la tuvo toda esa noche, compartiendo su sueño y su calor tibio, durmiendo a su lado, juntos y en una misma cama.

## Capítulo 23

Jorge se quedó apoyado en el umbral de la puerta contemplando a Irene. La había echado en falta en cuanto abrió los ojos y comprobó que ya no estaba a su lado. Miró la hora y solo pasaban unos pocos minutos de las siete y cuarto. Se preguntó qué estaría haciendo y dónde y acababa de encontrar la respuesta.

De espaldas a él, en la habitación iluminada por el sol que asomaba deslumbrante en el horizonte, realizaba sus ejercicios. Cierto que estaba loco por ella, pero, locura aparte, le pareció que todos y cada uno de sus movimientos transmitían belleza, armonía, serenidad. Era difícil e incluso doloroso conjugar esa imagen con lo que ella le había contado la noche anterior.

Debió notar que la observaba. Irene se volvió, se detuvo y Jorge habría jurado que incluso se ruborizó.

Y así era. Irene sintió el calor subirle de golpe y no solo al rostro. En parte por verse sorprendida, pero también porque lo único que llevaba Jorge eran los bóxers. Una cosa era sentirlo, imaginarlo en la oscuridad y otra tenerlo allí delante, casi completamente desnudo. Trastornaba.

—¿Desde cuándo llevas ahí? —preguntó, tratando de mirarle a los ojos y no a los abdominales, a los oblicuos, ni a otros lugares aún más perturbadores.

—Acabo de entrar. No quería interrumpirte. Sigue —respondió sonriente. La oscura barba naciente le sombreaba las mejillas y, junto con esa sonrisa, le daba un aire un punto desastrado y canalla del todo irresistible.

—No. Creo que voy a dejarlo por hoy.

—No lo dejes por mí. Me gusta mirarte.

—No me gusta que me miren. —Y era verdad, la ponía nerviosa.

Jorge cruzó los brazos por delante del torso desnudo. Irene pensó que, puestos a mirar, prefería mirarlo a él.

—Pero antes competías, ¿no?

—Antes.

Jorge levantó las manos cediendo.

—Está bien. Comprendido. Nada de miradas.

Así que, en lugar de mirarla, la atrajo hacia él por la cintura y se dedicó a besarla. Irene cerró los ojos y se colgó de su cuello. Primero fue un encuentro tentativo y suave; sus labios, las lenguas, despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para estar solo besándose. Luego, inevitablemente, la temperatura fue subiendo. A Irene se le ocurrió que probar a Jorge era como probar tu helado favorito. Empezabas diciéndote «solo un poco más» y en cuanto lo saboreabas te dabas cuenta de que jamás tendrías suficiente.

Un teléfono sonó en la otra habitación. Era el de Jorge y él hizo como si no lo escuchara.

—Te están llamando.

—Que llamen.

La llamada todavía duró un buen rato y el silencio de después le pareció a Irene incluso más acusador. Aún no estaba preparada para saltarse todas sus rutinas.

—Debería ducharme ahora o llegaré tarde, y tú también.

—Y yo también debería ducharme contigo, quieres decir...

La piel se le erizó ante las promesas y las sensaciones que esa voz auguraba. Tuvo que esforzarse por recordar sus buenos propósitos.

—No creo que sea buena idea. No ahora.

Irene tenía todo el aspecto del culpable de un delito grave y Jorge se resignó.

—Está bien. Te dejaré sola. Tengo que pasar por casa antes de ir al despacho. ¿Nos veremos más tarde?

—Claro que nos veremos —respondió y su aspecto preocupado se agudizó.

—No me refería a eso.

A las diez se reanudaban las comparecencias. Tenían un caso pendiente.

—Sería más sensato esperar...

Ahora le tocó a Jorge sentirse culpable.

—¿Tú quieres esperar?

Irene se debatió entre sus deseos y su sentido de la responsabilidad. Quedaban solo unas pocas sesiones para terminar con la fase de pruebas. Una vez que prestase declaración el funcionario de la Consejería de Urbanismo y se diesen por concluidas el resto de diligencias, elaboraría sus peticiones y

dictaría el auto que pondría fin a la instrucción. Solo tendrían que esperar un mes, dos a lo sumo. Pero si no había podido resistir antes, ¿iba a hacerlo ahora? Cada vez que viese a Jorge, cada vez que se encontrasen en el tribunal o en los pasillos... Sería un suplicio lento e inútil.

—No, no quiero.

Jorge volvió a besarla, hambriento, no bruscamente pero con necesidad. Sí, lo necesitaba, por más que solo hiciese unas pocas horas que la había tenido desnuda y estremecida, seguía necesitando más. No quería renunciar a ella. No ahora que por fin la había conseguido. También él se expondría a una situación delicada si la relación entre ambos se descubría, pero, después de todo ¿a quién le importaba lo que hiciesen en su tiempo libre? Lo que menos les preocupaba cuando estaban juntos era el trabajo.

—Todo irá bien. Lo haremos bien.

Irene deseó creerle. Lo deseó de todo corazón. No quería renunciar a Jorge. No debería ser tan complicado.

## Capítulo 24

La habitación completamente a oscuras, las respiraciones jadeantes, la ropa a medio quitar. Jorge la sostenía en el aire contra la pared y, junto con su necesidad, Irene podía sentir la crispación que tensaba hasta el límite su cuerpo. La hacía sentirse atravesada, prendida, como una mariposa sujeta con un alfiler. Algo bello y doloroso. Así era la ansiedad que los llevaba a buscarse noche tras noche, aumentada por culpa de la abstinencia obligada. Era duro verse todos los días, encontrarse en los pasillos, cruzar alegatos en el estrado y hacer como que no había nada. Los dos fingían tan bien que después tenían que convencerse de que la frialdad del otro no era real.

—Irene...

Siempre pronunciaba su nombre con una extraña mezcla de rabia y reverencia y oírlo era suficiente para que el placer estallase en ondas cortas y violentas. Entonces más que nunca tenía que confiarse a su fuerza, porque la suya desaparecía por completo.

Habían transcurrido un par de semanas desde la noche en que decidieron darse una oportunidad y cada día que pasaba se necesitaban un poco más. Se encontraban a escondidas, cuando ya eran la una o las dos de la madrugada. No encendían las luces y tampoco habían vuelto a dormir juntos desde aquella única vez. También Irene había estado al menos en una ocasión en el apartamento de Jorge. Fue después de un día especialmente duro en los juzgados. Se presentó temprano y sin avisar e hicieron el amor en el sofá mientras la última luz del atardecer se reflejaba en las cristaleras.

Aquella tarde había supuesto un punto de inflexión en su relación. No solo porque dejase que la viera desnuda y a la luz, sino también porque, con su aparición inesperada, Irene quiso dejar claro que la dependencia era mutua, que también ella contaba las horas y los minutos que faltaban hasta que por fin se encontraban, que al igual que él estaba dispuesta a ceder y arriesgar.

En los juzgados evitaban las miradas, se negaban las sonrisas. Por la noche se desquitaban, pero nunca era suficiente.

—Dime que lo has pensado y que la respuesta es sí.

Irene miraba al techo tumbada sobre la cama y él la miraba a ella. Le había pedido un fin de semana. Un fin de semana completo solo para ellos dos. No en casa de Irene ni en la suya, sino en un lugar neutro. Desde que había tenido la idea, Jorge vivía pensando en el momento de ponerla en práctica. Estaba seguro de que le gustaría, solo hacía falta que aceptase.

—Ni siquiera me has dicho dónde es.

—Porque no soy capaz de recordar cómo se llama el pueblo. Además, no lo encontrarías. Está en un lugar perdido en medio del monte entre Cáceres y Salamanca.

—No estoy segura de que sea buena idea irnos a un lugar desierto. A veces cuando más desapercibido pasas es en medio de la multitud.

A Jorge le pareció que aquello era triste. Se imaginó a Irene perdida y sola en medio de la muchedumbre, confundida entre otros cuerpos ajenos e indiferentes, y le entraron más ganas de llevársela a un desierto.

—No lo hagas por eso. Hazlo porque es fin de semana y te mereces descansar, respirar aire limpio, oír cantar a los pájaros...

Irene se volvió hacia él en la cama y lo miró escéptica y con los ojos muy abiertos.

—¿Respirar aire limpio y oír cantar a los pájaros?

Tuvo que besarla hasta agotarle el aliento.

—No te preocupes. Abriremos una ventana —aseguró.

Salieron el sábado de madrugada. Irene se prometió a sí misma, con toda la firmeza que fue capaz de reunir, que no pensaría en el trabajo pendiente ni se culparía por tomarse un par de días libres. Era más fácil cuando estaba con él. Jorge hacía que fuese más permisiva consigo misma, le hacía olvidar sus errores, no se aprovechaba de sus debilidades. Era el abogado defensor de un procesado, sí, pero dentro del particular listado de cargos de conciencia de Irene aquella falta ocupaba un lugar muy poco destacado.

El BMW daba vueltas y más vueltas alrededor de la ladera cubierta de pinos. Hacía tres horas que habían salido de Madrid y todavía no eran las nueve. No habían encontrado nada de tráfico y solo dos o tres coches se les



habían cruzado de frente en la carretera secundaria por la que se desviaron.

La casa apareció por sorpresa, a la vuelta de la última curva.

—¿Te gusta?

Irene se quedó sin palabras. Con lo poco que le había contado, había imaginado una casa aislada y medio abandonada en mitad de la montaña. Nada parecido a eso.

Era una construcción reciente y vanguardista que se asomaba a la vertiente de la ladera, completamente integrada en el paisaje. Los volúmenes cúbicos y la combinación de piedra y cristal chocaban y a la vez armonizaban con el entorno. Era una casa de ensueño y realizada a capricho.

—No me dijiste que era así.

—Esperaba impresionarte.

La sinceridad quedaba siempre bien en su boca. Jorge había olvidado el traje y la corbata en Madrid y la camisa blanca y estrecha le quedaba tan bien que Irene ni siquiera recordaba que era abogado. También ella había salido con solo un par de camisetas de tirantes de las que usaba para hacer ejercicio y unos vaqueros que ya tenían varios años, pero que, cuando se los probó, seguían quedándole bien. También se veía distinta.

—Ven. Te la enseñaré.

Por dentro era igual de espectacular que por fuera. La vivienda era un inmenso espacio abierto a distintas alturas donde todas las estancias se comunicaban —dialogaban entre sí, que habría dicho el arquitecto autor del proyecto—, sin tabiques ni puertas de por medio. La luz llegaba desde las paredes de cristal o desde el techo, bañando con generosidad hasta el último rincón, y los muebles, escogidos con acierto por algún diseñador de espacios, aportaban calidez y transmitían una sensación instantánea de comodidad y bienestar.

—¿Y dices que es tuya? —preguntó admirada. Había visto casas bonitas, más deslumbrantes, más lujosas; pero aquella tenía personalidad, brillo propio.

—No, no solo mía. De Alberto y mía. Y la tenemos en venta. Ya te conté.

Jorge no conocía la historia de la casa. Había ido a parar a ellos de rebote. Estaba en el activo de una sociedad a la que habían representado en una demanda judicial y que se la ofreció como parte de pago por falta de liquidez. En comparación con lo que les debían había parecido un buen trato. Mejor que ir a juicio por impago y solicitar el embargo. Solo que ya llevaba seis meses

en venta a través de una inmobiliaria y nadie se había interesado por ella.

Además, era solo la tercera vez que la visitaba. La primera para entregar las llaves a la agencia y la segunda esa misma semana. Se suponía que la inmobiliaria se ocupaba de mantener la casa en condiciones, pero había querido asegurarse.

—Es preciosa —afirmó Irene parada en medio de la zona de estar. El ventanal corrido mostraba el paisaje como si fuese una parte más de la decoración. Un inmenso pedazo de verde bosque, matizado por el azul del cielo y de las aguas de un pequeño embalse que nacía al pie de la ladera.

Él la abrazó desde atrás por la cintura y la besó en el cuello.

—Me alegra que te guste.

Y de veras le hacía feliz. Había deseado darle algo verdaderamente bueno y valioso. Lo que no quería decir forzosamente caro ni exclusivo. Jorge sabía del poder del dinero, y también hacía lo que podía para conseguirlo, pero la lucha por trepar y hacer carrera no lo había dejado tan ciego que ignorase que el valor, la mayor parte de las veces, no tenía nada que ver con el precio. Por eso aquello tenía sentido. Aquel lugar era valioso, independientemente de lo que hubiese costado construirlo.

El dormitorio quedaba escondido. Un volumen adelantado al resto servía para dar intimidad a un espacio amplio decorado en tonos neutros: blancos, beige, tostados... Líneas puras y simples y una cama baja de casi dos metros de ancho desde la que se podía ver el cielo a través de una apertura cenital situada justo sobre sus cabezas.

—Bonito, ¿eh?

Irene le devolvió la sonrisa y continuó explorando la casa. Ascendió por una escalera sin base ni barandilla, solo los peldaños, que conducía a una gran terraza asomada a la garganta. Una baranda de cristal templado de poco más de un metro de alto delimitaba la superficie y servía de protección para evitar una posible caída. Irene fue a reclinarse contra el borde. La sensación era de estar suspendido en el aire.

—Se ve tan lejos y a la vez tan cerca.

Jorge se apoyó a su lado y se quedó mirando en la misma dirección. El embalse resplandecía al sol. Si ella lo deseaba, él quería dárselo.

—No creo que esté tan lejos. Estoy seguro de que podríamos llegar.

—¿Cómo? ¿Con el coche? No lo vimos al pasar por la carretera.

—No, con el coche no, no hay acceso. Tendría que ser por la garganta.

¿Has probado alguna vez?

—No. —No es que hubiera hecho muchas actividades al aire libre. Lo suyo habían sido siempre más bien los espacios cerrados—. ¿Y tú?

—Alguna vez hice escalada y algo de barranquismo. —«Alguna vez» quería decir una vez, en unas vacaciones en los Picos de Europa con un grupo de amigos, cuando aún estaba en la facultad, pero esto no parecía tan complicado y tampoco perdían nada por intentarlo—. ¿Probamos?

No es que fuera un plan muy razonable. Lanzarse a descender la ladera por los riscos que el agua había labrado a su paso, sin conocer el terreno ni saber lo que te ibas a encontrar, pero la mañana de verano, el verde de la vegetación, el azul frío de las aguas y el olor a jara y a pino los llamaban a gritos y decían «venid aquí».

—Vamos —dijo Irene resuelta.

Fue más fácil y más divertido de lo que podía parecer. Al menos la bajada, después habría que pensar en subir. Descolgándose por rocas, algunas casi tan grandes como ellos, saltando de piedra en piedra. A punto de resbalar, pero librándose siempre por poco, salpicándose con el agua que corría rápida y helada, descubriendo remansos habitados solo por libélulas azules y transparentes. Cuando el descenso se hacía más difícil él le tendía su mano. Irene iba segura y no tenía miedo de caer, pero de todas formas dejaba que la ayudase.

No les llevó más de una hora conseguirlo.

La casa se veía arriba, colgada como el nido de un pájaro, y el valle se abría abrazando el embalse. Estaban sofocados por el calor pero encantados, como sucede con cualquier reto conseguido por pequeño o grande que sea.

—¿Crees que estará permitido bañarse? —preguntó Irene.

—¿Quién va a impedirnoslo? —dijo Jorge con esa mirada.

No se divisaba un alma en kilómetros a la redonda.

—No dijiste nada de traer bañador.

—No pensé que fuésemos a salir de la casa.

Irene solo fingió estar enfadada, pero esta vez quiso devolverle la gracia. Lo pilló desprevenido y de un solo empujón lo desequilibró y lo hizo caer al agua. Se veía el fondo y no cubría mucho, pero fue suficiente para empapar a Jorge.

—¡Joder! ¡Está helada!

Irene rio al verlo incorporarse y sacudirse el agua. La camisa blanca y los

vaqueros pegados a la piel. El agua chorreando por el pelo.

—No sabes lo que has hecho —amenazó.

—¡No, no, espera! —gritó sin parar de reír, corriendo rocas arriba, pero él la alcanzó. Se la echó sobre los hombros y bajó cargado con ella hasta que el agua le cubrió la cintura, después la lanzó en medio del lago.

Estaba tan fría que cortaba. Era vivificante. Era renovador.

Irene emergió riendo aún. Jorge avanzó hasta ella, le apartó el pelo pegado a la cara y la besó, en medio del lago, a plena luz, mientras el sol hacía brillar la superficie y arrancaba del agua reflejos cegadores.

Era bueno, era perfecto y era gracias a él.

Irene pensó que Jorge era lo mejor que le había pasado en mucho, mucho tiempo.

## Capítulo 25

La claridad lo despertó. Jorge se estiró en la cama. No sabía qué hora era, pero suponía que debían ser al menos las diez o las diez y media. Había dormido profundamente y de un tirón, seguramente su cuerpo necesitaba recuperarse de toda clase de desgastes. Extendió el brazo buscándola, pero no estaba. Sin embargo, esta vez no tuvo que ir muy lejos para encontrarla.

—¿Qué haces?

Recostada contra la ventana con el paisaje verde de fondo. Llevaba solo una camiseta de algodón de tiras finas y unas bragas que eran una especie de banda recta estrecha sin adornos ni encajes, pero que a él le pareció que le sentaban de maravilla. Jorge supo que esa imagen se grabaría en su memoria y no desaparecería por mucho tiempo que pasase.

Irene le contestó encogiendo muy ligeramente los hombros.

—Nada.

—¿Nada? —preguntó incrédulo. Ya la iba conociendo. Sabía que eso era de lo más extraño en Irene. Siempre tenía que estar haciendo algo: ejercicio, trabajar, poner en orden lo que había a su alrededor...—. ¿Y cuánto tiempo llevas haciendo nada?

—No lo sé. No he mirado la hora.

—¿Y tampoco has hecho el saludo al sol?

Ella entrecerró los ojos y arrugó la nariz ante ese modo de llamarlo. Aunque no era lo mismo, era cierto que algunos de los ejercicios de precalentamiento que incorporaba como rutina guardaban semejanza con los del yoga.

—No, tampoco.

—¿Y no vas a hacerlo? —dijo él, sentándose al borde de la cama.

—No, hoy no. He pensado que no pasaba nada por saltarme un día —le explicó sin saber si lo entendería. No había muchos que lo entendiesen. La

gente simplemente decía «no lo hagas si no quieres». Ella tenía que hacerlo aunque no quisiera. Se encontraba mal cuando no lo hacía. Y no es que quisiera dejar los ejercicios que había comenzado a practicar cuando solo tenía seis años, no era eso. Realmente le gustaba, disfrutaba de la concentración, la flexibilidad, la seguridad en sí misma y en su cuerpo que obtenía a cambio del tiempo y el esfuerzo. Solo pretendía que no fuese una obligación. Pero quizá Jorge podía comprenderlo mejor que otros—. Tú también le dedicas muchas horas...

No hacía falta que se lo contase. No lo había hecho. Aún no sabía qué deporte practicaba, aunque lo suponía, quizá *kick boxing* o *jiu-jitsu*, algo duro y violento que incluyese patadas y puñetazos, ese tipo de acción. Y tampoco creía que lo hiciese solo por vanidad o por llevar una vida sana. No es que hubiese nada malo en eso, pero incluso relajado se advertía en Jorge la tensión que a veces lo empujaba a golpear pesos muertos hasta que la camiseta terminaba empapada por el sudor. La energía que quemaba en el gimnasio y también de otras formas, pero eso era antes, antes de engancharse a Irene.

—Lo hago porque me hace sentir mejor, no peor —dijo, acercándose a ella, apoyando la espalda contra el cristal. Conocía la diferencia, por experiencia sabía lo que era hacer algo que en el fondo odiabas, y que sin embargo no podías evitar repetir una y otra y otra vez.

Sus siluetas se recortaban al contraluz. Irene se fijó en sus ojos oscuros y profundos, en su cabello corto, encrespado y revuelto, en la barba tenaz que sombreaba su mandíbula al despertar. Le gustaba Jorge tal como era, luchando contra sus debilidades, igual que Irene intentaba mantener a raya las suyas. Cuando empezó a tirar de ella, al comenzar la instrucción del caso, tuvo miedo de repetir las peores pautas, de sentirse atraída hacia él por las razones incorrectas. Pero ya no. Ya no tenía miedo.

—Tú me haces sentir bien —murmuró antes de besarlo.

A Jorge eso lo hizo sentir como si estuviera en algún lugar muy, muy cercano a la gloria. La acogió no solo con la boca, sino con todo su cuerpo, rodeándola entre sus brazos y estrechándola contra su pecho. Incluso cuando ni siquiera estaba seguro de que fuese ella la mujer que entrevió en aquel antro oscuro y perdido, aquel había sido su principal deseo. Hacerle bien, protegerla, defenderla de cualquiera que intentase dañarla. Hacerla feliz.

Por eso, entre otras cosas, le subió la camiseta. Irene alzó los brazos para que terminase de quitársela. La otra única prenda interior que llevaba puesta

cayó también al suelo poco después. Desnuda junto a él y a la claridad de la ventana.

Jorge sabía lo difícil que era para Irene, pese a su belleza o precisamente por ella. Sabía que mantenía una relación ambivalente con su cuerpo. Había actuado con él como si no valiese nada, como si maltratarlo y llevarlo al límite, ofrecerlo sin la menor consideración, fuese lo único que pudiese darle sentido. Y también sabía que, en lo más profundo de su consciencia, placer y oscuridad iban unidos. Sabía que una parte de Irene deseaba bajar las persianas, y que si no lo hacía y estaba allí desprotegida y justo al lado de la ventana era únicamente por él, porque Jorge lo deseaba más que nada.

Así que, aunque le dolió decirlo y más pensarlo, trató de ponérselo más fácil.

—No me importa si cierras los ojos.

Irene dejó escapar un jadeo a la vez que los cerraba con fuerza. Era superior a ella. Lo odiaba. Se odiaba por eso, pero no lo conseguía evitar.

Jorge se dijo que no importaba. La quería con todo lo que era. Bueno o no tan bueno. Conocía sus dos lados.

—Gírate —dijo, colocándola de espaldas a él. La cabeza apoyada en su cuello, su sexo ya duramente excitado donde terminaba la espalda y comenzaban sus nalgas, justo contra esa hendidura—. Así.

Sabía que, para bien o para mal, aquello la excitaba. La oscuridad, la expectación, el deseo de él pulsando contra ella, vibrando, transmitiéndose del uno al otro como en un campo cargado de estática.

Él acarició sus labios y a continuación su cuello. Irene se abandonó por completo, alzó la barbilla para facilitarle el acceso y se apoyó más contra su pecho. Jorge rodeó su garganta. El pulso le latió entre los dedos, veloz y fuerte, enviando calor y mayor sensibilidad al resto del cuerpo. Ella tragó saliva y Jorge sintió el movimiento y la tensión.

Con la otra mano y muy despacio delineó el hueco de la clavícula, las curvas suaves y grávidas de sus senos, su vientre elástico, plano y terso, sin dejar de admirar ni por un segundo el regalo que era su belleza. Contemplando cómo se endurecían sus pezones e Irene apretaba los párpados y pasaba la lengua por los labios resecaos, y él deseaba mordérselos, pero se contenía, porque ahora acariciaba otros labios, y no estaban secos sino líquidos y plenos; Irene gemía y Jorge ya no podía aguantarse las ganas, así que la besó hasta que temió ahogarla. Pero no debía ser así, porque Irene lo abrazó más

contra sí, la mano doblada hacia atrás y apoyada en su nuca, atrayéndolo y empujándolo más hacia ella. Sus lenguas peleando entre sí sin que ninguno de los dos tuviese verdadera intención de vencer.

Él aumentó la presión y profundizó las caricias, sin dejar de besarla, recorriéndola desde arriba hacia abajo y vuelta atrás. Irene sollozó. Era mareante sentirse de aquel modo, abierta, entregada, expuesta.

—Mírate ahora, Irene.

No a él, sino a sí misma. Tal y como él la veía, preciosa, iluminada no solo por la luz, también por su propia naturaleza y por el efecto del puro y limpio placer. Quería, anhelaba, ansiaba que ella pudiera verse de igual modo.

Pero Irene no pudo abrir los ojos, porque el temblor que sacudió su cuerpo, contrayéndolo y desarmándolo, no le dejó hacer nada más que apoyarse en Jorge y aferrarse a sus brazos para no caer.

Él apartó el pelo de su rostro y la cubrió de besos.

Si Irene se lo permitía dedicaría su vida entera a hacerla sentir bien.



## Capítulo 26

Irene esperó junto al coche mientras Jorge cerraba las puertas. Un cuarto de luna menguante asomaba en el horizonte y el cielo estaba cuajado de diminutas estrellas. Del bosque llegaban sonidos inciertos y tenebrosos. Muchos se lo pensarían dos veces antes de comprar una casa en un lugar tan apartado de todo. A ella no le habría importado quedarse. No para siempre, pero sí algo más de tiempo.

Jorge abrió el coche con el mando. Irene se montó y desde el interior dirigió un último vistazo a la montaña y al embalse en sombras.

—Podríamos volver —dijo él, como si le estuviese leyendo el pensamiento—. No creo que se venda antes de septiembre. ¿Qué planes tienes para las vacaciones?

—No tengo ningún plan —contestó Irene con sinceridad. Normalmente aprovechaba agosto para adelantar trabajo atrasado y se iba unos días con sus padres a la casa que tenían en Mallorca para que su madre no dijese que se pasaba todo el mes encerrada. Aunque, si al final su madre convencía a su padre para marcharse juntos a Madagascar... Con seguridad no entraba en sus propósitos viajar hasta Madagascar.

—Podríamos hacerlos... planes, quiero decir.

Irene se quedó pensativa. Esa semana terminarían de prestar declaración testigos e imputados. Si no surgía ningún inconveniente la instrucción habría terminado a finales de julio. Después pasaría al tribunal de lo Penal y ya no tendría vinculación con el sumario. Podría relacionarse extrajudicialmente con Jorge de todas las formas que quisiera.

—Me gustaría volver.

Jorge hizo una nota mental diciéndose que lo primero que haría el lunes sería llamar a la agencia para que retirasen la oferta de venta hasta nueva orden.

En cuanto salieron a la civilización, el móvil de Jorge comenzó a pitar con desesperante obstinación. Era otra de las ventajas de estar perdido en medio del monte. No había cobertura. La bolsa podía hundirse, plagas e inundaciones devastar el planeta, y ellos seguirían allí, sin tener la menor constancia del desastre. Quizá no fuese una solución para toda la vida, pero era perfecto para un par de semanas.

El viaje de regreso fue tranquilo y unas pocas horas después dejaba a Irene en su casa con la certeza de que separarse de ella y volver solo a su apartamento era algo que no deseaba hacer. Se despidieron con un beso largo y dulce.

—Gracias. Por el fin de semana y por todo lo demás.

Jorge pensó en qué habría de malo en dar la vuelta, regresar a la casa y encerrarse bajo su techo hasta el fin de los tiempos.

—No me des las gracias. Volvamos la semana que viene.

Ella vaciló. Nunca hablaban del trabajo, pero por una vez podían hacer una excepción.

—Si me quedo en casa el fin de semana podría tener listo antes el auto.

Jorge recordó sus planes iniciales para retrasar el proceso todo lo posible. Ahora no veía el momento de que se trasladase el sumario.

—Está bien. Terminaremos con esto.

La dejó ir con un último beso y por el espejo retrovisor la vio entrar en su casa.

Su propio apartamento lo recibió silencioso y vacío. Jorge dejó la bolsa de viaje y consultó las llamadas perdidas. La mayoría eran de trabajo. Tres eran de Sara. Borró los registros. No quería saber nada de Sara, no le interesaba nada que tuviese relación con Sara. En otro tiempo habría sentido al menos curiosidad por saber qué pretendía, ahora ni eso. Ahora solo quería que el mes de julio transcurriese con rapidez y la instrucción del sumario finalizase.

El martes se levantó animado y optimista. Dejó el coche junto a las torres Kio y cruzó la plaza a pie hasta los juzgados. Era temprano y a esa hora, a pesar del ruido y del tráfico, incluso en plena Castellana el aire se sentía fresco y limpio. Él también se sentía bien, tenía a Irene, la vida era bella, el mundo le sonreía. Hasta que la mañana se nubló de repente.

—¿Qué haces aquí, Sara?

En lugar de su atuendo de ninfa letal, en esa ocasión Sara lucía su aspecto más formal. El pelo recogido en una coleta alta, camisa blanca con los botones

correctos desabrochados, pantalón recto de talle bajo y color arena. Jorge la conocía: la ropa de las entrevistas de trabajo en las que quería aparentar profesionalidad.

—Llevo días llamándote.

—Lo sé. Llevo días sin contestarte. ¿Y quién te ha dicho que estaba aquí?  
—dijo sin molestarse en reprimir su enfado. No quería a Sara en su vida. Cuanto antes lo asumiese, mucho mejor.

—Como no conseguía hablar contigo estuve ayer en el bufete y Alberto me dijo que hoy tenías vista.

Alberto. Tendría que tener unas palabras con Alberto.

—Se acabó, Sara. No quiero verte, no quiero que hablemos, no quiero nada contigo.

Los ojos de Sara brillaron. Jorge no se lo creyó. Era una mala actriz, y aunque no fingiese le habría dado exactamente igual.

—Estás con alguien, ¿no es así? Fui a tu casa este fin de semana, varias veces, y no estabas.

Eso superó todas las reservas de paciencia de Jorge.

—Aléjate de mí, Sara.

Se puso a llamarlo a voces en cuanto le dio la espalda.

—¡Jorge, por favor, espera! ¡No es eso, te lo prometo! ¡Es por Víctor!

Aun sabiendo lo manipuladora que era, se detuvo.

—¿Qué pasa con Víctor?

—Es nuestra casa. Van a embargarnos el chalet.

Jorge no dio crédito, de todas las mentiras de Sara aquella era la más absurda y la más rebuscada.

—¿Cómo que os van a embargar el chalet? ¿Y qué pretendes que haga?

Sara se agarró a su bolso de Gucci con nerviosismo.

—Víctor aún no lo sabe. Invertí el dinero de la hipoteca en una productora junto con unos amigos. Teníamos un contrato con una cadena. Iban a emitir el programa en verano. Hacíamos reportajes sobre fiestas, playas, discotecas... Teníamos ya mucho material grabado. Les pasamos el primero y dijeron que no era lo que esperaban. Lo han cancelado y ahora dicen que no están obligados a indemnizarnos. A lo mejor podrías echar un ojo al contrato...

Jorge se pasó la mano por la cabeza con desesperación. Sara no solo se negaba a desaparecer de su vida, sino que encima pretendía que la representase legalmente.

—No puedo ayudarte, Sara, y tampoco puedo admitir que hayas estado ocultando lo del dinero a Víctor. Además, ¿por qué no le pides el dinero a tu padre?

—Lo he hecho. La empresa está en suspensión de pagos. Le han intervenido todas las cuentas.

Por primera vez no dudó en creerle. Su rostro era tan fúnebre que supo que estaba diciendo la verdad. Jorge se ablandó un poco. Sara siempre había estado acostumbrada a tener todo lo que quería. Debía ser un shock verse de pronto sin el colchón de papá.

—Mira, Sara, lo siento, lo siento de veras, pero no hay nada que pueda hacer, y menos prestarte dinero. No lo tengo.

El apartamento, el coche, el alquiler de las oficinas. Jorge vivía al día. Hasta ahora nunca le había faltado efectivo en la cuenta, pero tampoco le sobraba. Y menos para dárselo a Sara.

—¿Ni siquiera cinco mil euros? Te lo devolvería en cuanto se solucione lo de mi padre. Es cuestión de meses...

Jorge dejó de prestarle atención. Las gafas oscuras, un conjunto de chaqueta cruzada y falda a media rodilla, todo en color crudo. Su estilo elegante, discreto, impecable. Irene se veía deslumbrante.

Sara también se volvió a mirar.

—¿Quién es? —preguntó suspicaz.

—La juez del caso en el que estoy trabajando. Tengo que entrar, Sara. Habla con Víctor. Intentad que os acepten el chalet en dación de pago. Ya no vale lo que pagasteis por él. Buscad algo más barato en alquiler.

—¿La juez? ¿No es muy joven para ser juez?

La dejó plantada en la calle con la palabra en la boca y se metió en los juzgados. Su buen humor se había desvanecido. Sara era tóxica. Siempre encontraba el modo de contaminar cuanto tocaba. Lo sentía por el disgusto que se llevaría su madre. A Víctor le podían dar bien fuerte. Jorge se puso de peor humor cuando se dio cuenta de que, en el fondo, también le preocupaba Víctor. Después de todo, era su hermano y los dos habían sido igual de idiotas.

Díaz-Plaza lo estaba esperando en el pasillo.

—Vamos, hombre. A ver si puede ser que hoy la cosa vaya más rápida. Resulta que mi nieta actúa en la función de fin de curso del colegio y mi mujer está venga darme la lata con que vayamos a verla.

—¿A qué hora es? —preguntó Jorge, tratando de concentrar sus

pensamientos en hechos prácticos, ciertos, comprobables.

—Creo que dura toda la mañana y la cría salía de las últimas.

—Si no hay retrasos, es fácil que hayamos terminado en poco más de una hora.

—Una hora. A ver si es verdad y liquidamos todo este asunto de una vez.

Jorge deseó exactamente lo mismo.

Cuatro horas y media más tarde salía de los juzgados, apartando teléfonos móviles de la cara de Díaz-Plaza para evitar que las barbaridades que clamaba a voz en grito apareciesen en la portada de todos los periódicos y anunciando que su defendido no iba a hacer declaraciones. Mientras tanto, por otra de las puertas, Irene abandonaba Plaza Castilla a toda velocidad, con el rostro serio, protegida únicamente por las gafas de sol y rodeada por una nube de fotógrafos.

No, no había sido un buen día.

## Capítulo 27

—Es una sarta de calumnias. Me parece aberrante que se preste oídos a una persona que ha reconocido sin el menor pudor que recibió dinero por favorecer a una determinada empresa. Espero que la juez actúe con responsabilidad y no dé pie a más...

Jorge estuvo a punto de estrellar el mando contra la pantalla. Las recomendaciones de Eli sobre el control de la ira debían estar haciendo efecto, porque se conformó con apagar el televisor. Díaz-Plaza e Irene estaban en todos los informativos. Lo que solo era un caso más de irregularidades en el ámbito local había salpicado a altos cargos y consejeros de la administración autonómica. El fiscal se había anotado un tanto al alcanzar un acuerdo con Andrés Salgado, el funcionario al que Irene había acusado de cohecho. A espaldas de Irene había negociado con él para que Salgado reconociese su implicación en la trama para aprobar el proyecto de recalificación, pero además había acusado directamente a sus superiores. No había aportado pruebas y su declaración estaba llena de vaguedades, pero los nombres que había citado eran más que suficientes para que se disparasen todas las alarmas. A cambio, el fiscal le había garantizado inmunidad.

Irene había decretado la suspensión provisional de la vista hasta decidir cuáles serían las siguientes actuaciones. La reunión posterior en su despacho había sido tensa. Los abogados protestaban pidiendo más tiempo para estudiar sus defensas y el fiscal exhibía una actitud sobrada y triunfal que reventó a Jorge. Se había aprovechado del trabajo previo de Irene para hacer una jugarreta más efectista que efectiva. La salida de los juzgados era un avispero de cámaras y micros y todas las preguntas se dirigían a ella.

—¿Va a llamar a declarar al consejero de Urbanismo?

—¿Cree que la empresa de Francisco Díaz-Plaza guarda relación con la trama de financiación ilegal de partidos que investiga la Audiencia Nacional?

Jorge y Alberto habían visto juntos las grabaciones en compañía de Enrique. A Díaz-Plaza la tensión se le había puesto en 20/16. Estaba en una clínica privada bajo supervisión médica. No es que se encontrase peor que otras veces, y seguía gritando y desbarrando con igual ímpetu, pero no estaba de más comenzar a recoger informes de facultativos que certificaran la gravedad de su estado de salud.

También habían estudiado juntos el informe del fiscal y los dos estaban de acuerdo en que había buscado más la notoriedad y el revanchismo que fundamentar razonadamente su escrito. Irene había puesto en evidencia su dejadez y él había pretendido el desquite. No había datos objetivos, ni movimientos bancarios sospechosos ni correos electrónicos incriminatorios, solo la declaración de Salgado. Eso era bueno para Díaz-Plaza, aunque la situación no era tranquilizadora, ya que cuando le preguntaron a Enrique si tenía elementos para pensar que algo de eso podía aparecer en el proceso, se había puesto críptico y había respondido que «no era posible afirmar que fuese imposible».

Alberto había puesto los ojos en blanco y Jorge había experimentado el fuerte impulso de dejar el proceso, abandonar a su suerte a Díaz-Plaza, y ya de paso el Derecho, y dedicarse a cualquier otra cosa: la agricultura biodinámica, la ganadería ecológica o la arquitectura sostenible. Quizá todavía estaba a tiempo.

En el apartamento la habitación se había quedado a oscuras y Jorge no tenía ganas de encender la luz. De lo que tenía ganas era de llamar a Irene, de hablar con ella, de abrazarla, de decirle que todo iría bien. Le había afectado verla huyendo de las cámaras en todas las televisiones. Volvía a sentir el deseo de protegerla y ampararla. Ahora todo se complicaría. El proceso se alargaría y colocaría a Irene en el ojo del huracán. Cualquier paso que diese sería analizado y discutido en columnas de opinión y tertulias televisivas.

«No me gusta que me miren».

La recordaba saliendo de los juzgados y le parecía atacada e indefensa.

Jorge no pudo resistirse más. Cogió el móvil y le escribió un mensaje. *¿Cómo estás?*

Esperó sin soltar el teléfono. La respuesta llegó enseguida, breve y definitiva: *Mal*.

Jorge se sintió peor. *¿Quieres que vaya?*

Esta vez el mensaje se hizo esperar. *No es buena idea*.

Jorge se quedó mirando el cuadro de texto iluminado en la pantalla. No, seguramente no era buena idea con los políticos cambiando llamadas nerviosas a base de medias palabras y frases sobreentendidas, con la atención de los medios puesta en la joven Irene Ávila, hija del conocido magistrado Tomás Ávila, con fama de rigurosa, competente y brillante.

Pero Jorge sabía cómo de pesado podía ser ese peso.

*¿Quieres que lo hablemos?*

El móvil se quedó mudo. No hubo más mensajes. Tuvo que desistir de mirar una y otra vez la pantalla vacía y se acostó. No hacía más que pensar en ella y no conseguía dormir, solo dar vueltas de un lado a otro, cuando llamaron desde el portal.

Se levantó sin vestirse. Era más de la una.

—Soy yo.

Su voz grave. Frágil. Irene.

No había podido resistir. Lo había intentado, pero resultó inútil. Una vez más. Al menos una vez más.

Nada más contemplarla, Jorge advirtió su indefensión. Era idéntica a la que él mismo sentía. Parada a pocos pasos de él después de recorrer media ciudad en plena noche.

—Necesitaba verte.

Se besaron en la puerta como si fuese la última vez en mucho tiempo que pudieran volver a hacerlo. Y tal vez fuese así. Jorge no tenía la certeza, pero quizá en el fondo sabía, sin que ninguno de los dos lo hubiese mencionado, que aquello era una despedida.

Lo hicieron aprisa y duro, como ocurría siempre que los dominaba la ansiedad. Después Jorge se arrepentía, querría haber prolongado el instante, alargado el momento en el que la sostenía, reteniéndola entre sus brazos. Más tiempo, más cerca, mucho más.

—No podemos seguir viéndonos. Ya no.

Aunque lo había dado por hecho, durante un segundo la odió. Por decirlo, por anunciarlo en voz alta con aparente calma, por hacerlo inevitable. Solo por un segundo.

—Ya lo suponía.

Y entonces se odió a sí mismo por no decir nada más, por adoptar su misma calma tensa, como si negociasen un acuerdo legal.

Los dos tendidos boca arriba en la cama, mirando cualquier cosa menos el



uno al otro.

—Serán meses.

La voz de Irene falló una nota. Toda la compostura de Jorge se desarmó. Se giró hacia ella y le tomó la barbilla para que también lo mirase.

—Escúchame. Esperaremos. El tiempo que sea. Te esperaré. Estaré cuando lo necesites.

«Estaré cuando lo necesites». Irene quiso creerlo, sin embargo apartó el rostro. Él notó su silencio.

—¿Qué?

—Nada —murmuró.

—¿Nada? Dime qué es.

Se separó un poco de él, se puso más rígida, como si Jorge le hubiese transmitido su tensión. Les pasaba a menudo: captar, reflejar los estados de ánimo, los pensamientos del otro. Por lo común era bueno, a veces, como ahora, se convertía en doloroso.

—No es nada. Es... la mujer con la que hablabas esta mañana en el juzgado. Me pareció que os conocíais. —Irene se sintió mal solo con decirlo. Se sintió ridícula y patética. Solo era que había visto como la mujer retenía del brazo a Jorge y ambos parecían discutir. Solo era que ahora pasarían meses hasta que se vieses de nuevo y a la separación obligada se le unirían las dudas y ella no tenía derecho a exigir nada—. No tienes que darme explicaciones. No debería haber preguntado.

Jorge la interrumpió con un gesto.

—Era Sara. Es mi exmujer.

Irene se quedó afectada en un sentido distinto al que había supuesto. Temía que le contestase que era una amiga o alguna otra forma genérica de denominar a alguien con quien habitualmente practicas sexo sin necesidad de mayor explicación. Una exesposa era algo muy distinto. Tenía que encajar esa nueva información. Había tantas cosas sobre las que aún no habían hablado: exclusividad, compromiso... Demasiado pronto, se había dicho Irene, y ahora, de repente, el tiempo se había terminado.

—No me habías dicho que estuviste casado.

—No me habías preguntado —dijo él con seriedad.

Tuvo que reconocer esa verdad. En parte por discreción, en parte por inseguridad, Irene había evitado ciertos temas: lo que buscaba él, lo que deseaba ella. Esto último lo tenía claro, quería intentarlo en serio con Jorge.

Pero ¿no era un poco absurdo, dadas las circunstancias en las que había comenzado su relación, hablar de compromiso y exclusividad? Además, no creía que funcionase así. No quería pedirle un compromiso ni exigirle exclusividad, lo que deseaba era que él se lo ofreciera. Y ahora resultaba que, al menos una vez, Jorge había estado dispuesto a ofrecer todo eso, o algo parecido. Había estado casado.

—¿Cuánto hace que te divorciaste?

—Dos años.

—¿Y estuvisteis mucho tiempo juntos?

—Desde los veintidós.

Notó como su tensión aumentaba, sin embargo no se decidió a tocarlo. No en ese momento.

—¿Y por qué lo dejasteis?

—Porque se acostó con mi hermano en nuestra cama.

Entonces Irene creyó comprender: la rabia, el resentimiento, el orgullo herido, el abandono. Las viejas cicatrices.

—La querías... —No fue una pregunta, fue una afirmación.

—La quería —reconoció Jorge—. Antes. Ya no. Ya nunca más.

No lo pensó. Fue una necesidad. Necesitaba decírselo. Buscó su contacto, apoyó la mano junto a su pecho y lo miró a los ojos.

—Yo te quiero ahora.

Jorge sintió el corazón a punto de estallar bajo su mano. Más veces de las que se había permitido reconocer, había esperado oírsele decir y a su vez había callado.

—También yo te quiero. Ahora y mientras me dejes que siga haciéndolo. No me apartes, Irene.

Apartarlo era lo último que deseaba. Comenzó a besarlo y, cuando las manos de él volaron hacia su cuerpo, se las sujetó y fue ella quien recorrió el suyo. Después de todo, no solo Irene estaba dañada, los dos tenían marcas.

Aquella noche hizo todo lo posible por borrar las de Jorge.

## Capítulo 28

Los siguientes días Irene se concentró por completo en el trabajo. Era la mejor manera de abstraerse del mundo y avanzar lo más rápido posible en la instrucción. Las declaraciones de Salgado no aportaban ningún hecho concreto, pero de que las admitiese o no dependía el rumbo que tomaría el sumario. Varios de los inculcados por Salgado eran aforados, Irene no tenía jurisdicción sobre ellos. Si decidía que había razones sólidas para la imputación, tendría que redactar un suplicatorio al Tribunal Supremo para que se hiciera cargo de la tramitación; si desechaba las acusaciones, el sumario iría a un tribunal ordinario. Era una decisión que no podía tomar a la ligera. Irene tenía razones para pensar que las acusaciones de Salgado eran fundadas, pero sin una argumentación sólida y apoyada en pruebas todo se quedaría en agua de borrajas. Tendría que pedir informes de bienes a la Agencia Tributaria, investigar la posible existencia de cuentas en el extranjero, tomar nuevas declaraciones... Muchas puertas cerradas a las que ya había llamado y que posiblemente conducirían a un callejón sin salida.

Era lunes, cinco días después de que la noticia saltase a los medios. Estaba repasando la jurisprudencia afín cuando sonó el teléfono. Apartó la vista de los documentos y se fijó en el reloj de la pantalla. Las nueve y cuatro minutos. Llevaba horas frente al ordenador y la tarde se le había pasado sin enterarse. Estiró los músculos entumecidos y miró el número. Era su padre.

En los últimos días habían conversado con frecuencia. Su padre era un apasionado de la justicia y el derecho. No había nada que le gustase más que discutir sobre preceptos legales, matices, controversias... Le había ofrecido su consejo desde el punto de vista técnico —jamás se habría inmiscuido en el sumario— e Irene lo había aceptado. Suponía que la llamada se debía a eso, sin embargo, en cuanto descolgó comprobó que su tono no era el habitual.

—¿Has visto las noticias?

Irene buscó el mando a distancia. Procuraba ver los informativos, aunque no le agradaba verse una y otra vez ni se reconocía en esa imagen distante, fría y alejada que transmitían de ella todas las televisiones. Algunas veces por su cabeza pasaba la idea de si alguien más, aparte de Jorge, vería reflejada a la mujer con la que había compartido oscuridad. Quizá.

Encendió el televisor con la sensación de que un nudo corredizo se ajustaba alrededor de su garganta. Lo encontró a la primera. No era lo que había temido. Era peor.

—Dime que es un montaje, Irene —exigió su padre alterado—. Hoy en día se pueden hacer mil cosas para trucar una imagen. Los demandaremos. No va a quedar así.

—No es un montaje, papá. Lo siento —dijo automáticamente y sin aparente señal de emoción en la voz.

—¿Como que no es un montaje? ¿Entonces qué es? ¿Ha sido ese abogado? ¿Te ha tendido una trampa? ¿Te has dejado engañar? ¿Irene? ¿Irene?

Terminó la llamada y apagó el teléfono. Ahora no podía hablar. Quizá más tarde encontrase las palabras. Debería encontrarlas. Tendría que dar muchas explicaciones y determinar a su vez si quería pedir las. ¿Lo quería? ¿Quería conocer la verdad?

Cerró los ojos y trató de controlar la sensación, la certeza de saberse estúpida, manipulada, utilizada.

Esta vez no funcionó.

Jorge abrió una cerveza. Había estado haciendo la compra y tenía un montón de bolsas diseminadas por la cocina. En un alarde de optimismo se había propuesto cocinar. Necesitaba distraerse. El proceso iba para largo y sería un desgaste para todos. Durante la última semana habían llovido las llamadas de abogados que decían no estar autorizados para mencionar a sus representados, pero que no dejaban de insistir en lo poco prudente que sería que el caso pasase a mayores instancias.

Cada vez que recibía una de esas llamadas a Jorge le entraban más ganas de tirarlo todo por la borda y cambiarse de bando. Había tanteado a Enrique sobre la posibilidad de levantar las cartas y hablar claro, adelantarse sería una ventaja, pero el hijo de Díaz-Plaza había adoptado un mutismo que le hizo echar de menos las salidas de tono del constructor.

Le dio otro trago a la cerveza. Tenía la receta abierta en una pantalla de la *tablet* y los ingredientes a un lado: salmón, eneldo, puerro, brandy, nata... Ya había preparado la salsa aunque los resultados no se parecían en nada a los de la imagen. En lugar de un líquido cremoso había obtenido una mezcla aguada y grumosa.

Al final acabó tirándola por el fregadero y se conformó con hacer el salmón a la plancha. No tenía tan mala pinta como la salsa. Había abierto otra cerveza para celebrarlo y mientras lo llevaba todo a la mesa encendió el televisor.

Se quedó parado a medio camino sin poder apartar la vista de la pantalla. Sin que se diera cuenta el plato se le fue inclinando lentamente.

El salmón acabó sobre el suelo de la cocina.

Aparcó el coche de cualquier manera en medio de la calle y llamó al portero de la casa de Alberto varias veces seguidas. Como nadie respondió siguió apretando sin despegar el dedo del pulsador. Ana, la mujer de Alberto, asomó por detrás de la casa.

—Voy, voy. Estábamos en la parte de atrás —dijo excusándose. Alberto apareció tras ella.

—Te he estado llamando al móvil y no dejaba de comunicar. ¿Pero quieres decirme en qué estabas pensando? Y sobre todo ¿por qué no me lo contaste?

Alberto parecía sinceramente sorprendido y Jorge hizo un esfuerzo por contenerse sobre todo ante la presencia de Ana. Su primer impulso había sido pensar lo peor. Los dos eran amigos y compañeros desde hacía muchos años. Habían tenido sus más y sus menos, pero formaban un buen equipo, y Jorge habría confiado en él si no fuese porque hacía ya tiempo que tenía más que claro que no podías fiarte ni de tu propio hermano.

—¿Has sido tú? —preguntó todavía con la rabia a flor de piel.

—¿Pero de qué estás hablando? ¿Cómo voy a ser yo? No te habría hecho eso. Somos amigos, somos socios.

Los hijos de Alberto, un niño de cuatro años y una niña de siete, se habían unido también a la reunión y miraban a Jorge con curiosidad.

—Salías en la tele —dijo la niña como si eso fuese algo sensacional.

Ana vio su gesto derrumbado y se apiadó de él.

—Anda, pasa. ¿Has cenado?

—No tengo hambre.

—Venga, entra y hablemos —dijo Alberto.

Entre los dos insistieron y Jorge acabó en el porche trasero, sentado en un banco de teca, rodeado de cojines y con los dos niños mirándole con descarada curiosidad infantil. En el televisor del porche, en el rectángulo inferior de la pantalla, las mismas imágenes pasaban una y otra vez. Irene y él saliendo juntos del portal la madrugada de su último encuentro. Él acompañándola hasta el coche, la mano en la cintura de ella. El último beso antes de despedirse por quién sabía cuánto tiempo. Quizá ahora fuese definitivamente el último, le susurró una voz cruel.

—Júrame por lo que más quieras que no sabías nada, Alberto.

—No sabía nada y, si lo hubiese sabido, te habría dicho que tuvieses cuidado. Te sancionarán, ¿lo sabes, no? —le dijo en tono de reprimenda.

Jorge no respondió.

—¿Crees que ha podido ser Díaz-Plaza?

Su socio se encogió de hombros.

—Díaz-Plaza, la prensa, los afectados por la acusación de Salgado, todos salen ganando. Tratarán de echar tierra sobre el asunto. Lo más probable es que pidan que se anule el sumario y se nombre un nuevo juez instructor. Es lo que yo haría.

Jorge tuvo que estar de acuerdo con eso. También es lo que él aconsejaría: solicitar la recusación de todas las actuaciones y pedir que se sobreseyera el sumario.

—Míralo por el lado positivo. Esto será bueno para Díaz-Plaza.

El silencio de Jorge fue fúnebre. En *Intereconomía* los invitados hacían bromas de mal gusto sobre Irene y Jorge y todos estaban de excelente humor. La pequeña tiró a su madre del vestido.

—¿Podemos poner ya los dibujos?

Alberto le pasó el mando a su hija.

—Sí, hija, pon lo que quieras.

*El increíble mundo de Gumball* sustituyó a los contertulios. Fue una mejora.

—¿Ibais en serio? —preguntó Ana. También era abogada aunque especializada en familia. Estaba acostumbrada a lidiar con desastres y no solía andarse con rodeos.

—Sí, íbamos en serio.

—¿Y ya has hablado con ella?

—No. No me coge el teléfono.

—Seguro que podéis arreglarlo. Dale tiempo —dijo Ana, apoyando su mano sobre la de Jorge.

—Claro que sí. Lo arreglaréis —aseguró Alberto, tratando de resultar convincente. Por su carácter acostumbraba a ponerse en lo peor, pero consideró que, por una vez, podía hacer una excepción.

No sirvió de mucho. Jorge lo conocía bien y no se dejó engañar por su optimismo de ocasión.

—Siento haberos molestado. Tengo que irme.

—Buena suerte —dijo Ana, despidiéndose con una sonrisa amistosa.

—¡Suerte! ¡Suerte! —corearon los niños entre risas.

—Suerte —le repitió Alberto con cara de circunstancias cuando lo acompañó hasta la puerta.

Jorge agradeció los buenos deseos. Los iba a necesitar.

## Capítulo 29

No había luz en casa de Irene. Jorge llamó como quien espera sentencia, diciéndose que quizá todo había sido mala suerte, coincidencia, casualidad; igual que había sido casualidad encontrarla en el local oscuro y sucio de Capitán Haya, o llegar a casa justo cuando Sara y Víctor le daban un nuevo sentido al concepto de familiaridad. Quizá la grabación que estaban reproduciendo todos los medios también era algo de eso, un accidente o una fatalidad. Un vecino madrugador los había reconocido y quiso tener su minuto de gloria o algún fotógrafo *freelance* seguía los pasos de Irene, alguien que iba por su cuenta y vendía las imágenes al mejor postor. Quizá esto último era lo más plausible, si no ¿por qué habían tardado casi una semana en emitir la grabación? Además, la calidad era buena. Parecía tomada con cámara y no con un móvil. Era extraño, pero ¿importaba? No, no hacía ninguna diferencia.

Había temido encontrar la casa rodeada de periodistas, sin embargo, todo estaba igual que siempre. Debían pensar que resultaría más sensacionalista y quedaría mejor en pantalla abordarla a la puerta de los juzgados. Suponía que también habría preguntas para él, pero no ignoraba que la mayor parte del interés y la curiosidad morbosa recaería sobre Irene. No se trataba solo de las sanciones disciplinarias, peor que eso eran los comentarios, las miradas por los pasillos. Mientras que para Jorge serían las palmaditas cómplices en la espalda, para Irene quedaría el descrédito profesional y personal.

Se sintió más tocado y hundido. Había pretendido hacerla feliz y había fracasado estrepitosamente. ¿Por qué razón iba Irene a quererlo en su vida?

La puerta no se abría. Puede que no estuviese, que hubiese buscado refugio en casa de alguna amiga, aunque nunca la vio hablar con ninguna ni tampoco se había referido a ellas. También era posible que estuviese dentro y no quisiera verlo. Tendría que admitirlo. Podía entenderlo. Aunque doliese mil veces más que los golpes bajos de Eli, lo aceptaría, pero tendría que ser ella quien le



pidiese que se marchase.

Llamó de nuevo y esta vez la puerta se abrió casi al instante. Irene descalza, en shorts y camiseta de tirantes. La cara limpia y el pelo mojado como cuando acabas de salir de la ducha. Un aspecto del todo distinto al que tenía en los juzgados. Desprotegida, sin defensas. Jorge conocía ya todas sus caras y las amaba sin excepción.

—Lo siento.

Fue lo primero que le vino a la boca. Después pensó que era como reconocerse culpable, ¿pero no lo era acaso? Había insistido e insistido hasta que había sorteado todas las barreras.

—¿Tuviste algo que ver?

Su voz imparcial, serena. La misma que utilizaba en el tribunal.

Jorge tragó saliva.

—No tuve nada que ver. Créeme.

La mirada oscura y preocupada. La expresión tensa y reconcentrada. Irene reconoció su inquietud del mismo modo que reconocía todo lo demás. Cuando vio las imágenes pensó que quizá todo había sido una trampa, un montaje en el que había caído ingenuamente. Después había aislado el miedo y el dolor y luchado por recordar cuanto sabía de él, lo que habían vivido juntos en apenas un par de meses, lo que había sentido cuando aún no sabía que aquel desconocido que se empeñó una noche en amarla a toda costa era Jorge. Irene había sumado todo eso y había llegado a una conclusión.

—Te creo.

Así de fácil. Así de simple. Así de tremendo fue el peso del que Jorge se alivió, aunque por poco tiempo.

—La culpa es solo mía. Mañana presentaré la renuncia.

—¿La renuncia a qué? —dijo Jorge sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—La renuncia a la plaza —respondió Irene con pasmosa tranquilidad.

Minuto a minuto la idea había ido cobrando fuerza en su cabeza hasta adueñarse por entero de ella. Sería como poner una losa definitiva y pesada sobre sus responsabilidades. No tenía objeto tratar de negarlo ni de justificarse.

Acabaría con todo de una vez.

No se trataba de una decisión tomada a la ligera. Había reflexionado sobre ello y estaba convencida de que era lo mejor que podía hacer. Sería una decepción para su padre, un disgusto atroz para su madre y ella misma lo

echaría insoportablemente de menos. Aún no se le había ocurrido qué otra cosa podría hacer. Le gustaba su trabajo. Amaba el Derecho. Creía en la ley y en la justicia. Por eso mismo era por lo que tenía que dejarlo, porque creía. Quizá una alternativa sería volver a la universidad, impartir clases, enseñar a otros a no cometer los errores que ella había cometido. Aún tenía que meditarlo. Tampoco estaba segura de tener madera para eso.

—¿Pero qué estás diciendo? —preguntó Jorge sin entender—. ¿Por qué vas a renunciar? Ni siquiera tienen por qué imponerte una sanción. No has perjudicado a nadie, no me has favorecido a mí ni a mi cliente. ¡Es algo estrictamente privado! ¡Si te retiras del sumario los estarás beneficiando! ¡No renuncies antes de empezar a pelear!

Su defensa apasionada logró conmoverla. Tenía razón. Renunciar no ayudaría. Pero no se trataba de eso, se trataba de su responsabilidad.

—No es por las sanciones, Jorge. Es porque actué mal. No debí ir aquella noche a tu casa, no debí aceptar cuando me lo propusiste la primera vez...

El rostro de Jorge se oscureció.

—¿Te arrepientes?

La seguridad de Irene se tambaleó. Había muchas cosas de las que se arrepentía, Jorge no era una de ellas.

—No, no me arrepiento. Volvería a hacerlo —dijo con más suavidad.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué te empeñas en castigarte?

Irene no fue capaz de negarlo. Era así. De forma más o menos consciente lo había estado haciendo durante mucho, mucho tiempo.

—No puedes actuar sin atenerte a las consecuencias, Jorge. Yo creo en eso. Creo en la culpa.

No por nada llevaba arrastrándola tanto tiempo. Aquel nuevo peso había hecho que se venciesen sus hombros. La mentira, la cobardía, la debilidad. Todo estaba relacionado, solo que Irene no había contado con Jorge.

—Olvídate de eso. No vas a rendirte. No eres perfecta, de acuerdo, y has cometido errores. Solucióvalo, ponle remedio, pero no te rindas. No te ocultes otra vez. No ahora, Irene.

—¡Nunca quise ser perfecta! ¡No quiero serlo! —exclamó Irene alzando la voz y olvidando su calma. Ya estaba más que harta de eso también. Toda su vida, desde que tenía memoria, había crecido con la presión constante de obtener las mejores notas, de destacar siempre, de ser ordenada y responsable, de no permitirse fallar. Pero también era humana, también se equivocaba y

tenía debilidades y zonas oscuras.

—¡No quieres ser perfecta! ¡Genial! —gritó Jorge enfadado, alzando la voz todavía más que ella—. ¡Pero no quieras hacerme creer que te sentirás bien renunciando a todo por lo que has trabajado y dejando que un hatajo de ladrones y de caraduras se rían de ti en la cara! ¡Sal mañana ahí fuera y diles a todos que lo que hagas con tu vida privada es cosa tuya! ¡Y luego busca la manera de joderlos tanto que no vuelvan a atreverse a intentarlo!

Tras aquel corto estallido los dos se quedaron en silencio y solo se oían sus respiraciones alteradas. Él estaba furioso e Irene se sentía triste y confusa. Ya no sabía qué pensar. Había creído que presentar la renuncia sería lo justo, lo que se merecía, pero tal vez Jorge tenía razón y lo único que estaba haciendo era volver a esconderse.

—¿Tú crees que eso es lo que debería hacer? —preguntó, mirándolo indecisa en busca de apoyo, porque lo necesitaba, de veras lo necesitaba.

—¿Salir mañana a la calle y decirle a todo el mundo que me amas? Sí, creo que deberías hacerlo.

Aunque un minuto antes lo habría considerado inconcebible, Irene tuvo que reírse.

—¿En la puerta de los juzgados?

—¿Por qué no?

—¿No es muy de película?

—Sí, de una con final feliz.

Entonces fue cuando la besó. Dulce al principio y luego febril, apasionado. Con toda la rabia que había ido acumulando aquella tarde y con toda la fuerza con la que la amaba. El dolor, la angustia, la culpa... Los sentimientos negativos se diluyeron como azúcar en el agua ante esa fuerza. Irene carecía de ella y Jorge se la prestaba. Se transmitía a través de la piel y se quedaba dentro, le daba confianza y calor, calaba hondo.

Unos pocos segundos antes de perder por completo la capacidad de discernir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, Irene pensó que, al fin y al cabo, no todo habían sido equivocaciones. Tenía a Jorge.

## Capítulo 30

Con seguridad hubo comentarios por la espalda, pero también recibió gestos de solidaridad y palabras de ánimo de quien menos lo esperaba. Irene aguantó la tormenta mientras se repetía como un mantra las palabras de Jorge: «Sal ahí y da la cara».

Cuando le preguntasen —cuando le preguntasen en el comité disciplinario, no los periodistas ni la gente que no significaba nada para ella—, diría la verdad y que fuesen ellos quienes decidiesen. Irene se atendería a las consecuencias.

En el despacho el teléfono no paraba de sonar: el juez decano, medios, abogados, organizaciones profesionales... Su padre no, no había vuelto a llamar.

Atendió solo a los imprescindibles. Sabía que estas cosas iban para largo. Otro juez tendría que decidir si la apartaban o no de la instrucción y el Consejo General del Poder Judicial estudiaría la infracción. Las sanciones podían variar dependiendo de la gravedad con la que se calificasen. Podía ser solo una amonestación o una suspensión temporal. Raras veces se producía una expulsión. Irene lo sabía, aunque saberlo no hacía que se sintiese mejor.

No fue fácil, pero soportó toda la mañana. Estaba retrasando conscientemente el momento de salir y volver a enfrentarse al enjambre de periodistas y cámaras cuando recibió una visita.

—Pues buena la has liado, hija.

A pesar de lo horrible del día, Irene se alegró de ver a su madre.

—¿Siguen esperando fuera?

—¿Los reporteros? He visto lo menos treinta. Pero no te preocupes, se te ve muy guapa en todos los vídeos. Esta mañana a las nueve ya me estaba llamando la tía Claudia y lo primero que me ha preguntado es que qué te hacías para salir tan divina.

Irene miró a su madre con cara de circunstancias.

—A ver, hija, ¿qué quieres que te diga? Habrá que mirarlo por el lado positivo. —Pilar era una mujer animosa y, además, no todo eran malas noticias—. Y él también sale francamente bien. Me gustó, sabes que te lo dije nada más conocerlo. ¿Cuál era su nombre? Cada día tengo peor cabeza para los nombres.

—Se llama Jorge, mamá —dijo Irene, suavizando su expresión grave con una muy ligera sonrisa.

—Jorge. —Sonrió también su madre—. Espero que ahora sí podamos comer juntos algún día, y más pronto que tarde. Dime la verdad, Irene, si no hubiese sido por la prensa, ¿me lo habrías contado?

Irene frunció los labios. Sabía que por debajo del afecto de su madre latía cierto resquemor. Ya no iba a remover viejas brasas que solo traerían nuevas heridas, pero podía permitirse ser sincera.

—Creo que sí, mamá, creo que hubiese terminado contándotelo. Esta vez sí.

Fue suficiente para Pilar. Todo lo que quería era que Irene fuese feliz. No es que pensase que no podía ser feliz sin pareja, no era tan convencional ni tan anticuada. Pero la vida era algo más que trabajar, ¿no era así? Irene siempre se lo había tomado todo tan a pecho, los entrenamientos, los estudios, las oposiciones... Y luego estaba el asunto aquel de su entrenador y cómo Pilar siempre temió no haber actuado del modo correcto, no haber estado lo suficientemente atenta, no haber sabido ganarse la confianza de su hija. La sombra de la culpa también había acosado a su madre, y se había interpuesto entre las dos. Pero ahora eso parecía muy lejano y, cuando miraba a Irene, a pesar de que aquel no debía de ser su mejor día, veía en ella un brillo que hacía mucho que no encontraba.

—Pues entonces no le des más vueltas. No veo yo por qué tanto jaleo por unos cuantos besos en un portal. Hasta en mis tiempos era de lo más normal. En un par de semanas se habrá olvidado, ya lo verás.

—No es por eso, mamá. Es por la instrucción. Las defensas ya han solicitado que se anule.

—Lo sé, lo sé —la detuvo su madre, haciendo ademán de quitarle importancia con las manos—. Tu padre me lo ha explicado de sobra.

Irene torció el gesto.

—¿Está muy enfadado?

—Se le pasará —respondió Pilar sin tratar de negarlo—. Ya sabes cómo es. Estaba entusiasmado con lo de la implicación de los altos cargos. Creo que te veía ya poco menos que en el Constitucional. Le dije que eras muy joven para pensar en el Tribunal Constitucional.

La acidez de su madre la hizo sonreír muy a su pesar, pero a Pilar no se le escapó la amargura tras su sonrisa. De niña, Irene siempre había adorado a su padre y su padre la adoraba a ella. Con el paso del tiempo la adoración y el orgullo habían permanecido intactos en su marido, pero si la reserva entre madre e hija existía, la distancia era aún mayor respecto a su padre. Pilar se daba perfecta cuenta, aunque Tomás no pareciese o no quisiese notarlo.

—No te preocupes por él —le dijo su madre, cogiendo con las suyas las manos que Irene cruzaba sobre la mesa de su despacho—. Tu padre ya ha hecho su carrera y tú tienes toda la vida por delante para hacer la tuya. El tiempo pondrá las cosas en su sitio. Yo sé que eres una persona honesta y buena, y tu padre también.

Irene levantó los ojos del escritorio y miró a su madre. Necesitaba decírselo. Se le quedaría atravesado en la garganta si no lo decía.

—No siempre lo he sido. No siempre he sido honesta ni buena.

A Pilar le dolió lo que dijo su hija. A decir verdad, no le importaba lo que hubiera hecho ni lo que llegara a hacer algún día.

—Irene, sabes que yo te querría igual. Debes saberlo —insistió—. ¿Tú no me perdonarías si yo hubiese cometido errores?

Los ojos de su madre, tan parecidos a los suyos, brillaron sospechosamente. Irene recordó lo mucho que la quería, aunque se lo demostrase tan poco.

—Claro que te perdonaría.

Su madre le estrechó con más fuerza las manos.

—Pues entonces solo tienes que perdonarte también a ti misma.

Las dos se miraron un largo rato. Irene asintió y ya no hubo necesidad de más palabras. Terminaron riendo para espantar el dolor y la tensión y enjugar unas lágrimas que no habían llegado a nacer, liberándose de un peso que ni siquiera sabían que cargaban.

—¿Y qué te parece si nos vamos a comer? Eso sí, sal tú primero. No estoy preparada para verme las arrugas en alta definición. ¿Te he dicho ya que Carmen se ha vuelto a hacer otro retoque esta semana? —Carmen era una vieja conocida de Pilar, aunque no de las más queridas. Pertenecía a esa clase de

amigas que no consigues quitarte de encima por mucho tiempo que pase y poco aprecio que les tengas—. No deja de decirme que me va a pedir hora para su cirujano. ¿Tú crees que necesito retocarme?

—Estás perfecta tal y como eres, mamá, y Carmen seguirá siendo horrible por muchos retoques que se haga.

—¿Quién dice que no eres honesta? —dejó caer su madre, haciéndola reír un poco más.

Cuando salió a la calle y se enfrentó a los reporteros tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la sonrisa que llevaba en los labios.

Pilar también regresó sonriente a su casa. Habían comido juntas, habían bromeado y además le había sonsacado a Irene toda la información que había podido sobre Jorge. Ahora sabía que era divorciado, que no tenía hijos y que se había pagado la universidad trabajando a la vez que estudiaba. También sabía que estaba como un tren, que se decía en sus tiempos, aunque seguro que ya no se decía, y que tenía una sonrisa y una mirada de las que no se olvidan con facilidad. Eso no se lo había dicho Irene, lo había apreciado por sí misma, pero celebraba el gusto de su hija. Otra cosa que sabía era que ninguna de esas informaciones serviría para consolar a su marido, así que decidió castigarlo guardándose las todas para ella.

En su despacho, Tomás revisaba la prensa con las gafas caídas sobre la punta de la nariz. Al menos media docena de periódicos reposaban a su diestra. Pilar estaba segura de que había leído todos los artículos existentes referentes a Irene, varias veces. Su resolución de mantenerlo en la ignorancia perdió fortaleza.

—Ahí no vas a encontrar nada de lo que realmente quieres saber —dijo Pilar sin llegar a entrar en el despacho, cruzándose de brazos justo en el umbral.

Tomás Ávila alzó la vista de los periódicos. No le gustaban las adivinanzas. Era un hombre serio, riguroso y metódico. Le habría gustado que todo el mundo fuese como él. Su mujer, en cambio, no podía ser más distinta. Pilar era alegre, aventurera, vivaz. Se había enamorado de ella en cuanto la conoció. Los años habían hecho que se amoldasen el uno al otro. Tomás a veces olvidaba qué era lo que hacía que lo demás no valiese nada si no tenía a Pilar.

—No empieces ahora con misterios. ¿Has hablado con ella?

—Sí, he hablado con ella —respondió Pilar, notando como se empezaba a

evaporar su buen humor.

—¿Y qué es lo que te ha dicho? ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo ha podido cometer esa locura? ¿Quién la va a tomar en serio después de esto? Es una mujer, todo será más difícil para ella. Irene mejor que nadie debería saberlo. ¡Todo el trabajo, todo el esfuerzo echado a perder...!

Tomás se había ido creciendo y Pilar ya no aguantó más.

—¡No, no sigas por ahí! Puede que no te parezca la mejor idea que haya tenido, pero yo no voy a juzgarla, voy a apoyarla. Y si tú no vas a hacer lo mismo, entonces será mejor que uno de los dos se vaya de esta casa.

Su voz sonaba alterada pero firme. Durante sus treinta y dos años de matrimonio y ocho de noviazgo habían pasado por muchas cosas y, bien por conformidad de Pilar, bien por obstinación de Tomás, ella había terminado cediendo demasiadas veces. No iba a ceder en esta.

Tomás no daba crédito.

—¿Pero a qué viene esto ahora? ¿Y quién habla de juzgar? ¿Cómo puedes decir eso? Claro que yo también la apoyo. Sabes que la quiero más que a nada en este mundo.

Su marido se veía tan confundido y tan apenado que Pilar volvió a apiadarse de él. No había pretendido ser tan dura. No solía serlo, y eso quizá también había sido un error.

—Lo sé, Tomás, lo sé —dijo acercándose un poco más a él—. Solo deja que haga su vida, que tome sus propias decisiones y que haga frente a sus equivocaciones. No podemos hacer otra cosa. No podemos protegerla siempre ni seguir cuidando de ella por mucho que lo deseemos.

—Pero, entonces ¿qué vamos a hacer ahora? —dijo Tomás, y Pilar no estaba segura de si se refería a la situación de Irene o a su vida en general, la vida de ellos dos.

¿Qué iban a hacer ahora, cuando hacía ya mucho que su única hija había volado del nido y además, muy probablemente, ambos le habían fallado cuando más los había necesitado? En cualquiera de los casos, Pilar tenía claros sus planes.

—Tú no sé, pero yo de aquí a diez días me voy a Madagascar.

A Tomás las gafas le resbalaron del todo y se le quedaron colgando de la gomilla que las sujetaba.

—¿Pero todavía sigues con eso en la cabeza? —dijo, levantándose de la mesa y poniendo el grito en el cielo— ¿Cómo nos vamos a ir a Madagascar?



¡Y menos en este momento! ¡Irene tendrá que justificar su actuación ante el Consejo General del Poder Judicial, y no debería conformarse con que traspasen la instrucción del sumario a otro juzgado! —Después del disgusto inicial, el padre de Irene había comenzado a pensar con más frialdad. Si no se demostraba que había existido perjuicio a terceros, no debería afectar a la tramitación. El daño era más mediático que jurídico, aunque eso era lo que lo hacía más grave. Por ese mismo motivo llevaba toda la tarde leyendo artículos y buscando precedentes—. Si me marchó, ¿cómo voy a apoyarla?

—¡Pero no tienes que apoyarla así, Tomás! —exclamó Pilar exasperada, tratando de hacerle entender—. ¡Apóyala demostrando que confías en ella y que dejarás que haga lo que considere correcto, y no des por hecho que será lo mismo que tú harías en su lugar!

Tomás se quedó parado.

—¿Tú crees que yo hago eso?

—Sí, Tomás, lo creo. No siempre, pero sí en ocasiones —le dijo con tristeza.

Tomás pareció mayor y decaído. Por alta que fuese su posición en la judicatura, por mucha experiencia que acumulase, no era más que un padre preocupado por su hija.

—¿Y entonces qué tengo que hacer? —preguntó rendido.

Pilar le sonrió, consoladora y con un punto conspirador en la mirada. A Tomás esa sonrisa le recordó a una Pilar mucho más joven.

—Pienso que lo que tendrías que hacer es venirte conmigo a Madagascar.

Su marido agitó la cabeza y suspiró con resignación. No se le había perdido nada en Madagascar, pero, después de todo, quizá no fuese tan terrible. ¿Y cuánto podrían estar allí? ¿Una semana? ¿Quince días? Seguramente podría soportarlo.

—¿Y si acepto ir a Madagascar ya no hará falta que uno de los dos se marche de casa?

Ella hizo como si se lo pensase.

—Lo decidiremos a la vuelta —dijo, dándole la espalda y marchándose del despacho con la victoria conquistada a cuestas.

Cuando se quedó solo, Tomás alzó el rostro y puso los ojos en blanco. Cuarenta años juntos y su mujer todavía conseguía poner su tranquilo mundo del revés.

## Capítulo 31

También fue una jornada complicada para Jorge. No había tenido más remedio que dejar a Irene sola ante el peligro. En uno de los programas matutinos, la vio entrar en los juzgados en vivo y en directo y soportar el aluvión de cámaras y preguntas en silencio, con la cabeza alta y sin reducir el paso. Se sintió orgulloso de ella y con ganas de arrancarle la cabeza a alguno de los reporteros.

En las tertulias, varios comentaristas señalaban que era una lástima que la atención se desviase hacia temas secundarios, cuando era evidente que detrás de todo el asunto anidaba una trama que iba más allá de la relación personal entre la juez y uno de los abogados de los implicados, y que el sensacionalismo con el que se estaba tratando la noticia no debería influir en el proceso.

Jorge estaba de acuerdo. Habló por teléfono con Enrique y quedaron en que se reunirían al día siguiente a primera hora de la mañana. Arregló con Isabel para que cancelase todas sus citas y, nada más levantarse, tras una noche en la que durmió mal y echó mortalmente de menos a Irene, puso rumbo hacia La Moraleja.

El chalet de Francisco Díaz-Plaza era un atentado al buen gusto y al sentido común. Recargado, exagerado y feo, parecía una demostración de aquello de «burro grande, ande o no ande», pero Jorge no había ido allí a discutir acerca de arquitectura estética y racional.

Enrique ya estaba esperándolo en el jardín junto a su padre, supuestamente convaleciente aún de su enfermedad. En mangas de camisa y ante un plato de huevos fritos con jamón, croissants, mantequilla, mermelada y leche desnatada —para que no se dijese que no hacía nada por luchar contra el colesterol—, el constructor se encontraba de excelente humor.

—¡Pero, hombre! Me lo podía haber contado y me habría ahorrado

disgustos. Creía que estábamos en confianza. Me tenía preocupado. Se lo dije a Enrique, ¿a que sí, Enrique? Le dije: «al Márquez lo que le pasa es que la jueza lo tiene en el bote». Pero ¿cómo me iba a imaginar yo que ella también estaba en el ajo? Se la veía tan estirada. Claro que sobre gustos..., vamos, que yo ahí no me meto. Eso sí, me alegro de que el juicio haya terminado. Todo esto no es para mí, ni los negocios ya. Enrique lo sabe, lo he dejado todo en sus manos y en las de mi otra hija, lo único que quiero es jubilarme y disfrutar un poco de la vida, que bastante he trabajado. Mi mujer no deja de decir que me va a dar un infarto, yo creo que en el fondo lo está deseando. Las mujeres, con tal de tener razón...

—Díaz —dijo Jorge, luchando por interrumpir la verborrea imparable del constructor—, Díaz, escúcheme. No ha terminado, de ninguna manera ha terminado. Es solo un retraso. Si anulan la instrucción habrá que empezar de nuevo, y después habrá un juicio y nuevos recursos, no solo por este caso, habrá más causas. Las declaraciones de Salgado lo implican directamente. Durará años. Tendrá que seguir declarando de tribunal en tribunal y pagando minutas y costas. Por no hablar de que es muy posible que esta vez sí decidan que debe ingresar en prisión. La juez Ávila no la decretó, pero otro juez puede no ser tan comprensivo. El caso ahora es más relevante, está en todos los medios, querrán utilizarlo como chivo expiatorio —le explicó en tono duro, pero sin añadir nada que no fuera estrictamente la verdad.

—Pero bueno, ¿pero a qué viene esto ahora? —se indignó Díaz-Plaza—. ¡Tengo ya casi setenta años! ¿Con la de delincuentes y asesinos que andan por ahí sueltos y a mí me van a meter en prisión?

—Cometió los delitos, Díaz —afirmó Jorge con calma—, cohecho, soborno, corrupción de cargo público.

—¡No, de eso nada! —exclamó Díaz-Plaza, golpeando la mesa del desayuno con el puño, al borde de la apoplejía—. ¡Aquí los únicos ladrones son los politicastos, que si no les llenabas la cartera no te dejaban trabajar! ¿Cree que a mí me gustaba que se embolsaran medio millón de euros solo por poner una firma en un papel? ¡Pues no, no me gustaba en absoluto! ¿Y qué tenía que hacer? Pagar, como todos, porque todos lo hacían. Solo que la mayoría van de señoritos y yo siempre he dicho las verdades a la cara, ¡a la cara, me oye! —gritó, echando espuma por la boca.

—Lo sé —asintió Jorge neutral—. Por eso le estoy hablando con franqueza. ¿Qué prefiere? ¿Pasar años y años de batalla legal o decirle a la

juez lo mismo que acaba de decirme a mí? Piénselo fríamente, Díaz. Puede parecer descabellado, pero no es ninguna locura. Negociaríamos un acuerdo, regularizaría su situación, se acogería a la amnistía fiscal y no tendría que buscar trampas legales para traspasar su legado a sus nietos. Perderá dinero, pero lo ganará en tranquilidad y habrá hecho lo correcto.

Díaz-Plaza se quedó sin palabras. Por poco tiempo.

—¿Me está diciendo que quiere que le explique a todo el mundo que esas sabandijas me han estado sangrando durante todos estos años?

—Eso mismo —dijo Jorge.

El constructor se volvió hacia su hijo. Enrique no decía una palabra, pero Jorge sabía que aquella idea no era nueva para él.

—Yo también lo había pensado. Hablamos de ello en varias ocasiones.

—Pero será un dineral... —protestó Díaz-Plaza.

—Si descubren las cuentas y las intervienen, podemos perderlo todo —apostilló Enrique.

—Es cierto. Van a ir a por usted, Díaz —recalcó dramático Jorge.

—¡Serán desgraciados! —vociferó el constructor.

—Piénselo, Díaz —atemperó Jorge, tratando de ganarse a su cliente—, si se adelanta no solo se desquitará de ellos, además quedará como un héroe ante la opinión pública. Pasará de ser el malvado a ser el hombre que se atrevió a decir la verdad, ¿no le gustaría eso?

Díaz-Plaza miró a Jorge y luego a su hijo. Era un hombre sin demasiados escrúpulos, tenía hecha su vida y más dinero del que nunca podría gastar. Si tenía una espina clavada era la de un reconocimiento que no entendía por qué no le acababa de llegar. La idea de despacharse a gusto y sin necesidad de reprimirse le atraía con más fuerza de lo que se podría sospechar.

—¿Tú qué piensas, Enrique?

—Creo que es una buena solución. Nunca aprobé esta manera de hacer las cosas.

Enrique pertenecía a otra clase de hombre de negocios, apostaba por la eficiencia y el rigor. No le gustaban los trapos sucios ni las bolsas de basura llenas de dinero.

—Pues si tú lo tienes claro... Yo sobre todo no quiero líos. Eso sí, que me dejen explicarme, porque si no me dejan explicarme...

—No se preocupe, Díaz. Podrá explicarse todo lo que quiera —lo tranquilizó Jorge. Sabía que el constructor disfrutaría a lo grande dando rienda

suelta a toda la artillería pesada que almacenaba.

A las doce de ese mismo día, Jorge solicitaba una comparecencia de urgencia en el despacho de Irene y en presencia del fiscal. Jesús Ladreda no dudó en ofrecer un acuerdo, solo Irene se resistió e incluso sugirió que quizá sería mejor que se dirigiesen a otro magistrado, pero Díaz-Plaza se negó en redondo a tratar con otro juez.

Fue una mañana llena de revelaciones.

## Capítulo 32

El constructor facilitó nombres, cifras, números de cuentas en Suiza... Después de que Díaz-Plaza prestase declaración, Jorge filtró un comunicado a la prensa. Lo que se dice una auténtica bomba informativa. La relación entre abogado y juez pasó con rapidez a un segundo plano, reemplazada por las peticiones de dimisión y de prisión preventiva para los implicados. Las pruebas eran tan claras que Irene se había inhibido del caso y solicitado con urgencia que fuese trasladado al Supremo. Dada la gravedad de las acusaciones, no era nada probable que la petición se rechazase.

A efectos prácticos, el papel de Irene en el sumario había concluido. Jorge y ella lo celebraron esa misma noche en la intimidad. Si todo el mundo lo sabía, ¿por qué ocultarse?

Era la madrugada del viernes al sábado. Jorge se quedó la noche entera en casa de Irene. Una noche larga. Cuando el despertador sonó a las siete y media, Irene lo apagó y se quedó en la cama. Sus cuerpos desnudos uno junto al otro. Se sentía bien notar su calor, respirar el aroma tibio y confortador de su piel. Se sentía bien estar con Jorge. En poco tiempo Irene volvió a quedarse dormida.

Durmió tanto que cuando despertó no sabía ni en qué día estaba. Abrió los ojos sobresaltada y la mirada cómplice y divertida de Jorge la tranquilizó.

—¿Qué hora es?

—La una —contestó.

Irene tuvo que mirar el reloj para creerlo. Nunca dormía tanto, aunque también era cierto que la última semana apenas había podido conciliar el sueño.

—¿Has descansado bien?

Ella solo le contestó con una sonrisa, se giró hacia él y acercó la boca a sus labios. Jorge hundió la mano en su pelo y la besó con delicadeza y a la vez

con delectación, recreándose en cada instante, provocando que Irene reviviese una sensación que ya le era familiar, querida, reconocible: la de estar en el lugar correcto, justo donde quería estar.

El móvil de Irene sonó. El de Jorge lo había hecho tantas veces sin ser atendido que la batería había muerto. Seguro que el mundo podía seguir funcionando sin ellos al menos hasta el lunes.

—Llevo horas mirándote dormir —dijo, acariciándola. Su tacto y su voz cálidos, suaves.

—¿Y no te he aburrido? —bromeó, apoyando la cabeza en el codo. Feliz con sus caricias y sus miradas.

—No me has aburrido en absoluto —aseguró, volviendo a besarla. Había disfrutado cada segundo de la paz y la belleza que desprendían su cuerpo en reposo.

Ella apoyó la mano en su cadera. Sentía igual que Jorge la necesidad de buscar el contacto constante, de reafirmar la cercanía. Y más ahora, que recordaba que había algo que no le había dicho y que quería contarle.

—Ayer ni siquiera te di las gracias.

—Y no tienes que hacerlo —dijo él más serio.

—Es más complicado que eso —añadió sin poder disimular un gesto de preocupación—. No era necesario. No tenías por qué. No deberías haber coaccionado a tu cliente por mí.

Jorge puso cara de póker. Sabía que Irene estaba siendo honesta, pero él no tenía unos principios morales tan firmes y tan arraigados como los de ella, no creía que siempre y en toda circunstancia hubiese que ser forzosamente sincero.

—No lo coaccioné. Le di mi consejo profesional y le indiqué una solución ética y aceptablemente ventajosa para él.

Irene lo miró escéptica.

—¿Aceptablemente ventajosa?

—Aceptablemente —repitió Jorge.

Por supuesto que había tratado de coaccionar a Díaz-Plaza, y que no hubiese resultado tan complicado como había temido no era un eximente. Solo había tenido que exagerar un poco el panorama y adular el ego del constructor para inclinar la balanza, pero también era un hecho que no habría dudado en jugar sucio y en utilizar todas las armas a su alcance si hubiese sido necesario. Necesario para ayudar a Irene. Porque ella valía la pena, porque lo merecía,

porque Jorge era hombre de ideas fijas y firmes y estaba decidido a hacer cuanto estuviese en su mano para protegerla y para apoyarla. Y si para eso tenía que mentir, mentiría.

—Parecía satisfecho de revelarlo todo —reconoció ella.

—¿Satisfecho? Estaba encantado de la vida. Era una tortura para él mantener la boca cerrada.

Irene se rio un poco. No podía negarse que Díaz-Plaza era un tipo peculiar. Irene sentía un profundo rechazo moral por sus acciones, pero ante todo se alegraba de que quienes lo habían favorecido, para después beneficiarse con el florecimiento de personajes como él, no quedasen impunes.

—Es bueno que la verdad salga a la luz —susurró Irene, y añadió confidencial—: ¿Sabes? Es curioso, pero ahora me alegro de que apareciesen esas imágenes. Me alegro de no tener que ocultarme.

Jorge la atrajo hacia sí y cubrió su cuerpo con el suyo. La cálida luz de la mañana de verano los bañaba y no había nada de lo que ocultarse. Sí, él también celebraba que se hubiesen publicado las dichas fotos. Aquella noche había sido ella quien había acudido a él, pero Jorge no creía que hubiera podido resistir semanas y semanas sin estar con ella, sin respirar su olor limpio y suave —Irene nunca usaba perfume y su piel conservaba intacto el aroma fresco del agua y el jabón—, sin escuchar sus sollozos ahogados y reconocerse en sus ojos, que ahora ya no cerraba cuando le hacía el amor. Tampoco él buscaba ya mujeres en los bares, aunque no podía decir que hubiese superado su adicción. Seguía siendo adicto, solo que ahora era adicto a Irene.

Pero, aunque hubiera sido para bien, la duda seguía reconcomiéndole. ¿Quién había hecho guardia frente a la puerta de su casa para esperar a que Irene saliera y así conseguir las fotos?

Era posible que no lo averiguasen nunca. Pero estaba demostrándole a Irene sus habilidades culinarias, preparando él solo una ensalada, cuando desde el televisor un rostro familiar le sonrió plástico y sin emoción. Su cerebro hizo la conexión y se llamó a sí mismo estúpido, diciéndose que debía haberlo imaginado.

Irene vio su estupor, aunque no comprendió el motivo. Jorge miraba paralizado y con el rostro desencajado a la joven de melena rubia y ojos claros que, con un vestido verde bastante feo y de escote demasiado bajo, anunciaba que el tiempo en toda la región iba a ser soleado y muy caluroso



para ese fin de semana. Tardó un par de segundos en darse cuenta de qué la conocía.

—¿No es tu exmujer?

Él asintió, reprimiendo el arranque de mal humor que amenazó con enturbiarle la mañana.

¿Se suponía que debía estar agradecido a Sara?

## Capítulo 33

Cuando se lo comentó, Irene se mostró cauta e insistió en concederle a su exmujer el beneficio de la duda. Jorge, en cambio, tenía un convencimiento completo. La propia Sara tuvo la decencia de no tratar de negarlo cuando la encaró a la salida de los estudios.

—Una grabación en exclusiva de la vida privada de la juez que estaba en todos los telediarios a cambio de presentar el tiempo. ¿No pudiste conseguir nada mejor? Algo a tu altura. ¿Se les habían terminado las plazas para todos los *realities*?

Se rehízo del golpe y de la impresión enseguida. Su maquillaje, elaborado con precisión para lucir perfecto bajo los focos, se veía en la calle artificioso y exagerado. Le daba un aspecto falso, pero la ayudaba a mantener las formas.

—Puedes burlarte de mí. No me importa. Me ofrecieron un contrato de tres años y sabes que lo necesitaba. Se suponía que iban a darme un magazine por la tarde. Pero ahora dicen que solo tienen esto: el tiempo en las noticias del fin de semana. ¿Quién ve el tiempo en verano? Tengo que pringar todos los sábados y los domingos de agosto para aparecer en pantalla cuando la gente ya está durmiendo la siesta.

Su egoísmo volvió a indignarlo. Cualquier cosa podía esperarse de Sara, pero no entendía que ni siquiera se avergonzase.

—¿Y no te afectó ni un poco que, para conseguir un contrato de mierda, me perjudicases a mí y a alguien que me importaba? No, qué pregunta más estúpida, claro que no te afectó. Seguro que pensaste que sería muy divertido. ¿No vas a cansarte nunca de esto, Sara?

Ella se mordió los labios. Restos del espeso carmín rojo se le quedaron adheridos en el borde de los dientes. Jorge comenzaba a encontrar cada vez más ridículo haber ido en su búsqueda. Lo único que quería era ajustar cuentas y liquidar deudas de una vez. Pero ahora se daba cuenta de que todo el tiempo

gastado con Sara era tiempo perdido.

—No fue por eso. Fui a tu casa porque quería hablar contigo. Apenas me escuchaste en el juzgado y me ignoraste en cuanto ella llegó. Cuando estaba dejando el coche vi que llamaba a tu portal. Yo... —Sara calló de repente. No podía continuar. No iba a decirle a Jorge que habían sido los celos, por una felicidad que intuía que él había conseguido y ella no, los que le habían impulsado a actuar de ese modo. Aunque costase entenderlo, Sara aún lo quería y se había arrepentido demasiadas veces de las decisiones tomadas sin pensar. No podía evitar ser impulsiva y destructiva, como una niña que levantase torres solo por el perverso placer de derribarlas. Cuando las cosas no salieron como había soñado, perdió la fe en los finales felices. Y no solo no se conformó con fracasar sola, sino que quiso arrastrar a Jorge a su particular camino de vacío y rencor. Además, ingenua y obcecadamente, se había empeñado en decirse que, pasase lo que pasase, él seguiría estando ahí para ella.

Pero eso ya no iba a ocurrir. Y cuando lo comprendió, en lugar de asumirlo y rendirse, decidió sacar partido. Llamó a uno de sus conocidos y le pidió que llevase la cámara y el zoom. No estaba segura de que desde aquella distancia las imágenes grabadas con el móvil tuviesen la nitidez suficiente. Estuvieron esperando toda la noche. Su amigo sin entender, ella asumiendo que si Irene salía sin compañía las imágenes no valdrían nada. Pero conocía a Jorge. No era de los que te dejaban marchar sola en la madrugada. No si le importabas. Al cabo de unas horas pudo comprobar cómo y cuánto Irene le importaba. Y dolió. Aún dolía. Había hecho demasiadas cosas mal. Le debía a Jorge algo más que una disculpa.

—Lo siento. Lo siento de veras. No solo esto. Todo.

Sus ojos se empañaron y esta vez él no dudó de que estaba siendo sincera.

—Sara...

Las palabras se resistían a salir de su boca. Había venido decidido a pasar página y a olvidar. No tenía problema con eso, pero no era de fácil perdón. Era leal y pedía lo mismo a los demás. Sin embargo, tampoco se sentía capaz de condenar a Sara y absolverse a sí mismo. En aquella historia todos habían tenido su parte de culpa y estupidez. Pero eso ya no contaba, lo que contaba era el presente.

—Es agua pasada, Sara. Solo olvídate de mí y, sobre todo ,no vuelvas a intentar dañar a Irene, porque no voy a permitirlo, ¿queda claro? —dijo con

más dureza.

—Ella te importa, te importa de verdad, ¿no es así? —preguntó Sara con los ojos cada vez más brillantes.

—La quiero —respondió simplemente.

Sara asintió. Una mujer afortunada. Ella sabía bien cómo era ser amada por Jorge. Las lágrimas brotaron irremediables y dejaron surcos visibles en su maquillaje. El rímel también se le corrió, desfigurando y a la vez humanizando su lograda apariencia de muñeca artificial.

—Vaya, ahora sí que debo resultar patética —dijo, tratando de enjugarse las lágrimas con la punta de los dedos, cuidando de no extender aún más el rímel corrido.

—No eres patética —dijo Jorge. Tampoco había necesidad de ser cruel.

—Tengo un trabajo de mierda, mi padre está en la ruina, van a embargarnos el chalet y Víctor va a dejarme, pero supongo que dirás que tengo lo que me he buscado. No estoy en condiciones de quejarme —remató amarga.

Aunque cada vez se encontraba más fuera de todo aquello y con más ganas de marcharse, Jorge se sintió en la obligación de preguntar.

—¿Víctor y tú vais a dejarlo?

—Hace meses que no nos hablamos. Ni siquiera sé cómo conseguimos durar tanto. Supongo que los dos pensábamos que, si aguantábamos el suficiente tiempo, quizá algún día dejaríamos de sentirnos culpables —susurró con la cabeza baja. Víctor nunca había significado nada, siempre se había tratado de Jorge, y lo peor era que Víctor también lo sabía—. Te echa de menos, ¿sabes? Quizá podrías llamarlo alguna vez. Se alegraría.

Jorge apretó la mandíbula. También echaba de menos a Víctor. Era su único hermano, pero tendría que llover mucho antes de que fuese él quien diese el primer paso.

—Te irá bien. Saldrás adelante. Estoy convencido.

A pesar de todo ella se rio, bajo pero con ganas. Por un muy breve instante a Jorge le recordó a la Sara de los primeros tiempos. Una Sara mejor. Pero era muy tarde ya. Se habían despedido muchas veces desde la primera, de mejores o peores formas: con besos, con gritos, con vergüenza. Ahora ya no importaba. Ambos sabían que esta era la definitiva.

—Sí, ya sabes. Soy más dura de lo que parezco —aseguró, tratando de recomponer su destartado orgullo.

—Suerte, Sara.

Ella asintió sin responder. Lo vio alejarse hacia su coche y volvió a sentir deseos de llorar. Por una última vez, pensó, podía comportarse como una buena amiga en lugar de como una ex amargada y resentida.

—¡Jorge! ¡Jorge, espera! —llamó. Él se detuvo y se giró en su dirección, pero no se acercó. Tuvo que ser Sara quien avanzase hasta él—. Solo quería decirte que yo también te deseo suerte. Espero que os vaya muy bien. A los dos. Lo deseo de todo corazón.

Jorge le dirigió una media sonrisa. Sara casi había olvidado lo bien que se sentía cuando él le sonreía.

—Adiós, Sara.

—Adiós.

Estaban dejando atrás su pasado. Sin reproches, sin lastres, sin rencores. Ligeros. No sabía cómo sería para Sara, pero a él le hacía bien.

Se subió al coche, arrancó y puso dirección a la M30 sin volver la vista atrás. Rumbo a Irene, rumbo a casa.

## Capítulo 34

Miró otra vez la hora. Solo habían pasado cinco minutos desde la última vez que lo había consultado. Hizo un esfuerzo por dejar la mente en blanco y volver a fijar su atención en los documentos que estaba estudiando. Acababa de retomar el hilo cuando oyó el sonido del motor de un coche acercándose y aparcando frente a su puerta. El suyo. Irene cerró el portátil y acudió a abrir antes de que llamara. La indeterminada inquietud que había tratado con todas sus fuerzas de ignorar desde que le había dicho que iba a encontrarse con Sara seguía resistiéndose a desaparecer.

—¿Qué tal ha ido?

Jorge soltó las llaves y, antes que nada, la besó ferviente, rodeando su cintura y llevando la palma de la mano a su rostro, como si hiciese semanas que no se veían y no solo un par de horas. La inquietud de Irene menguó de forma sensible.

—Supongo que bien —susurró a escasa distancia de sus labios—. Dice que lo siente.

Irene asintió y apoyó la frente contra la suya, aunque esquivó sus ojos. Jorge notó su silencio.

—¿Qué?

Ella alzó la mirada pero era huidiza, y él comprendió al instante que algo no marchaba bien.

—Dímelo. ¿Por qué estás preocupada? ¿Es por Sara? No lo estés. No creo que vuelva a molestarnos. No podría aunque quisiera.

Jorge la estrechaba contra sí y todo cuanto Irene quería era cerrar los ojos y quedarse allí, acogida entre sus brazos que la sujetaban y la sostenían. Pero no era tan fácil.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Ella agitó la cabeza.

—No es nada. Te eché de menos. Se me ocurrieron ideas absurdas. No me gustó. No estoy acostumbrada a depender así de nadie. Me asusta.

Él se retiró un poco y la miró con seriedad.

—¿Te asusta quererme?

Irene negó.

—Me asusta que tú puedas dejar de hacerlo.

La idea no había dejado de perturbarla desde que lo vio salir por la puerta, molesta e insidiosa, como una espina invisible. Lo que podía quedar entre Jorge y Sara. Lo que ocurriría si lo perdía. Desde aquella equivocada, infantil y turbia primera ocasión nunca había vuelto a entregar su confianza a nadie. Había entregado su cuerpo, pero nada más. Cuando vio las imágenes en todas las noticias, lo que hizo que su mundo se tambalease a punto de desmoronarse fue el temor de que hubiese estado jugando con ella. Irene sabía que perdería pie y caería hasta muy hondo si Jorge le fallaba.

—Escúchame. Te quiero. Te quería ya cuando no dejabas que me acercase a ti. Te quise cuando te encontré, aunque tú no me veías, y voy a seguir queriéndote día tras día. Tendrás que obligarme para que deje de hacerlo —dijo con una intensidad que rayaba en la rabia—. Dime que me crees.

Lo quería y quería creerle. Todos sus miedos y sus instintos más negativos y oscuros se agitaron revueltos. No importaba cuántos temores pudiese albergar.

—Te creo.

No tenía otra opción. Ya no había vuelta atrás. Sus bocas se encontraron con esa desesperante ansiedad que les hacía sentir que nunca era suficiente.

—Jamás haría nada que te dañase.

La temperatura en la habitación subía por momentos. Acabaron desmadejados sobre el sofá, pero, en lugar de dejarse llevar por la urgencia, Jorge la desnudaba con lentitud. Era exasperante, porque cuando se sentían así —frágiles, necesitados, desesperados el uno por el otro—, todo cuanto ambos querían era hacerlo rápido, unir sus cuerpos lo más cerca y profundamente posible. El aplazamiento solo aumentaba su indignancia, su necesidad.

Sus labios recorrían su cuello. Irene se arqueaba y echaba hacia atrás la cabeza. Jorge la conocía ya mejor que bien, sabía dónde y cómo tocarla. Encontraba sus puntos débiles. Desarmaba sus escasas defensas. Le hacía arder, consumirse en la llama y luego volver a prender.

Lamiendo sus pezones, acariciando apenas entre sus muslos, encajándose contra el duro hueso de su pelvis, despertando centímetro a centímetro su piel, avivándola y haciéndole anhelar el siguiente roce. Y lo deseaba tanto. No quería esperar.

Se quitó el resto de la ropa que aún llevaba puesta y comenzó a despojarlo de la que le quedaba a él. Jorge la dejó. Le cedió la iniciativa y se entregó a sus caricias. Irene se volcó sobre su cuerpo y lo llenó de besos húmedos. Sus manos en sus manos. Sus piernas entre las de él, su sexo contra el suyo. Su sexo. Irene lo acarició, sintiéndolo crecer y latir contra la palma de su mano. Lo quería dentro. Lo quería ya.

—Hazlo, Irene. Hazlo ahora —le pidió Jorge con la mirada oscurecida por el deseo.

No se hizo de rogar. Se elevó solo un poco, lo imprescindible para llenarse de él mientras los dedos de Jorge se clavaban en su cintura para empujarla más y hundirse por completo en ella.

Se sentía tan bien. Tan como debía ser. Tan absolutamente plena.

Jorge la contemplaba y la veía radiantemente bella y exquisitamente feliz. Lo exaltaba. No quería dedicarse a otra cosa que a revivir una y otra vez aquella sensación tan brutal como subyugadora.

Ella cerró los ojos por un instante, centrada únicamente en el momento, pero los abrió para mirarlo. Nunca nadie la había hecho sentir así. Exigente y no solo exigida, amada a la vez que amante. Lo quería y quería más. La ondulación que imprimió a sus caderas se transmitió con rapidez por todo su cuerpo. La estremeció por entero.

—Dios, Irene —gimió él, tensándose, acompañando con sus manos sus movimientos acompasados y lentos, sintiendo el rigor de su sexo tan duro contra la suavidad de ella que al placer le acompañaba un persistente y tenaz dolor. Un dolor que solo había un modo de aliviar.

Irene moviéndose despacio, prolongando la tortura. La piel quemando, sus respiraciones jadeando a la par, los dedos de él hundiéndose cada vez más en torno a sus caderas, acompañando, incrementando la aceleración. Tan duro dentro de ella. No lo resistiría mucho más. Los movimientos de Irene se desbocaron y el profundo sollozo que escapó de sus labios desbordó su resistencia. Jorge se deshizo mientras ella continuaba aún meciéndose en vaivenes más lentos, apurando los últimos y agónicos ramalazos. Y después la plenitud, la paz, la certeza del placer.



Irene se dejó caer derrumbada, pero reunió sus últimas fuerzas para besarlo. Un beso líquido, cálido y rendido ya, mientras Jorge acariciaba su espalda y enterraba los dedos en su pelo.

—¿Tú crees que será siempre así? —le preguntó, buscando su mirada, teniendo más presente que nunca cómo de asolador sería perderlo.

Jorge no dudó.

—Será como nosotros queramos que sea. Yo quiero hacerlo, Irene.

—Yo también quiero —afirmó ella grave, aún encima de él, apoyada en un brazo sobre su pecho, pensando en algo más. Irene siempre lo pensaba todo. Seguramente pensaba demasiado—. ¿Pero no tienes dudas? Dudas sobre mí, quiero decir. Lo entendería —dijo en apariencia razonable, pero con un brillo oscuro en los ojos.

—Me destrozarías —aseguró él en voz baja, aunque con rotundidad—. Pero vale la pena correr el riesgo. Por ti vale la pena.

Le conmovió la sencillez de su declaración. Admiraba su franqueza. Jorge no temía a la verdad. Ella también deseaba con todas sus fuerzas ser así. Además, estaba convencida de que no cambiaría de idea. Irene era comprometida y constante con lo que amaba. Y amaba a Jorge.

—No lo haré. No te fallaré. Lo prometo.

—Yo también lo prometo.

Y tenían muchas posibilidades de cumplirlo. Porque, entre otras muchas cosas, compartían eso: la fidelidad a la palabra dada, el valor que otorgaban a un compromiso. Eran exigentes, vehementes, tenaces. Se entregaban. No solo en cuerpo, también en alma.

## Capítulo 35

Llevaba solo una blusa blanca de gasa casi transparente que apenas le cubría los muslos, su piel lucía dorada tras varias semanas de largos baños de brisa y sol. Recostada en la tumbona de lona de la terraza con un libro entreabierto entre los dedos y una canción en inglés de un grupo español, a medio camino entre el pop suave y el jazz, sonando en el equipo de música.

—*How sweet, how slow, how hard, how warm / How high, how high are we gonna go this time / Hold me tight...* [1]

La mirada perdida en ninguna parte. El sol se acababa de poner y la tarde estaba en esa hora tranquila en la que el mundo entero aparecía suspendido, inmovilizado. Jorge buscó el encuadre. Su rostro en primer plano, iluminado por las últimas luces. Bella, serena, perfecta. Irene.

Lo descubrió antes de que pudiera repetir la toma. Se volvió hacia él y lo miró con los ojos entrecerrados y una resignada mueca de enfado. No le gustaban las fotos. Por eso tenía que hacérselas cuando estaba distraída. Se había convertido en un pequeño juego entre los dos. Ella se negaba a posar. Jorge la sorprendía cuando menos se lo esperaba.

—¿Cuántas llevas ya?

—Ciento cuarenta y dos —dijo él con una sonrisa triunfadora tras pasar la pantalla digital para consultarlo—. Pero esta es buena.

—Es lo mismo que dices de todas —dijo ella, alzando las cejas en un gesto que decía que no pretendiese engatusarla.

—Porque todas lo son —respondió con una de sus miradas más cálidas.

Irene se rindió, como siempre. Resultaba muy convincente. Era difícil no creerle cuando se lo decía así.

Se levantó y fue a mirar por encima de su hombro. Él aumentó el zoom del visor e Irene se contempló desde fuera.

—No está mal —reconoció.

—¿Solo no está mal?

Silenció su protesta con un beso en los labios.

—Está bien. Tienes razón. Es buena.

Jorge profundizó el beso.

—Me alegra que te guste.

Aquellas palabras, apenas susurradas, hicieron que su corazón palpitase con más fuerza. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más la hacía emocionar.

Habían puesto un paréntesis a todo y llevaban tres semanas solos, aislados en la casa colgada en medio de la garganta. Únicamente cuando bajaban al pueblo a comprar los móviles recuperaban de forma temporal la cobertura. Agosto se evaporaba por momentos y pronto tendrían que regresar. A Madrid, a la rutina, a los juzgados, a las explicaciones.

Los dos tenían pendiente una declaración. Jorge ante el colegio de abogados, Irene ante el Consejo, pero no se podía decir que esas comparecencias les quitasen el sueño. El sueño se lo quitaban el uno al otro y se lo devolvían después con intereses. Por lo demás, a la vuelta, todo seguiría más o menos igual. Solo que juntos. Jorge ya había avisado a la agencia de que iba a desocupar su apartamento. La mayoría de sus cosas estaban ya en casa de Irene. Sus armarios se habían resentido, pero cuando entraba por la puerta, incluso aunque él no estuviera, sentía su presencia. Eso le gustaba. La confortaba.

Jorge tiró de su mano para que se sentase junto a él en la tumbona. Ella se acomodó encima. La espalda contra su pecho y sus piernas desnudas recogidas entre las de Jorge.

—Aún no te lo he contado. Alberto dejó ayer un mensaje. Acabo de verlo. Dice que está de acuerdo en venderme su parte de la casa.

No es que esperase que pusiese problemas, era un buen acuerdo para los dos, pero le alegró saberlo. Estaba enamorada del lugar. O quizá solo estaba enamorada de Jorge y el lugar era lo de menos. Podrían haber estado en cualquier otro sitio y habría sido igualmente feliz, pero ahora que habían pasado allí el verano, no le agradaba la idea de que cualquier desconocido la comprase. Sería bueno saber que estaba ahí, a su disposición, para cada vez que necesitasen escaparse. Y siempre habría ocasiones en las que necesitarían escapar.

Y si no que se lo dijese a sus padres. Se habían marchado a Madagascar y aún no habían regresado. Su madre le enviaba decenas de fotos. Su padre y

ella posando en los escenarios más insólitos: junglas impenetrables, playas paradisiacas, desiertos de sal, arena y roca. Su padre serio y envarado, según su costumbre, su madre sonriente y encantada. Formaban una curiosa y resistente pareja.

Jorge y ella también habían hablado de viajes. Él había mencionado Nueva York, ella había sugerido Viena. Viena en primavera, Nueva York en otoño y una casa en medio de la nada para los fines de semana. No se podía pedir más.

—Costará volver, ¿verdad? —susurró Irene como si añorase ya el tiempo que aún exprimían.

Él acarició sus piernas. Recostada en su regazo, con solo un pedazo de tela ligera y su cuerpo delgado, flexible y entregado todo para él. Claro que costaría.

—Nos acostumbraremos —respondió Jorge—. Igual que nos hemos acostumbrado a esto.

Los días largos y perezosos, las noches eternas, las risas, las horas compartidas, los descensos hasta el embalse, los baños, el sol, los besos, las luchas... Jorge había decidido aprovechar el tiempo comenzando a enseñar a Irene las nociones básicas del *krav magá*. Ahora ella alternaba sus ejercicios de mantenimiento con las patadas y los golpes de través. Al principio le había costado un poco, pero cuando se soltó comenzó a pegar duro y con ganas. Jorge no tenía la menor queja. Practicar con ella era mucho más divertido que hacerlo con Eli. No había color.

Irene volvió el rostro hacia él. Sus bocas quedaron muy cerca.

—Ha sido fácil acostumbrarse a esto.

El beso llegó con inevitable certeza, igual de inevitable que las reacciones de sus cuerpos al más simple y elemental contacto. Pronto estaban los dos enredados sobre la estrecha superficie de la tumbona. Al girarse para abrazarla y acariciar sin estorbos sus curvas suaves, Jorge golpeó la cámara. La pantalla digital se encendió y el rostro de Irene de medio perfil, relajado y bello, apareció enmarcado.

Ninguno de los dos le prestaba ya atención, pero Jorge tenía razón. Era una buena instantánea. Una de esas que, además de capturar el momento, reflejan el espíritu y la personalidad del retratado. El contraste de tonos daba fuerza y profundidad a la imagen y los rasgos de Irene resplandecían sobre el gris azulado del atardecer. Las sombras la rodeaban, pero no llegaban a oscurecerla.

La noche caía y unas pocas estrellas brillaban con fuerza.  
El resto de su vida comenzaba justo a partir de ahora.

# Agradecimientos

Querría agradecer, antes que nada, a todos los que apostáis por mí y os dejáis llevar por cada nueva historia, independientemente del lugar o el tiempo en el que transcurra. Quiero daros las gracias y expresaros lo mucho que significa para mí.

También a todas las que leísteis *Tú en la sombra* cuando aún estaba en bruto y me ayudasteis a pulirla y mejorarla, Lidia, Cris, Nieves, Syra, Marianchu... y muy especialmente a Mariah Evans y Marta Fernández, por vuestros consejos, por regalarme experiencia y conocimiento, por corregir errores e indicarme alternativas. Quería dejar claro, además, que si hay alguna incorrección en cuanto al procedimiento jurídico o procesal es solo culpa mía y que, en cambio, son suyos muchos de los aciertos.

Y a mi familia, porque sois lo mejor de todo lo mejor.

Muchas gracias por hacerme infinitamente feliz.

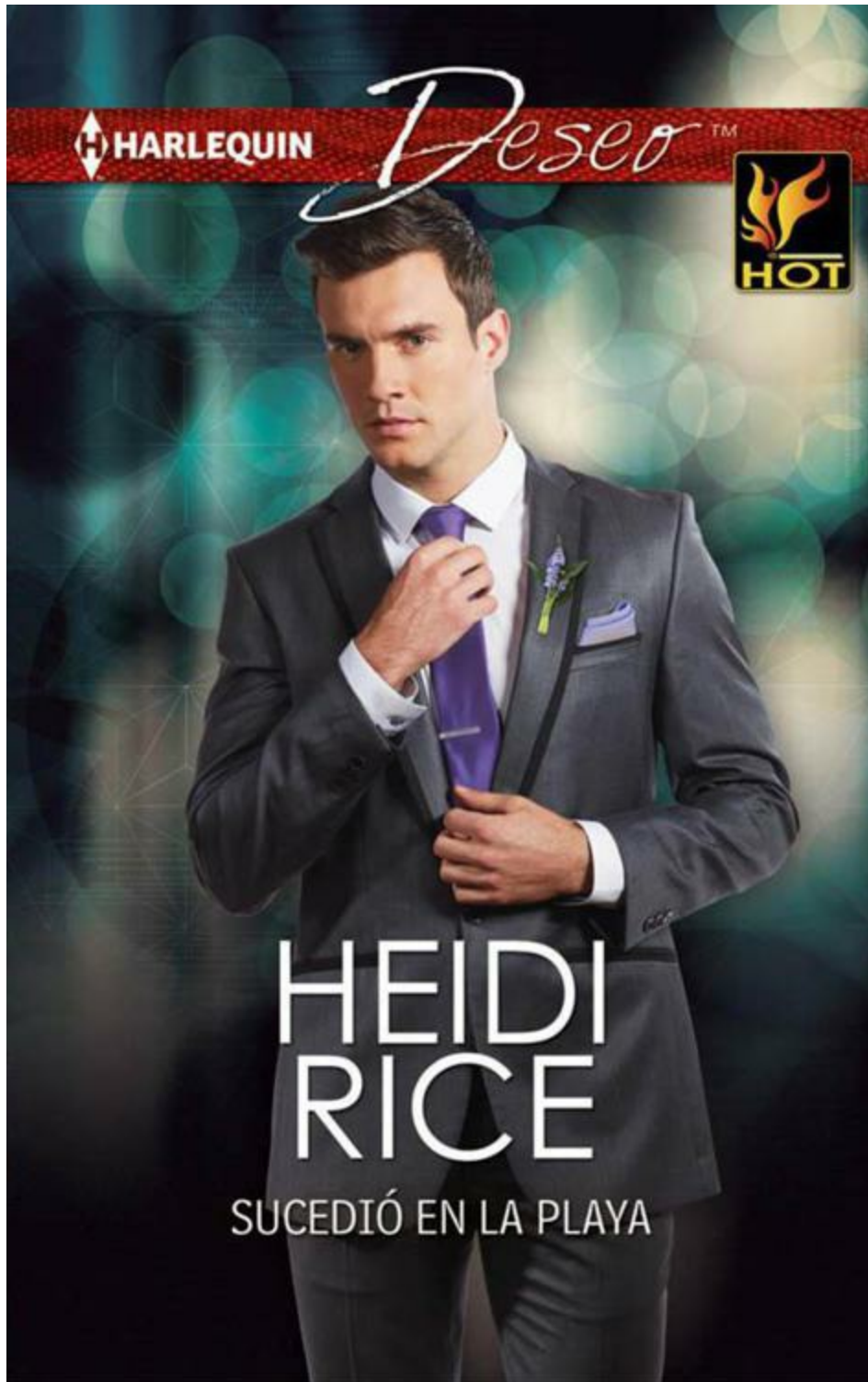
# Notas

[1] Cómo de dulce, cómo de lento, cómo de fuerte, cómo de cálido / Hasta dónde, hasta dónde vamos a llegar esta vez / Abrázame fuerte.

Letra de la canción *Hold me tight*, del grupo Marlango.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)